Max Gallo

Los fanáticos

Julien Nori, un profesor de la Sorbona, aparece degollado en París, a pocos pasos de la universidad. Se definía laico, hijo del Siglo de las Luces y discípulo de Voltaire, algo que creía indispensable recordar continuamente ante el temor de que el siglo XXI se convierta en un nuevo periodo de inquisiciones religiosas y políticas. Todo parece apuntar a un atentado integrista islámico, pero tanto la policía como las autoridades académicas quieren archivar el caso cuanto antes dada la vida poco convencional que llevaba Nori y las polémicas que había suscitado en los últimos tiempos. Su amigo y compañero Max recibe unas reflexiones escritas por Nori con la intención de que sean editadas si la muerte le "sorprende" antes de que él mismo pueda hacerlo. Max cumple ese último deseo para rendirle homenaje a él y a su hija, Claire. El libro, Los fanáticos, es un texto autobiográfico en el que Nori aclara el porqué de su vida agitada y pone en cuestión todas sus convicciones. Todo empezó cuando su hija Claire, una brillante historiadora en Oxford, le comunica que se había convertido al Islam, que se había casado con un profesor musulmán de la edad de Nori y que renunciaba a su familia y a su educación. Nori lo había encajado como un fracaso personal por la vida licenciosa que había llevado. Intenta establecer el diálogo con su hija, pero ya no es Claitre, es Aisha.

Max Gallo

Los fanáticos

ePub r1.0
Titivillus 14-05-2023

Título original: *Les fanatiques*
Max Gallo, 2010
Traducción: Julia Escobar Moreno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Max Gallo

***

Novela = Mentira verdadera.

Cualquier parecido con nombres, circunstancias, palabras y lugares reales es pura coincidencia.

M. G.

***

«QUIENQUIERA que utilice únicamente su juicio para hablar del Corán, aunque alcance en ese punto la verdad, está no obstante en el error por el hecho de haberlo tratado únicamente mediante su juicio».

Al-Tabari (839-923), historiador y exegeta persa.

«No nació para creerme quien a pensar se atreve. Obedecer en silencio es vuestra única gloria.

»Adorad y pegad: os armarán las manos el Angel de la muerte y el Dios de los ejércitos.

»Obedeced, pegad, sucio de sangre impía, mereced por su muerte una vida eterna».

Voltaire, El fanatismo o Mahoma el Profeta, *1741*.

«Hay dos campos en el mundo, el partido de Alá y el partido de Satán; el partido de Alá está bajo el estandarte de Alá y lleva sus insignias; y el partido de Satán comprende a todas las comunidades, grupos, razas e individuos que no están bajo el estandarte de Alá».

Sayyid Qutb (1906-1966), hermano musulmán egipcio.

Prólogo

EL martes 4 de octubre mataron a mi amigo Julien Nori, profesor de Historia de Roma en la Sorbona, en el corazón de lo que él llamaba el Círculo sagrado de París y, por tanto —solía añadir—, de Francia.

Eran las doce y media.

Nori acababa de sentarse, como todos los días, en la mesa más cercana a la puerta del restaurante Les Vignes du Panthéon, situado en la calle de los Fossés-Saint-Jacques, a doscientos metros apenas de la plaza donde se levanta el monumento que tiene en su frontispicio la famosa inscripción: «A LOS GRANDES HOMBRES, LA PATRIA AGRADECIDA».

Pero nadie ha reivindicado la memoria de Julien Nori. Escribo estas líneas a modo de merecida reparación.

Para Nori, la cima de la montaña de Sainte-Geneviève era el epicentro de las pasiones francesas. Un círculo sagrado, delimitado por Notre-Dame y el Sena, las arenas de Lutecia, el muro del recinto de Felipe Augusto, la Sorbona, la iglesia de Saint-Étienne-du-Mont, la torre de Clodoveo, el Panteón y la antigua vía romana convertida en la calle Saint-Jacques.

Las reliquias de santa Genoveva, que salvó a París de las hordas de Atila, descansan en una urna de oro situada en la iglesia de Saint-Étienne-du-Mont. También Voltaire, Hugo, Jaurès, Zola, Jean Moulin, entre otros cien héroes, han entrado en la eternidad republicana bajo la cúpula del Panteón.

Nori recordaba que al pie de aquella montaña inspirada, de aquel emplazamiento simbólico de la historia cristiana y laica de Francia, se construyeron en el siglo XX la Gran Mezquita y el Instituto del Mundo Árabe.

¿Con qué propósito? ¿Para integrar al mundo musulmán en el Círculo sagrado de la historia y de la unidad nacionales? ¿Se midió

el riesgo que se corría, si fracasaba el injerto, al introducir en el alma de la nación un principio de disolución, un elemento que siempre le sería ajeno?

Según Nori, ésa era una pregunta capital que nadie se atrevía a plantear. Él mismo se negaba a responderla.

Nori llegaba al restaurante hacia las doce y cuarto, tanto si venía de la Sorbona como si lo hacía de su casa, en la calle Maître-Albert, callejuela próxima a la plaza Maubert y los muelles del Sena.

A Nori le gustaba que su calle llevara el nombre de un dominico que había tenido como alumno al futuro santo Tomás de Aquino y que, a finales del siglo XII, a petición del papa Alejandro IV, había refutado los «errores árabes», particularmente los de Averroes, que, en Córdoba, había comentado a Aristóteles.

Las controversias entre religiones le parecían indispensables. Eran mucho más valiosas que las guerras, que nacen del silencio impuesto por las ortodoxias y las censuras.

Nori presumía de ser un hombre del Siglo de las Luces, laico, discípulo de Voltaire. Le parecía tanto más necesario afirmar esa filiación cuanto que, según señalaba, el siglo XXI se anunciaba ya como el siglo en el que volverían las Inquisiciones, las Bastillas y las hogueras.

¿Tal vez pensaba que iba a figurar entre las primeras víctimas de ese rebrote de los fanatismos?

Yo creo que lo había presentido.

Tras meterle una bala en el corazón, el asesino le degolló y dejó sobre el cuerpo de Julien Nori una hoja cuya traducción es la siguiente:

«¡Oh Dios!, fortalece la situación de Tu Nación honrando a los que Te obedecen y envileciendo a los que Te desobedecen.

»Fortalece a Tu Nación ordenando el Bien y persiguiendo el Mal.

»Hoy, al castigar al Infiel, al degollar al Mal por obra del Bien, ¡Te he escogido, Dios Todopoderoso!».

Sin embargo, la policía no concluyó que se tratara de un crimen islamista. No se había lanzado ninguna fatwa contra Julien Nori, ningún grupo integrista o terrorista había reivindicado su asesinato. Se podría comparar este crimen con el de Theo van Gogh, el cineasta holandés degollado en Ámsterdam por haber realizado una película considerada blasfema para el islam.

En estos tiempos de tensiones internacionales en que las multitudes musulmanas ardían aquí y allá por unas caricaturas que ridiculizaban al Profeta, cuando algunos esperaban un «choque de civilizaciones» catastrófico para toda la humanidad, no había que «echar leña al fuego».

¡Esta fórmula me la han repetido cientos de veces! Se exigió discreción, se mencionó la hipótesis de un ajuste de cuentas mafioso, camuflado de asesinato político-religioso. Nori —dijeron a los periodistas— vivía con una joven prostituta rusa y se había negado a pagar por ella a sus protectores. Eso era algo que no perdonaban.

Esta explicación resultaba tranquilizadora. Los periódicos y las televisiones se cebaron en ello. Las confidencias de las chicas con minifalda y botas de cuero hasta el muslo, filmadas a la luz macilenta del bulevar periférico, consiguieron que se olvidara el cadáver degollado de Julien Nori.

Yo estaba dividido entre el asco y la duda. Después, Zuba Jayar, la ayudante de Nori —había sido su compañera y seguía siendo su amiga—, me confió un texto de Julien.

Nori había expresado su deseo de que me entregaran este manuscrito si él no hubiera conseguido publicarlo antes. «La muerte agarra al vivo por sorpresa», le gustaba decir.

Me encargaba que diera a conocer ese manuscrito.

Lo leí. Dudé en dárselo a un editor. ¿Valía la pena arriesgarse —aunque fuera mínimamente— a crear un nuevo foco de tensiones con unos fanáticos que no toleraban que se les hiciera la menor objeción?

Pues eso era precisamente lo que hacía Nori en esas páginas.

¿Para qué hacer hablar a su cadáver? ¿No bastaba con su muerte?

Fui tentado por la cobardía. ¡El miedo gana terreno, adornado con tantas buenas razones!

Pero yo quería a Julien Nori. Era mi amigo y le habían asesinado unos fanáticos.

Y las autoridades de turno, tan razonables, le deshonraban con la esperanza de obtener así el «apaciguamiento», como decían antes los diplomáticos que se arrodillaban ante los nazis.

Yo no podía aceptar tanta vileza, una sumisión tan vana y

humillante.

Además, había estado enamoriscado de la hija de Julien Nori, Claire.

Y quería seguir siendo amigo de Zuba Jayar.

Así que he entregado el manuscrito de Julien Nori a mi editor, que ha decidido publicarlo.

Y aquí está, tal y como Julien Nori lo escribió durante las semanas que precedieron a su asesinato por un fanático, o una fanática, en el corazón del Círculo sagrado de París y, por tanto, de Francia.

Primera parte

Capítulo I

HACE unos años yo era un hombre al que calificaban de feliz.

Eso es lo que sostenía Max, el amigo en quien yo confiaba plenamente y al que envidiaba, cuando almorzábamos juntos en Les Vignes du Panthéon, el restaurante de la calle de los Fossés-Saint-Jacques al que yo era asiduo.

Una vez elegidos los platos, Max me preguntaba sobre los meandros de mi vida privada. Yo respondía con gusto a sus ávidas preguntas; mencionaba mi última presa, describía las estrategias que me permitían alejarme de la anterior sin tener que romper con ella, iniciar una nueva intriga cuando aún estaba descubriendo a la mujer recién seducida.

Max estaba fascinado y yo disfrutaba con esa admiración envidiosa que me manifestaba. Yo teorizaba, adornaba las cosas, provocaba. Hablaba con la petulancia de un adolescente granujiento tras su primera conquista. Me sentía ridículo, pero afirmaba que mi divorcio de Laure, mi tercera mujer, marcó de hecho, para mí, una ruptura definitiva con la monogamia.

Había escogido vivir como un musulmán, dueño de lo que yo llamaba un «harén informal», practicante de una «poligamia de hecho».

Y me congratulaba porque el islam, esa religión tan favorable a los machos, se hubiera convertido en la segunda religión de Francia.

Creo haber sostenido esos mismos argumentos vanos y provocadores ante mi hija Claire cuando me anunció que quería seguir estudiando en Inglaterra y que esperaba poder participar en los seminarios de Oxford dedicados a la historia de Oriente.

En efecto, le atraía la civilización árabe.

Aprobé su elección con entusiasmo y organicé un almuerzo para que mi hija conociera a Pierre Nagel, titular de la cátedra de Historia de Oriente Próximo en la Sorbona.

Aquel día, la erudición de Claire, su pasión, me dejaron estupefacto. Incluso había estado aprendiendo árabe sin decírmelo.

Por la tarde, Nagel me telefoneó para decirme que a su juicio Claire ya dominaba de maravilla las problemáticas de la historia musulmana. Por supuesto que la recomendaría a sus colegas de Oxford, de los que también era amigo. Estaba dispuesto a dirigir la tesis de mi hija, dentro de dos o tres años, si ella quería. A él le gustaría. Y más tarde, por qué no, ella podría convertirse en una de sus ayudantes en la Sorbona o en el Instituto de Estudios Políticos donde Pierre dirigía un curso de doctorado.

—¡Nori, eres un padre afortunado! —me dijo al felicitarme.

«Feliz» no era una palabra que formara parte de mi vocabulario.

Me parecía cursi, difusa, no evocaba ningún movimiento, más bien una inmovilidad beata.

Cuando Max me calificaba de tal, yo prefería responderle que había «organizado» mi vida, que me esforzaba en regular mis pasiones sin vacilar en vivirlas. Pero esto suponía renuncias, frustraciones.

Por ejemplo, yo no formaba parte de las personas «visibles», mientras que Max era una de ellas.

A menudo, en el restaurante, la propietaria o los camareros le felicitaban, mirándole con admiración, porque le habían visto en la televisión debatiendo con fulano o mengano.

En cambio, a mí apenas me prestaban atención. Yo era un «invisible» profesor de Historia de Roma en la Sorbona, autor de algunos libros con demasiadas notas a pie de página como para hacer de histrión.

Pero tal vez a mí también me habría gustado, más de lo que imaginaba, ser visible; tal vez yo esperaba que un día los transeúntes me dijeran por la calle, como hacían con Max: «Le vimos ayer, ¡bravo!», etc.

Yo, mientras tanto, me mantenía apartado, sonriendo neciamente; luego, cuando Max volvía a mi lado, le felicitaba por haberse convertido en una referencia, un interlocutor, alguien cercano a miles de personas anónimas a las que sin duda aportaba muchas cosas.

¡El muy cabrito gorjeaba con modestia!

Luego me rodeaba los hombros con el brazo.

—¡Tú tienes lo mejor, Julien: tú sabes vivir, eres feliz!

Ya no lo soy, si es que alguna vez lo fui, y tal vez he buscado el riesgo, el caos, de manera deliberada.

A veces, cuando circulaba por las autopistas italianas, camino de alguna excavación en Basilicata o en Sicilia, se me ocurría pensar, con un terror excitante, en el accidente que rompería la monotonía del viaje.

En esos momentos, y para desterrar esa fascinación morbosa, haciendo un gran acopio de voluntad, tenía que apelar a todos los recursos de la razón. Iba frenando hasta detenerme en un área de descanso y luego, ya calmado, seguía adelante.

No fue así como me comporté cuando aquella estudiante morena en la que llevaba semanas fijándome se acercó al estrado, al acabar la clase, y me dijo que se llamaba Zuba Jayar y que era profesora de historia. «Querida colega», le respondí con entusiasmo, porque cada vez que iniciaba una relación con alguna estudiante que podía ser menor de edad me mortificaba la incertidumbre.

Zuba Jayar deseaba trabajar bajo mi dirección y pensaba hacer su tesis sobre el martirio de los cristianos en el África romana.

Ya había numerosos estudios sobre el tema, pero no la desanimé, ¡al contrario!

La invité a comer en Les Vignes du Panthéon y, dispuesto a centrarme en cuerpo y alma en un gran amor exclusivo, llegué incluso a olvidar en el acto mis teorías sobre el «harén informal» y la «poligamia de hecho».

Zuba Jayar empezó hablándome de mi hija. Había coincidido con Claire en Oxford, en una conferencia de un predicador musulmán que los Oíd Fellows de Oxbridge apreciaban porque también era el director y principal accionista del
World's
Bank of Sun y porque subvencionaba publicaciones eruditas y ofrecía donativos a las asociaciones de estudiantes, así como a las bibliotecas de Oxford y de Cambridge. ¿Cómo ignorar que ese hombre, Malek Ajban, poseía cualidades eminentes? Historiador, banquero, filósofo, moderado, heredero del islam andalusí, de Avicena y Averroes, etc.

Advertí en el tono de Zuba Jayar cierta crítica, pero no parecía querer sobrepasar la frontera de la ironía:

—Claire me ha parecido muy impresionada por ese maestro, ese guapo y viejo emir —añadió con su sonrisita.

En Oxford, Zuba inició una amistad con Claire, sin ocultarme que se acercó a ella por ser mi hija.

La interrumpí. Tenía ganas de hablarle de mí. Ese deseo que sentía de exponer mi vida me sorprendía, me maravillaba como un soplo de juventud inesperada, puesto que, desde hacía años, ocultaba a las mujeres a las que quería seducir lo que yo era, de dónde venía, sabiendo ya que iba a apartarme de ellas al cabo de algunas semanas —a veces incluso de algunos días o de algunas horas—. Le dije a Zuba Jayar que había corrido por las calles de la montaña de Sainte-Genevíeve, por el Círculo sagrado de París, desde la calle Gay-Lussac hasta la plaza Maubert, desde la calle de los Fossés-Saint-Jacques hasta la calle Clovis, con un ladrillo en cada mano. Era la primavera del 68, mucho antes de que ella viniera al mundo, ¿verdad?

Luego, asumiendo de golpe la dimensión de esa distancia entre nosotros, me hundí en un tiempo lejano, tan lejano que se borraban las décadas que nos separaban. Nos convertimos en contemporáneos cercanos cuando me puse a evocar a aquel Julius Nori, ciudadano romano —que por supuesto no era mi antepasado—, pero de quien llevaba nombre y apellido y cuyo rastro encontré por casualidad en Sicilia, donde había sido detenido, juzgado, condenado, torturado y decapitado por no haber querido renunciar —fue bajo Marco Aurelio— a su fe cristiana.

—Julius Nori —dije— podría ser uno de los personajes de su tesis, porque sospecho que vivió en África antes de regresar a Sicilia.

Un pueblo cerca de Siracusa, de hecho, se llamaba Nori y entonces le revelé mis orígenes sicilianos.

Por la forma en que me miró, supe que no iba a poder conquistarla limitándome a desplegar el hermoso tapiz de mi propia leyenda. De haberlo intentado, habría caído en el ridículo.

Entonces cambié de registro, dejé de utilizar la historia romana como un espejo para mi narcisismo e intenté reflexionar en voz alta, a partir de ese Julius Nori, sobre las razones del triunfo final del cristianismo, esa religión perseguida durante más de tres siglos a la que el emperador Constantino erigió en religión oficial, pronto

única, del Imperio cuando se convirtió.

Vi cómo el rostro de Zuba Jayar se transformaba. Me había estado interrumpiendo a menudo, interrogándome, y se dispuso a exponer lo que ella llamaba sus propias «hipótesis».

Ella no creía, como sostenían algunos historiadores del mundo romano, que Constantino se hubiera convertido porque le había tocado la gracia ni iluminado la fe. El emperador era un hábil político. Debió de tener en cuenta el poder adquirido por esa comunidad cristiana, por esa Iglesia organizada a la que los creyentes se obstinaban en permanecer fieles a pesar de todas las persecuciones.

—Su Julius Nori y miles de otros padecieron el martirio a lo largo de tres siglos sin renegar. Ante una fe tan indestructible, los emperadores más poderosos debían inclinarse. Como dijo Séneca: «Quien no teme a la muerte no puede seguir siendo esclavo». Y yo añado a esta fórmula que quien acepta el martirio se convierte en el amo de quienes temen a la muerte. Los cristianos no temían a la muerte. ¡Hoy, os aterra tanto que ni siquiera os atrevéis a mirarla, a nombrarla! Escondéis a vuestros muertos, los quemáis para que no quede rastro de ellos, apenas unas cenizas; no podéis ni imaginar a los cadáveres en descomposición. Sois un imperio condenado, como lo fue el Imperio romano, y por una nueva religión que yo conozco muy bien: es la mía, el islam. Sus creyentes aceptan el sacrificio. Los americanos de hoy lo están experimentando en carne propia. Sus legiones no pueden imponer su orden en Afganistán, en Irak. Juegan a ser los herederos de Roma, pero no tendrán más éxito que las águilas romanas. Por mucha gente que maten, serán vencidos, al final, como lo fue el Imperio romano. El islam tiene la misma fuerza frente al imperio occidental que antaño el cristianismo. Cientos de millones, más de mil millones de pobres, oyen la palabra del Profeta. Las organizaciones islámicas les ayudan. Los imanes prometen el paraíso y decenas de miles de jóvenes aspiran a convertirse en kamikazes. El día en que se sacrifiquen en masa en las calles, los túneles de los metros, los aeropuertos de Occidente, ¡ay del imperio!

Yo estaba fascinado. Nunca habría imaginado que aquella joven, elegantemente vestida para seducir, melena suelta, maquillaje oscuro en torno a sus labios y sus párpados, fuera capaz de expresar

con tanta convicción unas palabras como ésas.

—¿Piensa usted eso? ¿Lo desea?

Sacudió la cabeza sonriendo.

Dijo que se limitaba a prever lo probable, como historiadora, y al enunciarlo ponía en guardia al imperio de Occidente. ¿Pero qué se puede hacer contra lo ineludible? ¿Cómo impedir que los que aspiran al martirio no ganen?

Yo había sido, decían, un hombre feliz. Yo aclaraba: un hombre con la vida controlada, con las pasiones domeñadas, un hombre razonable que intenta disfrutar de los seres y de las cosas, pero no combatir. Consideraba que mi momento de pavonearme en la arena había terminado, pero no obstante me resistía a no ser aclamado. Todavía soñaba con ser «visible».

Fue durante este primer almuerzo con Zuba Jayar cuando supe que mi vida iba a dar un vuelco y que iba a tener que enfrentarme, de cara al viento, a la tempestad.

Precisamente porque yo deseaba ese joven cuerpo cuyas rodillas rozaba, porque quería recuperar la fogosidad y el impulso juveniles, esperaba más que nunca que se levantara esa tempestad.

Laure, mi exmujer, con la que mantenía relaciones cordiales, me telefoneó pocos días después para pedirme que le prestara por un mes «La Romaine», mi casa de Séguret, un pueblo cercano a Vaison-la-Romaine. Quería pasar una temporada con Claire, que a su vez contaba con pasar algún tiempo en compañía de algunos amigos de Oxford, y tal vez nuestra hija recibiría la visita de ese personaje que parecía excepcional, ese Malek Ajban que vivía en Ginebra pero que adoraba la Provenza. La región le recordaba los paisajes de Sicilia y de España, donde los musulmanes desarrollaron antaño una refinada civilización.

Le comenté a Zuba Jayar las intenciones de Malek Ajban. Pareció turbada, y se puso seria de pronto; pero cuando le pregunté si conocía personalmente a ese predicador musulmán no me respondió. Se arrebató, incluso, revelando así un carácter firme, imperativo. Me habló con autoridad, como si se hubieran invertido nuestros papeles. Ella era la que me enseñaba mientras que yo era el estudiante que la escuchaba.

—¡Malek Ajban! —Empezó a decir encogiéndose de hombros—. ¡En el islam los individuos no desempeñan un papel relevante! El

islam es la religión de la fe colectiva, no de la fe personal. Lo que cuenta es la lectura del Corán y de la tradición.

Lanzó una mirada a Tariq, el camarero de origen marroquí que la había tratado con mucho atrevimiento.

—El islam —prosiguió— no es un racimo de uvas que podéis desgajar grano a grano para comerlas, integrándolas de una en una en vuestra civilización. El islam es un fruto redondo que no se puede cortar ni trocear. Por eso tendréis que aceptar en vuestra tierra a las comunidades musulmanas renunciando a seducir y a asimilar uno a uno a los individuos que las componen. Mahoma dice a los musulmanes: «Formáis la mejor comunidad entre los hombres. Ordenáis lo que es conveniente. Condenáis lo que es censurable». Un musulmán no es equivalente a un inmigrante polaco o siciliano. Es un miembro indisociable de una comunidad convencida de que un día, cuando sea más poderosa, deberá conquistar y convertir a los infieles: ¡a vosotros! «Todos sin excepción serán lanzados al fuego de la gehena, donde, inmortales, permanecerán…. —Y el Profeta también dice a los creyentes que viven en territorio infiel—: No invoquéis la paz si tenéis la superioridad». ¡Y vaya si la tienen, puesto que aceptan morir por su fe! El islam conquistará al imperio de Occidente como el cristianismo conquistó antaño al Imperio romano.

Ésa fue mi primera lección con Zuba Jayar, el principio de mi relación con ella, de nuestra pasión común por la historia, del amor que sentí por ella, de la estima y de la amistad que ella, a su vez, me brindaba; y su cuerpo, que ella me ofrecía, consiguió que yo creyera que aún tenía el vigor de un gladiador invencible.

Pero desde ese encuentro sentí nacer dentro de mí el rechazo a resignarme a lo que Zuba Jayar, con su voz ronca, anunciaba como ineludible. Dicha resistencia subía desde el fondo de mi memoria, allí donde mi abuela vestida de negro sembraba antaño cada día el fermento de sus oraciones.

Mi abuela se arrodillaba junto a mí en la exigua habitación que compartíamos:

«Padre Nuestro que estás en el Cielo… Santa María, madre de Dios…».

Ya no recuerdo con exactitud la lengua en que recitaba esas palabras y me las hacía repetir: ¿en siciliano, en italiano o en ese

extraño francés macarrónico que hablaba?

Pero la melopea de esa fe cristiana se había inscrito en mí, identidad oculta que, frente al porvenir que pintaba Zuba Jayar, reaparecía como esos arrecifes que, cuando se retira el mar, cierran el horizonte.

He leído el Corán. No era *mi* Libro, y he pensado que el cristianismo, comparado con ese elogio de la fuerza, con esa fusión entre fe y política, con ese confinamiento de cada acto de la vida en una tradición intangible, era la religión de la libertad personal, una afirmación del libre albedrío.

Me he identificado con ese pensamiento de Bernardo de Claraval, san Bernardo, que dice: «Suprimid el libre albedrío y no habrá nada que salvar; suprimid la Gracia y la salvación no vendrá de ninguna parte».

Yo era cristiano.

Si no me atreví a abrirme a Zuba Jayar, no fue por hipocresía o temor a perderla, sino porque, al descubrir estas raíces, mi asombro fue tan grande que desconfié de su realidad.

Además estaban esos *born again*, que, en Estados Unidos, esgrimían la sagrada espada de la venganza tras los atentados contra las torres gemelas de Nueva York.

Temía que me enrolaran en esa nueva cruzada. Y sin embargo, tras haber leído al historiador americano Huntington, veía esbozarse muy bien ese «choque de civilizaciones» que él anunciaba.

¿Por qué habíamos de resignarnos a estar entre los vencidos?

Los atentados y las guerras se han multiplicado.

No ha pasado un día sin que haya discutido, polemizado, con Zuba Jayar y sin que, con una angustia irracional pero creciente, haya dejado de intentar reunirme con Claire, pero mi hija sólo me respondía con palabras secas, cortantes como cuchillas.

Necesitaba oír una voz tranquilizadora.

Busqué a Pierre Nagel, que se mostró tranquilizador, irónico, descartando las predicciones de Zuba Jayar y mis temores con negativas sonrientes.

El islamismo —decía, con la seguridad del erudito, del especialista— no va a resistir mejor la invasión de la globalización mercantilista, de las costumbres que genera, de lo que resistió

antaño a la Inquisición, a los descubrimientos y al progreso. Primero porque la civilización occidental lleva implícita la revolución de la sexualidad, el control de la procreación, es decir, la liberación de la mujer y de su deseo, la búsqueda de un placer sin trabas, cada vez mayor, y, por tanto, el triunfo de la individualidad.

Bastaba con esperar a que la píldora anticonceptiva —tal vez también el sida— produjera sus efectos sobre las sociedades musulmanas, a que se asentasen las clases medias, y el islamismo no tardaría en convertirse en un integrismo rancio semejante al de todas las religiones.

Subsistirán, es verdad, algunas «tribus indias» a las que habrá que vigilar y mantener en sus reservas, pero los apaches acabaron consumidos por el *whisky* y a los mulás los derrotará la apetencia de disfrute de las nuevas generaciones.

Nagel admitió que la transición sería peligrosa. Estamos en medio de esa travesía. Por ahora hay que procurar no humillar a los musulmanes, ni intentar forzar el curso de los acontecimientos. El movimiento natural de las sociedades producirá sus efectos en la península Arábiga como lo ha producido en todas partes de Europa. ¡La España integrista del Opus Dei se había convertido en la tierra de la *movida*, en el país de Almodóvar!

¡Lo principal es evitar agredir a esas naciones encaminadas a su autodisolución! Hay que respetar —en las formas, se entiende— la casa del islam, *Dar al Islam*, admitir que cualquiera de esos regímenes se burle de los derechos del hombre, corte la cabeza a los católicos y prohíba que se construyan iglesias.

Y aquí, en la casa del armisticio —*Dar al Suhl*—, hay que mostrarse favorable a la proliferación de mezquitas y condenar cualquier insulto al islam, ¡es decir, cualquier crítica a esa fe! Y a su Libro. Y no burlarse del Profeta, ni tan siquiera representarle.

¡Hay que olvidar a Voltaire, descalzarse y ayunar!

¡Evitar que crezca la casa de la guerra —*Dar al Harb*— y confiar en los hipermercados, Internet, los DVD y el cine porno para erosionar el islamismo, más que en las cruzadas a las que convoca George Bush o en la intervención de sus legiones!

Nagel me repitió que las comunidades más rigoristas primero se abrirían y después se disolverían debido al individualismo en el consumo de mercancías y en el placer.

—Las mujeres empezarán renunciando a sus velos negros y llevarán pañuelos de Chanel —decía—; luego enseñarán sus cabellos, su ombligo, su tanga, ¡y será el triunfo de la democracia! Occidente habrá ganado. ¡Ahora sólo en Lourdes se ven curas con sotana y monjas con tocas!

Escuché a Pierre Nagel sin convicción.

Cuando le comunicaba mis objeciones, él ponía en tela de juicio lo que llamaba mi «cerebro reptiliano de católico primitivo», educado por una campesina siciliana de creencias medievales.

Yo me callaba. Me repetía que uno no se libra de la derrota sin combatir. Yo imaginaba a los islamistas dueños de armas atómicas. Oía sus frases amenazadoras. En los años treinta del siglo XX no se quiso creer que *Mein Kampf era* realmente el programa político de Hitler. ¿Por qué no íbamos a creer que cuando el presidente de Irán, seguro de sí mismo, anuncia que quiere borrar a Israel del mapa no está también desgranando su proyecto?

Pero una vieja impregnación marxista —la misma que había sepultado en mí la impronta cristiana— me incitaba a reconocer esa fuerza de las cosas que todo lo arrastra, transformando convicciones, creencias y creaciones en mercancías.

A menudo olvidaba que no sólo de pan vive el hombre.

Entonces recibí la carta de mi hija.

II

HE colocado delante de mí la carta que me dirige Claire.

Y he tenido la tentación de hacer los gestos de mi abuela, la oscura siciliana que, con los dedos meñique e índice de la mano izquierda tiesos, conjuraba la desgracia, expulsaba al demonio antes de recitar el padrenuestro mientras se persignaba.

Oculté el sobre con las manos abiertas.

Mi abuela decía, golpeándose el pecho, que llevamos la desgracia en nosotros mismos, a veces desde el nacimiento, que es como una rata que nos roe. Lo sabemos, pero no nos atrevemos a buscarla, a nombrarla, tenemos miedo de localizarla. Así que la dejamos, esperando que se adormezca, ahíta, pero ella es insaciable, y un día te desgarra las entrañas y surge, y no la podemos ignorar pero tampoco derrotar.

He cerrado los ojos para no seguir viendo la carta de Claire.

Mi abuela murió antes de que mi hija viniera a este mundo, y tampoco conoció a mis padres, que fallecieron poco después. Laure, su madre, había roto toda relación con su propia familia, lo que la convirtió en una mujer sola, en una huérfana de hecho.

Por tanto, Claire nunca había visto arrodillarse a una abuela supersticiosa y creyente. Nunca había oído una voz fervorosa rezando o contando su infancia rural en un pueblo del sur colgado como un bloque de cubos blancos.

No sintió miedo al oír a la vieja campesina siciliana, que no hablaba bien ninguna lengua, describir las rojas explosiones del Etna.

Yo todavía no había abierto el sobre enviado por Claire.

Reconocía mi deuda con ella. La había dejado sin raíces. No la había transmitido nada. Sin embargo, tras mi divorcio de Laure, Claire vivió conmigo. La quise, pero sin darle lo que necesitaba: mi presencia, mi atención, mi tiempo, mi memoria. Me limitaba a

llenarla de regalos para compensar lo que no le daba.

Era un momento en que yo subía las escaleras de mi vida de cuatro en cuatro: tesis, artículos, libros, conferenciante, profesor universitario, etc.

Y también recogía mujeres jóvenes en todos los rellanos.

Utilizaba a Claire, una niña pequeña, como un arma suplementaria de seducción. ¡Qué conmovedor ese padre que vivía solo con su hijita! ¡Qué ganas tenían todas de jugar a las muñecas con ella! ¡Cómo soñaban con convertirse en la compañera de un hombre tan entregado a su hija!

Yo interpretaba muy bien mi papel.

Una mujer desterraba a otra. Ni siquiera recuerdo sus nombres, todavía menos sus cuerpos. Excepto, tal vez, el de aquella joven estudiante rubia cuya conquista me embriagó y de la que solía hablar con Claire como si se tratara de una amiga cómplice y no de mi pequeña niña desarraigada. Al final, mi hija me gritó: «¡Pero si me importa un comino!, —y creo que incluso llegó a añadir—: pobre tipo».

Una vez recuperado de mi embriaguez, hice como si no hubiera entendido, y hasta el momento en que recibí la carta de Claire me había olvidado del desprecio que contenían esas dos palabras.

No obstante, sentí el mordisco de la desgracia. Pero creí reprimirlo al contratar para que se ocupara de Claire a una mujer de unos cuarenta años que me había recomendado Pierre Nagel.

Unissa Rezzane era una tunecina con el cuerpo ya algo grueso, ojos dulces y cabellos embutidos en un pañuelo negro que me recordaba a los que llevaba mi abuela.

Si las palabras «bondad», «generosidad», «devoción» y «honestidad» tienen un rostro, ése es el de Unissa Rezzane.

Al observar el modo en que Claire la seguía, le hablaba, comprendí que esos dos seres se querían no como una madre y una hija, con esa fusión a veces ambigua que puede unirlas, sino con un afecto hecho de estima, respeto y atenciones.

Durante los primeros días me sentí excluido, al descubrir que no había conseguido entablar con Claire una relación de ese tipo.

Luego volví la cabeza. Nuevamente empecé a subir las escaleras a toda prisa, yendo de coloquio en coloquio, de Nápoles a Bucarest y de Friburgo a Oxford.

En estas reuniones eruditas siempre hay jóvenes universitarias solas, y entre ellas alguna al menos es atractiva. Yo intentaba apropiármela desde la primera sesión.

Ésa era la razón por la que Max o Pierre Nagel decían que yo era un hombre feliz.

Más bien era un tipo que huía.

A la vuelta de uno de esos coloquios que se había celebrado en Roma, no encontré en casa, en la calle Maître-Albert, ni a Claire ni a Unissa.

Me puse nervioso, telefoneé a casa de la tunecina. Me pidió disculpas y me tranquilizó, dijo que Claire estaba con ella en la calle Tournefort.

¿Por qué decidí acercarme a esa casa, descubrir esa única habitación de veinte metros cuadrados donde, sobre un suelo que brillaba de limpio, estaban arrinconados contra las paredes cinco colchones?

El marido de Unissa era un hombre delgado, de tos seca, con las mejillas comidas por una barba entrecana:

—Mucho trabajar, respirar suciedad, polvo de mármol, amianto —me dijo con una voz entrecortada.

Claire estaba sentada en el suelo y jugaba con las dos hijas de Unissa. El hermano, Jaled, leía en uno de los ángulos de la habitación.

Sentí vergüenza.

Era como si hubiera visto a mis abuelos poco después de su llegada a Marsella, cuando —mi abuela me lo contó muchas veces— vivían en un sótano iluminado por un único tragaluz y los que vivían en el inmueble les llamaban «los árabes».

Cuando le dije a Claire que volvíamos a Maître-Albert, se levantó pero no quiso cogerme de la mano. Besó a Unissa, a sus hijos, al padre de rostro demacrado.

Luego, sin responder a ninguna de mis preguntas, atravesamos la plaza del Panteón y tomamos la calle Valette, que baja a la plaza Maubert.

Íbamos silenciosos y separados.

No quería indagar dentro de mí para no encontrar agazapada la desgracia. Pero, años después, he tenido por fin que abrir la carta de Claire.

III

«SOY la que Dios ha escogido para comunicarte su desprecio y mi odio».

Me bastó la primera frase.

Recorrí con los ojos esas páginas cubiertas por una escritura acerada, de líneas prietas, proliferantes como un enjambre de avispas.

Tuve la tentación de no seguir leyendo, de conformarme con captar una palabra aquí y allá, pero cada vez que mi mirada descifraba una, era como una piedra angulosa lanzada con rabia para herirme, lacerarme, romperme el alma.

Pero, naturalmente, tenía que leer, saber.

Y retomé la lectura.

«Soy la que Dios ha escogido para comunicarte su desprecio y mi odio.

»Me he arrancado los harapos que me diste.

»Ya no me llamo Claire Nori, sino Aisha Ajban, y estoy feliz de ser la cuarta esposa de Malek Ajban».

Di un puñetazo tan fuerte en la mesa que aullé de dolor. Me doblé dos dedos, y seguro que me fracturé las falanges.

Me levanté, recorrí la habitación a grandes zancadas.

¿Qué bumerán había lanzado yo para que me golpeara de vuelta en pleno rostro?

Blasfemé, juré, maldije. Puse mi cráneo y mi mano dolorida bajo un chorro de agua fría. Luego, de golpe, como si se hubieran vaciado mi cólera y mi sangre, me derrumbé, sentado delante de esa carta, la frente sujeta con las manos, aceptando que me lapidaran, convencido de que era culpable.

Si yo le hubiera dado a Claire lo que con todo derecho ella esperaba de mí, lo que tenía que haberle aportado, no se habría convertido en Aisha, la cuarta esposa de Malek Ajban.

Y pensar en eso era como recibir una andanada de piedras.

Pero el suplicio no había hecho más que empezar.

Tenía que seguir leyendo.

«Ya no formo parte de ese mundo pervertido, corrupto, depravado, sin fe, al que estás tan orgulloso de pertenecer.

»Tu democracia ateniense, tu Imperio romano, tu cristianismo, hijo bastardo del judaísmo, tu civilización occidental, de la que te vanaglorias, los veo tal como son.

»Encarnan la opresión.

»Han aplastado, robado, asesinado a todos los que se les resistían, a los que se negaban a ser sus juguetes, sus siervos y los esclavos de sus vicios.

»No hablo aquí del pasado, sino del mundo actual, tal como es.

»Estás del lado de los cruzados.

»¡Te habría gustado que yo fuera como tú, que estuviera a las órdenes de esa civilización del genocidio que se atreve a hablar de un antisemitismo musulmán!

»Te habría gustado que siguiera tus pasos, que me convirtiera en una historiadora complaciente, que tejiera la noble leyenda de un mundo que se ha desarrollado saqueando, ensuciando los pueblos y ocupando sus tierras.

»¡Pero el islam no puede ser derrotado!

»"Porque el Señor ha ordenado la yihad, la guerra contra los infieles de origen, los apóstatas y los hipócritas".

«Lo has comprendido: Alá es mi Dios y Mahoma su Profeta».

¿Cómo es posible que esa voz exaltada sea la de mi hija?

¿Por qué se ha precipitado en ese abismo de fanatismo, en esa forma de locura, agravada por la traición a sus orígenes, en esa suerte de negación de sí misma, sí, en esa especie de suicidio?

Masajeo la mano rota, que tiene el lado derecho hinchado; el dolor irradia hasta el hombro y se aferra incluso a mi pecho, hasta el punto de que tengo la impresión de que me pellizca el corazón.

Claire ha extendido sobre la mesa las entrañas de mi pasado y las examina como hace una adivina con las vísceras de un animal sacrificado.

«Tu manera de vivir me ha humillado y herido», escribe.

«Tu casa era como una plaza pública por la que pasaban aquellas jóvenes a las que me presentabas, a las que me obligabas a

besar, a las que luego agarrabas por la cintura y con las que jugueteabas delante de mí, antes de arrastrarlas a tu habitación.

»Os oía reír y cloquear y me tapaba los oídos. Luego me interrogabas, me pedías que te dijera lo que sentía por ésta o aquélla.

»Me ensuciabas.

»Eso es lo que tú me proponías mientras que mi madre, las pocas veces que la veía, me hablaba de su soledad.

»¿Así es como iba a vivir yo?».

«Afortunadamente, Dios tendió hacia mí la mano de una piadosa musulmana. Acuérdate de Unissa Rezzane.

»Tú la escogiste porque Dios también es el amo de los infieles, de los incrédulos, y Él se ríe de ellos a voluntad porque Él desea y prepara su derrota.

»Unissa no intentó convertirme, pero con ella descubrí lo que era una vida humilde y recta, y me sentí atraída por esa civilización de la que nunca me habías hablado, excepto para burlarte de ella.

»A menudo, con tal o cual amigo tuyo, te había oído describirla como una civilización en la que los hombres eran los amos del harén, unos polígamos felices.

»¡Hablabas sin comprender, sin saber, tú, el hijo de una civilización hipócrita que rechaza a las mujeres después de haberlas usado, engañado, traicionado!».

«Cuando entré por primera vez en el piso de la calle Tournefort donde vivía Unissa, comprendí lo que era una familia. Las hijas y el hijo de Unissa se convirtieron en mis hermanas y en mi hermano. Y lloré cuando el esposo de Unissa fue llamado al paraíso.

»Cuando Malek Ajban me acogió en su familia como a la más joven de sus esposas, también aceptó acoger en su casa, conmigo, a Unissa y a sus hijos.

»Les ha otorgado una parte proporcional de sus bienes para que puedan vivir y estudiar.

»¿Qué hiciste tú cuando viste cómo vivía la familia de Unissa Rezzane?

«Huiste arrastrándome contigo.

»Exigiste a Unissa que no me volviera a llevar a su casa.

«¿De qué tenías miedo? ¿Querías que ignorara que, detrás de vuestras grandes palabras, la civilización occidental no es más que

una Gran Opresión? ¿Que siempre ha asesinado, humillado, vejado, expoliado?

»¿Dónde está Auschwitz?: ¿en tierra musulmana o cristiana?

«¿A qué río lanzaron por decenas a los musulmanes que se negaban a ser hacinados y sometidos?

»Los ahogaron en el Sena, y me has llevado muchísimas veces a la orilla de ese río y siempre me has contado la historia de lo que tú llamas "el Círculo sagrado de París".

«¡En Île-de-France, cuyos castillos me has obligado a visitar, los musulmanes eran encerrados en guetos sin tener tan siquiera un lugar decente donde rezar a nuestro Dios!

»¡Ésa es vuestra Francia, ése es vuestro mundo!

«Constantemente se repiten las palabras Libertad, Igualdad, Fraternidad, que son como una baba que os cubre los labios y oculta vuestros dientes. Pero no compartís nada, ignoráis lo que es la caridad, lo que es donar. El egoísmo es vuestra ley, la única regla de vuestro mundo, la que tú defiendes en nombre de la libertad individual, de los derechos humanos, la que queréis imponer al mundo entero porque para vosotros es el modo de disfrutar libremente de todo y de todos.

»No sois más que unos depredadores.

»¡Vuestros vientres están repletos; vuestras iglesias, vacías!».

Quedaba una última página.

La releí más tarde tras haber visto las imágenes de esos cientos de automóviles quemados por los amotinados y tras haberme enterado de que habían incendiado escuelas, gimnasios, así como un autobús con unos cincuenta pasajeros que consiguieron huir. Los atacantes arrojaron un último trapo empapado de gasolina y quemaron el cuerpo de una mujer inválida que se quedó dentro del vehículo.

Y en esos barrios se oyó gritar «¡Alá Akbar!».

Telefoneé a Pierre Nagel. Pensaba hablarle de Claire, de Malek Ajban, pero él quería sobre todo comentar los «incidentes» —como él los llamaba— de la periferia.

El islam, según él, era sólo un pretexto.

El paro, la miseria, el espejismo y la caja de resonancia mediáticas, la brutalidad de la policía, las multas del ministro del Interior explicaban estas manifestaciones de violencia. No había que

exagerarlas. Eran recurrentes en este período histórico de transición.

En el siglo XIX, Francia había conocido luchas de clases mucho más peligrosas. ¡Bastaba con recordar las jornadas de junio de 1848, la Comuna, el agua del Sena enrojecida por la sangre de los insurrectos de mayo de 1871!

El islam no era responsable de los acontecimientos. La miseria, las desigualdades, la exclusión, la precariedad, el espectáculo de la corrupción y la incapacidad de las clases privilegiadas eran las causas.

Hoy en día, los obreros, los pobres, los parados solían ser de origen musulmán, pero la religión no era el motor de los enfrentamientos.

—¿Y las guerras de esclavos en Roma? —insistió Nagel—. Era algo que yo conocía muy bien: Espartaco no había leído el Corán, ¿verdad?

Le colgué.

«Dios me ha salvado de la civilización del Mal», escribía Claire.

No puedo acostumbrarme a llamarla Aisha.

«Yo quería enseñártela personalmente para que pudieras enjuiciar mi decisión, tu debilidad y tu impotencia, que son las de la civilización que defiendes.

»Esa civilización se está muriendo porque ya no tiene fe.

»Mientras que nuestro Dios es el del mundo.

»Yo Le agradezco que me haya admitido en la Comunidad de los creyentes.

»Le ruego cada día:

»“Oh, Dios, fortalece la situación de Tu Nación honrando a los que Te obedecen y envileciendo a los que Te desobedecen.

»”Fortalece a Tu Nación ordenando el Bien y persiguiendo el Mal.

»”Yo rezo y saludo a Tu adorador y mensajero, Mahoma, a su familia y a sus compañeros.

»”Y mi última oración será: ¡Loado sea Dios, Señor de los Mundos!”».

IV

AL principio capitulé ante ese Dios y su Profeta.

Agaché la cabeza, acepté mi derrota.

Por primera vez comprendí lo que debían sentir los vencidos cuyo comportamiento siempre me sorprendió. Esclavos, prisioneros, gladiadores, todos plegaban la nuca, ofrecían su garganta, esperaban la muerte con pasividad.

Yo era uno de ellos.

Me quedé postrado, el pecho desgarrado por los accesos de un dolor seco que me obligaba a encogerme, la cabeza gacha, como un animal enfermo que se acurruca en un rincón y se esconde, avergonzado de su debilidad y de su decadencia.

Durante varios días no respondí al teléfono. No asistí a mis clases.

No abrí la puerta a Zuba Jayar. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué Claire se había convertido en Aisha y fingir que eso me dejaba indiferente; incluso, por qué no, que mi hija se había unido a la religión conquistadora de nuestro siglo XXI? ¿No era ésa la opinión que tenía la propia Zuba sobre el islam?

Pero tuve que salir de mi agujero porque me pareció que mi mano empeoraba, que la inflamación llegaba ya al antebrazo.

Acudí a la clínica de la calle Geoffroy-Saint-Hilaire y divisé a un centenar de metros, al mismo lado de la calle, el muro almenado y el minarete de la Gran Mezquita.

Se alzaba ahí desde los años veinte, cuando no había un solo país musulmán donde, de hecho o de derecho, el culto cristiano fuese aceptado. Aunque su Constitución no lo prohibiera, las agresiones y los asesinatos hacían peligrosa su práctica. Sin contar aquellos regímenes en los que tener una Biblia, los Evangelios o un crucifijo significaba la muerte. Pero, como escribía Claire, según ella creía, ¡«nosotros» éramos los cruzados, los soldados de la Gran

Opresión, los depredadores!

Y en cambio la Gran Mezquita había sido construida en el corazón del Círculo sagrado de París, entre nuestras iglesias de Notre-Dame y de Saínt-Étienne-du-Mont, no lejos de Saint-Nicolas-du-Chardonnet.

Sin embargo, nosotros, como escribía Claire, éramos unos perseguidores.

Mi desesperación estaba teñida de amargura.

He visto pasar a algunas jóvenes —tal vez estudiantes— con velo. Y mi dolor se ha vuelto agudo, insoportable.

Así es como mi Claire, mi propia hija, pasearía por las calles de Ginebra, orgullosa y feliz de su nueva identidad, la de Aisha Ajban.

El radiólogo descubrió tres pequeñas fracturas cuya localización le sorprendió. Era como si me hubieran aplastado la mano con un martillo, dijo.

Y me miró con ironía cuando aseguré que me había caído y me había apoyado en esa mano derecha que, desafortunadamente, se torció.

Se encogió de hombros, añadiendo que, a veces, algunos boxeadores golpean tan fuerte a su adversario que se rompen esos huesos de la mano cuya distribución permite a la palma y a los dedos ser ese instrumento complejo y eficaz que es.

Me anunció que estaría unos cuantos meses maltrecho, con los dedos separados, algo doblados, pero que no se podían reducir esas fracturas. Los huesos se tenían que soldar por sí solos. Tal vez la mano se quedara rígida, los dedos menos ágiles, pero la molestia sería muy leve.

—Ya le hayan pegado o usted haya pegado a alguien, el resultado es el mismo. Hay que dar tiempo al tiempo. Es más prudente que querer intervenir.

Su diagnóstico se hacía extensivo a todo mi ser, tan roto como mi mano. Claire me había pegado igual que yo la había pegado a ella.

El médico me recetó antiinflamatorios, pero yo estaba decidido a no seguir el tratamiento.

Merecía sufrir. Incluso merecía morir.

Pero no se muere por una fractura en el metacarpo derecho y en las falanges.

Así pues, sobreviví, mientras releía varias veces al día la carta de Claire, que guardaba en el cajón de mi escritorio. Me bastaba un pequeño gesto de la mano izquierda para sentir sus hojas y leer algunas frases, aunque Zuba Jayar estuviera sentada frente a mí, sin saber por qué mantenía la cabeza baja. Asombrada por mi parsimonia, me reprochaba que no me curase esa mano cuyo estado le preocupaba.

Una tarde le respondí que estaba padeciendo, a mi manera, el castigo islámico. Yo quería que me cortaran el puño, e incluso el pie izquierdo. Como en nuestros países corruptos y permisivos no se practicaban esas mutilaciones cruzadas, yo dejaba que mi mano se pudriera, pero no tenía ninguna posibilidad de conseguir mi propósito: aquí, en nuestra civilización decadente, verdad, no se torturaba, no se lapidaba a los culpables, sino que se les curaba.

Mis palabras le sorprendieron, tanto su énfasis como su amarga ironía, y de golpe, a mi pesar, empecé a hablarle de Claire, no del contenido de su carta sino de su infancia, de la manera en que, durante meses, estuve retrasando la fecha de su bautizo, en contra de la voluntad de Laure, so pretexto de que hay que dejar a las personas que, una vez adultas, escojan su fe, y no imponerles desde el nacimiento, sin preocuparse de su libre albedrío, la religión de sus padres.

Finalmente acabé cediendo ante Laure y asistí, burlón, a la ceremonia, como un volteriano que se mofa de todas las religiones, un librepensador que oscila entre el ateísmo y el agnosticismo.

Toda la educación religiosa de Claire se limitó a ese bautismo apresurado.

Yo no quise, no fui capaz de transmitirle la fe de mis orígenes, que creía haber olvidado e incluso rechazado.

Cuando empecé nuevamente a escuchar los rezos susurrantes de mi abuela, Claire ya no vivía conmigo, sino en Oxford.

Durante uno de nuestros breves encuentros en París, cuando ella me anunció que iba a publicar un primer artículo en la *Revísta de Estudios Islámicos*, me reí a gusto y le dije que para comprender profundamente la civilización musulmana ¡podía incluso convertirse al islam! Después de todo, Bonaparte, durante la campaña de Egipto, pensó en declararse mahometano. Se manifestó católico durante la guerra de Italia, ¿por qué no musulmán en El

Cairo?

Afirmé admirar esa libertad de espíritu surgida de la Ilustración.

Claire me abofeteó con un despectivo:

—Si no crees en nada, ¿para qué vives?

—Por curiosidad, para disfrutar del espectáculo de las cosas y de los seres —respondí orgulloso de mí mismo.

Recuerdo la mueca de desagrado de Claire, como si hubiera dicho una obscenidad, cuando le pregunté en qué creía ella.

Me respondió que se marchaba. Se levantó, y mientras se alejaba me espetó que ya me explicaría después, cuando llegara el momento.

Su carta —su respuesta— estaba ahí, en el cajón entreabierto de mi escritorio. Y el peso de mi culpabilidad era tan enorme, tan grande mi dolor, que sólo podía aprobar su acusación.

Yo era, todos éramos unos hipócritas, unos depredadores, torturábamos a los musulmanes en prisiones ocultas, caricaturizábamos a su Profeta, no teníamos el valor de confesar que pensábamos que nuestras religiones, la judía o la cristiana, eran las únicas justas y verdaderas, que el islam sólo nos parecía una verbalización de la barbarie y de los instintos.

Yo era, todos éramos unos egoístas.

Nos aprestamos a ayudar a las víctimas del tsunami en Indonesia y Malasia porque las olas habían destruido los hoteles de lujo y algunos de nuestros correligionarios, nuestros compatriotas, habían sido arrastrados por el maremoto y otros estaban sepultados bajo los escombros.

¡Qué generosos fuimos con los nuestros!

Pero si las víctimas —aunque la cifra se multiplique por diez, veinte o cien— son musulmanas, aunque agonicen en Cachemira tras un terremoto y se mueran de hambre y de frío sin que nadie les ayude, entonces miramos a otra parte y no organizamos ninguna de esas veladas de caridad televisadas que tanto nos conmueven y nos arrancan las lágrimas y los euros.

Los musulmanes de Cachemira podían reventar, y tenían que ser los islamistas los que les socorrieran, esos mismos que convocaban la yihad contra nosotros, ayudaban a los talibanes, cometían atentados y formaban fanáticos en sus escuelas coránicas.

Yo estaba tan empeñado en comprender y en no contradecir a

Claire que llegué a justificar los actos de los terroristas.

¿Tres mil muertos en Nueva York? ¡Más de cien mil en Irak! ¿La bomba atómica en Irán? ¿Y cuántas cabezas nucleares en los arsenales de Israel, en los de India? ¿Cuántas en los búnkeres de Estados Unidos, Rusia, Francia, China y Gran Bretaña?

¿Y a quién le importaba Pakistán? ¿Inocente? ¿Inofensivo porque es un perro guardián de Estados Unidos?

¡Yo absolvía a Claire! Ella no estaba del lado de la mentira, de la hipocresía, de la fuerza, sino de aquellos que aspiraban a cambiar el orden del mundo.

A veces, cerraba el cajón de golpe.

Sabía que me equivocaba.

La desigualdad reinaba entre Occidente y Oriente, entre el Norte y el Sur, pero era aún más cruel en el seno de los estados islámicos opresores, torturadores, totalitarios.

Aun estando desamparado y desesperado, aun cuando se tratara de mi hija y yo fuera culpable, ¿cómo podía aceptar de su parte una ceguera de ese calibre?

Claire era adepta a una religión que sacaba su energía y su fuerza del fanatismo. Yo debía impedirle que se hundiera en esa regresión.

Ella estaba casada con Malek Ajban, ¿pero qué validez tenía ese matrimonio si su sexagenario marido era polígamo?

Yo, por mi parte, no tenía que permitir que me arrastraran al fondo. ¿Ella se estaba ahogando? ¿Qué tenía que hacer yo, ahogarme con ella o intentar salvarla?

V

NO dejaba de pensar en Claire.

Volví a mis clases, pero en cuanto veía el rostro de alguna estudiante sentada en primera fila, en aquel anfiteatro tan pequeño y sofocante, el recuerdo de mi hija me cubría como un manto negro.

Me veía obligado a interrumpirme. Necesitaba varios segundos para recordar la frase perdida y seguía hablando sin ánimo, indeciso.

Me irritaba. Regañaba a los estudiantes, les reprochaba su falta de atención. Ellos protestaban. Les mandaba salir de clase. Una voz me gritaba: «¡Racista!».

Y en efecto, me di cuenta de que la había tomado con unos magrebíes que rodeaban a una muchacha que llevaba velo.

No tardó en originarse un alboroto. En cierto modo, esa violencia en torno a mí, esos rostros agresivos, esos empujones a pie de estrado, me calmaban.

Yo actuaba. Ya no me complacía en la desesperación. No me revolcaba en la aceptación sadomasoquista de la conversión de Claire. Olvidaba mi culpabilidad grandilocuente, mi patético arrepentimiento.

Me enfrentaba, de manera injusta, desafiando a ese grupito que me insultaba, que me acusaba de haberme atrevido a decir: «Robert de Sorbon no era musulmán. Todavía estamos en una universidad francesa y enseño en ella como me parece. ¡Lanzad una fatwa contra mí, si queréis!».

El rector de la universidad me convocó, preocupado por mi salud, y me reprochó esas provocaciones.

—Nori, usted es un humanista, un hombre de la tradición ilustrada, un historiador, oficio que inclina a la lucidez, al comedimiento… ¿pero qué le pasa?

Se preguntaba si yo no estaría buscando un incidente, un escándalo. ¿Tenía ansias de notoriedad? Él no iba a permitir que se destruyera el precario equilibrio que había logrado mantener en el seno de la institución.

—¿Qué quiere usted, Nori? ¿Que también incendien la Sorbona? ¿No le basta con el extrarradio? ¿Con qué está usted soñando? ¿Con la Comuna, con París en llamas, con los treinta mil fusilados? Tome alguna distancia, vaya a enseñar una temporada al extranjero.

Sólo le pude responder, balbuceando, con voz sofocada:

A la vuelta, crucé el patio de la Sorbona a paso lento.

Recordaba aquellas pancartas, las banderas rojas y negras que recubrían las paredes de la biblioteca, la fachada de la iglesia, las estatuas.

Aquí, en mayo del 68, yo tomé varias veces la palabra. Jugábamos a la revolución. Era nuestra tradición nacional, europea, occidental. Nos decíamos partidarios de Trotski contra Stalin. Si alguno de nosotros blandía el *Pequeño Libro Rojo* y se autoproclamaba maoísta, lo hacía para afirmar su fidelidad a Marx, lector de Hegel, nuestro Marx judío y renano, europeo.

¡Mientras que Claire lo que leía era el Corán! ¡Mahoma era su Profeta! No daba un paso adelante en el camino del progreso —hablábamos así antes— sino que se hundía en la regresión. ¡Abandonaba las riberas del Rin por el desierto! Clamaba: «¡Alá Akbar!», y algunos de sus «hermanos» quemaban guarderías, gimnasios, intentaban pegar fuego a una iglesia, so pretexto de que habíamos profanado sus mezquitas. Mataban porque unos daneses habían caricaturizado al Profeta.

Yo mezclaba mi sufrimiento y mi decepción privados con la actualidad, y me extirpaba poco a poco ese sentimiento de impotencia, ese espíritu de defección en los que me había regodeado.

Ya no me quería arrodillar, como un vencido que humilla la nuca esperando que la cimitarra le corte la cabeza.

Permanecía fiel a nuestra historia, a la Reforma, a la Ilustración, a Voltaire.

Iba a luchar, y había reorganizado mi vida con esa perspectiva.

La Universidad de Ginebra estaba dispuesta a acogerme durante unos meses. Y la facilidad inesperada con la que obtuve la

invitación —el rector de la Sorbona debió de utilizar toda su influencia para obtenerla— me pareció un signo favorable.

Estaría cerca de Claire. Investigaría a Malek Ajban, su clan, su pasado, su banco.

Arrancaría a Claire de su influencia. Había que desintoxicarla, porque el fanatismo es una droga.

¿Cómo iba yo a aceptar que mi propia hija encarnara esa regresión, que rechazara lo que Voltaire, en 1764, en su *Diccionario filosófico*, había desvelado y denunciado?

¿Podíamos tolerar, en nombre de un supuesto respeto a los demás y a sus creencias, esa «peste de las almas»?

Releí a Voltaire con angustia. Él había escrito: «Cuando el fanatismo ha gangrenado un cerebro, la enfermedad es casi incurable».

¿Lo era Claire?

«¿Qué responder —añadía Voltaire— a un hombre que os dice que prefiere obedecer a Dios que a los hombres y que, por tanto, está seguro de merecer el Cielo si os degüella?».

Nunca una frase escrita en el siglo XVIII me había parecido más actual. Los islamistas degollaban ante las cámaras de televisión. ¡Y Claire se había unido a ellos!

Pero a quien tenía que combatir era a ese Malek Ajban, de sus manos era de donde tenía que arrancar a Claire.

Él era el culpable, el manipulador.

«Normalmente, son los bribones los que guían a los fanáticos y les ponen el puñal en las manos», observaba Voltaire con su implacable lucidez.

¡Su relectura me incitó a condenar y a despreciar a los que bajaban la cabeza ante el fanatismo so pretexto de que era una fe tan respetable como las demás!

Apelaban la tolerancia cuando su actitud sólo se debía al miedo y a la cobardía.

Yo lucharía.

No revelé mis intenciones a Zuba Jayar. No le había prometido nada. Me hice el amante cansado. Invité a una joven rusa a que se instalara en la calle Maître-Albert. Y propuse a Zuba alquilarle el pequeño apartamento contiguo al mío.

Me miró sin preguntarme nada y me preocupó su silencio, su

aceptación. Tuve la impresión de que no ignoraba nada de lo que me atormentaba.

Intenté darle el pego; le presenté a la joven rusa. Musité que siempre había sido polígamo, cosa que, por otra parte, nunca le había ocultado.

—Conviértete al islamismo —me lanzó Zuba Jayar, levantándose.

En el umbral, quise darle algunas explicaciones. Me tapó la boca con la mano.

—No quiero saber nada, pero puedes contar conmigo. Haz lo que debas, pero ten cuidado. Ellos son obstinados. Si les molestas, te apartarán y te matarán.

Quise seguirla, retenerla, interrogarla, pero ya había cerrado su puerta.

VI

SUPE que estaría solo en esta guerra.

Habría podido arrastrar a Zuba Jayar, pero sospechaba que se sentía tan vulnerable como atormentada.

Ella no me había contado nada de su pasado, pero estaba convencido de que había sido herida y de que sus heridas íntimas seguían abiertas.

Zuba era musulmana, pero su familia fue martirizada por los guardianes de la revolución de los ayatolás. Luchaba contra el islamismo, las costumbres bárbaras, los arcaísmos de su religión. Se indignaba cuando una de sus alumnas aparecía con velo. Osaba protestar por esa práctica que, a su juicio, procedía de una interpretación falaz del Corán.

La habían insultado, amenazado, seguido. Había recibido en su página de Internet decenas de correos llenos de odio; sus corresponsales le prometían violarla, lapidarla y mutilarla. Según ellos, se había convertido en la puta de los infieles.

Durante algunas semanas hubo un guardia al fondo del anfiteatro donde Zuba Jayar daba sus clases, porque yo alerté a la junta rectora de la universidad sobre los riesgos que corría de ser agredida.

Ya entonces tuve oportunidad de constatar la prudencia, incluso la cobardía de algunos de los responsables del ámbito universitario.

Le reprocharon a Zuba Jayar haber violado los derechos de las estudiantes con su actitud injustificable e ilegal. Las estudiantes eran adultas, libres de vestirse como les diera la gana y de interpretar su religión como les pareciera.

Zuba Jayar estaba indignada.

—Esa gente cederá ante todo —me dijo—. Tienen miedo. En Irán pasó exactamente lo mismo.

Sin embargo, seguía siendo solidaria con su comunidad y me

acusaba de proferir opiniones racistas, de llenarme la boca con palabras grandilocuentes —¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!— y de no denunciar la discriminación que padecían los musulmanes.

Encontré en la pluma de Claire algunos términos y argumentos que me recordaron a los empleados por Zuba Jayar.

No quería arrastrarla a mi lucha. Pero sabía que ella no me traicionaría.

Por el contrario, otros se alejaban de mí, como si temieran comprometerse apareciendo a mi lado.

Tuve que llamar varias veces a Pierre Nagel para que me diera una cita.

Nos vimos en su casa, y no en la céntrica cervecería de la calle des Écoles donde solíamos encontrarnos.

Me reprochó mis declaraciones irresponsables y que mencionara a Robert de Sorbon:

—¡Yo creía que eras laico y resulta que sientes nostalgia de los colegios eclesiásticos! Pero, querido Nori, nos hemos convertido en una sociedad multirreligiosa, multirracial; el cristianismo no es más que una referencia entre tantas otras, ¡y la has utilizado para excluir y denigrar a ciudadanos franceses!

Intenté justificarme, pero Pierre estaba exaltado.

Esos musulmanes, me regañó, son con toda justicia quisquillosos. Lo primero que piden es que se les respete. Tienen la sensación de ser constantemente censurados más por lo que son que por lo que hacen. Y lo que detectan en la situación internacional, esa unanimidad que hay contra ellos, esa doble vara de medir —para unos la bomba atómica y para otros la prohibición de producirla— les saca de quicio.

Le interrumpí, y a mis preguntas respondió que, en efecto, temía aparecer en público conmigo porque perdería su reputación de objetividad, la confianza de sus colegas, la de sus alumnos musulmanes e incluso el acceso a las fuentes indispensables para sus investigaciones.

—Cada una de mis frases y de mis análisis está estudiado. Tengo que manejarme con prudencia, si quiero que me escuchen.

Pierre me dio, con reparos, algunos datos sobre la biografía de Malek Ajban. Debía centrarme en Nasir Ajban, padre de Malek, fundador del

World's
Bank of Sun.

No quiso decirme nada más, porque siempre había considerado que escribir sobre el islam, comprender las sutilezas de esa religión, las estrategias de los hombres y sus rivalidades implicaba un largo aprendizaje —de hecho, toda una vida de estudio—, el conocimiento de la lengua, una lenta impregnación de los fundamentos de la civilización musulmana. En cambio, la realidad estaba enmascarada por la palabrería irresponsable de personas que, aprovechando las circunstancias difíciles, disertaban sobre el islam, sostenían opiniones ridículas, peroraban en los estudios de televisión y se embolsaban los derechos de autor.

Naturalmente, añadió Nagel, no era mi caso, pero me aconsejaba no abordar ese tema en el que no tenía nada que ganar y todo que perder.

¡Yo tenía la suerte de trabajar sobre el Imperio romano, en cuyo nombre ya no se degollaba a nadie!

Pierre había leído los diferentes artículos que Claire había publicado en la *Revista de Estudios Islámicos*. Le parecían muy notables, comedidos, y habían sido traducidos en varios paísesárabes, señal de que no se equivocaba.

—¿En qué sentido? —pregunté.

Esbozó un gesto vago, acompañado de una sonrisa cómplice.

—La han reconocido, la han aceptado. Se le abrirán las bibliotecas, las universidades. Son ricos y saben ser generosos.

Dudé en decirle que era la cuarta esposa de Malek Ajban, pero a lo mejor ya lo sabía.

Entonces dejé entender que Claire estaba pensando en convertirse al islam.

Pierre abrió los brazos exclamando que era una excelente noticia para Claire y también para la investigación francesa. Hemos tenido arabistas muy notables, pero católicos, casi todos muy comprensivos respecto al islam. Pero un investigador que se convierte, ¡qué satisfacción para todos los musulmanes que sufren la falta de consideración, el rechazo de su religión! Ellos suelen sospechar que casi todos los investigadores «infieles» son enemigos del islam, que sólo retienen de su milenaria historia lo que fortalece sus prejuicios, su acusación. Instruyen de manera revanchista,

mezclando la parcialidad con la suficiencia.

—En suma —le respondí—, ¿hay que capitular, unirse a ellos, reconocer su superioridad para conseguir la paz?

Yo exageraba, protestó Nagel.

Nuevamente me explicó que vivíamos en un período de transición, sembrado de emboscadas, y que había que favorecer todas las iniciativas para que dicho proceso se desarrollara de manera pacífica.

—No olvides nunca —me dijo acompañándome a la puerta— que no hablas sólo en tu propio nombre. Te ven y te entienden como a un occidental y, hagas lo que hagas, como a un infiel, es decir, uno de ésos a quienes los islamistas llaman «cruzados». Es responsabilidad tuya, mediante tus palabras, tus escritos, explicar que los tiempos de las cruzadas han pasado, que no crees en el «choque de civilizaciones», sino en su diálogo. Como tu hija se ha convertido, te escucharán con mayor atención y benevolencia.

—Ha elegido llamarse Aisha.

Nagel inclinó la cabeza en silencio.

—¡Bien, muy bien! —aprobó—, la esposa preferida del Profeta…

También Laure, la madre de Claire, me dijo que ese nombre le parecía precioso. ¡Claire era demasiado convencional! Era muy propio de un italiano haber escogido ese nombre como un intento de corregir el apellido Nori, que olía a siciliano.

Así empezó nuestra conversación telefónica. Aisha, añadió Laure —ella también— era la más joven de las esposas del Profeta.

Era yo quien la había telefoneado, la víspera de mi partida para Ginebra. No habíamos hablado desde hacía casi dos años.

Me limité a responder:

—Tendríamos que hablar un poco de Claire.

—¿Claire? ¡Querrá decir Aisha! —exclamó Laure.

Ella me trataba de usted, como siempre que deseaba expresarme su indiferencia y su desprecio. Y siguió hablando con su voz terriblemente aguda, burlona o indignada.

¡Naturalmente, yo no había comprendido la decisión de Claire!, me explicó. Pero no le había sorprendido. Nunca me había interesado por los demás. Por ella, de acuerdo, pero no mucho más por Claire. Sólo prestamos atención a los demás cuando los queremos. Y yo era incapaz de amar, porque no creía en nada, era

un cínico y además un egoísta.

—Y usted no comprendió que Claire era, como yo, una mística, que necesitaba escapar de ese materialismo que usted encarna. No es casualidad que usted haya escrito tanto sobre el paganismo romano. ¡Ésa es la civilización que a usted le gusta! Claire no lo soportaba, y yo tampoco. Yo soy católica, ella lo era. Se ha hecho musulmana; ¿de qué quiere que me asombre? No hay más que un Dios, y los musulmanes reconocen la existencia de Jesús y de María; ¡además, el Papa reúne a su alrededor a los representantes de todas las religiones del Libro! Lo esencial es la fe en un Dios único: ¿Abraham, Jesús, Alá? La diferencia no está entre los judíos, los cristianos o los musulmanes, sino entre los que creen y los que no tienen Dios, como usted.

Estuve a punto de colgar, pero tal vez necesitaba que me siguiera fustigando y oír sus comentarios cuando musité el nombre de Malek Ajban, viejo polígamo de quien Claire era la cuarta esposa.

—¿Y usted —se indignó Laure—, usted, que, como decía hiriéndome atrozmente, era un «polígamo de hecho», al frente de un «harén informal», se escandaliza ahora? Malek Ajban no ha ocultado nada a Claire. No la ha engañado ni traicionado. ¡La ha respetado diciéndole en qué consistía todo, explicándole las reglas de su religión! Usted —rió amargamente—, ¿cuántas mujeres tenía usted en su «harén informal»? ¡Yo no era la cuarta, sino la séptima o la octava! ¡Y no me hable de la edad de Malek Ajban! Me han dicho que su última conquista —¡su ayudante!— es una joven de apenas treinta años, y musulmana por añadidura. ¿Y se inquieta por Claire? Francamente, su mala fe y su hipocresía empeoran con los años. Yo, por mi parte, comprendo, apruebo a Claire, me alegro por ella. Ha entrado en una gran familia de verdad, esa que nunca fue usted capaz de darle. Y en una religión fuerte, que no reniega de sí misma, al revés que las otras, ¡empezando por la mía!

Recuperó el aliento, y luego añadió:

—¿Nos hemos dicho todo, no?

Y colgó.

No, yo no tenía aliados.

Segunda parte

VII

YO miraba el curso de las enlodadas aguas del Ródano mientras oía a Malek Ajban declarar en un francés límpido:

—¡El estandarte del islam tiene que cubrir al género humano!

La voz era reposada, decidida y, a pesar de la mala calidad de la grabación o de mi lector de casetes, era clara y parecía cercana, como el cuchicheo de una confidencia, de un secreto.

Yo paraba y movía la cinta a veces hacia atrás, otras hacia delante.

Iba anotando:

«El islam es dogma y culto, patria y nacionalidad, religión y Estado, espiritualidad y acción, Corán y sable».

Y Malek Ajban seguía explicando y describiendo el sentido, la historia y la grandeza de la civilización musulmana.

Siempre terminaba con la misma frase, que, a fuerza de ser repetida y oída, se convertía en un conjuro, una predicción: «¡El estandarte del islam tiene que cubrir al género humano!».

Me levantaba. Iba hacia la ventana, que la mayor parte del tiempo dejaba abierta, como si quisiera que ese rumor del Ródano fluyendo al pie del inmueble donde vivía, en el muelle Seujet, acompañara la prédica de Malek Ajban.

Había llegado a Ginebra unas semanas antes y había alquilado ese pequeño apartamento situado en un último piso, en ese barrio tranquilo, a doscientos o trescientos metros de la calle de l'Encyclopédie, del Instituto Voltaire y de la calle Délices, donde había vivido el filósofo. Esa vecindad influyó en mi elección.

Yo era, y seguiría siendo, volteriano. ¡El caso Claire Nori sería mi caso Calas[1] ¡Iba a dedicarle todas mis fuerzas, dar por fin a mi hija todo lo que hasta entonces le había negado.

Instalé mi mesa de trabajo delante de la ventana. No tenía más

que levantar los ojos para divisar el chorro de agua que surgía del lago y estallaba a más de trescientos metros de altura en un haz irisado por el sol.

Más allá, la cadena de las cumbres nevadas de los Alpes cerraba el horizonte. Y me imaginaba que uno de esos glaciares era el de la Furka, donde había estado tiempo atrás con Claire para que pudiera contemplar ese delgado hilo de agua burbujeante: el Ródano en sus orígenes.

En su curso a través de los muelles de Ginebra, el Ródano no era todavía un gran río, pero ya no era un torrente alpino. Poderoso y arrollador, su rápida corriente tenía un vigor juvenil, y los torbellinos golpeaban los muelles con fuerza. Esta alegre violencia me fascinaba.

Me gustaba pasear a lo largo del muelle de Bergues hasta el muelle Mont-Blanc, que bordea el lago entre aguas generalmente tranquilas.

Yo pensaba en ese Ródano que, en el fondo del lago, excavaba su lecho, se abría camino, simulando que se mezclaba con las aguas más cálidas del lago, perdiéndose en ellas, pero que reaparecía de golpe, vigoroso, aceptando aún que sus aguas fueran canalizadas, pero fluyendo a gran velocidad para convertirse en ese río majestuoso que se uniría al mar en un inmenso delta.

Desde mi mesa de trabajo podía ver la cadena de los Alpes y una parte del lago e, inclinándome un poco, divisar el torrente cuyo rumor irrumpía fogosamente en la habitación y me obligaba a subir el sonido de mi aparato para oír a Malek Ajban declarar:

«Nuestro eslogan será siempre: Dios es nuestra meta. El mensajero de Dios es nuestro guía. El Corán es nuestra Constitución. El esfuerzo es nuestro camino. La muerte en el sendero de Dios, nuestro último anhelo».

Me indigné: ¿ése era el predicador a quien tildaban de moderado y reformista, partidario de la modernización del islam?

Pero al leer el libreto que acompañaba cada casete descubrí que Malek Ajban no era el autor de los textos que citaba. No obstante, explicaba, había que conocerlos para comprender la civilización musulmana. Y añadía: «¿Por qué vamos a ser la única cultura, la única religión que tiene que cortar con sus raíces y censurar a sus fundadores? Queremos pertenecer a nuestra época, pero sólo

podemos hacerlo si somos fíeles a nuestros orígenes, es decir, si los conocemos».

He podido juzgar mejor la habilidad de Malek Ajban y la ingenuidad de quienes le presentaban como un pensador y un banquero, un historiador y un filósofo deseoso de instaurar un diálogo con Occidente a fin de evitar esa maldición y esa tragedia que supondría el «choque de civilizaciones».

Tanto en París y en Londres, como en Roma, le recibían con los honores que merece un predicador influyente.

Le celebraban por ser el representante de las nuevas generaciones musulmanas, abiertas al mundo moderno, que dominaba y utilizaba todas las técnicas, ¡el hombre que por fin impulsaría el nacimiento de un islam europeo!

Ajban se cuidaba, en efecto, de hacer apología del terrorismo. Se limitaba a retomar, bajo la égida de la historia, las frases más radicales de los predicadores musulmanes para quienes «la muerte en el sendero de Dios es nuestro último anhelo».

¿Qué podía significar aquello sino que había que sacrificarse por Alá? ¿Y no era eso, junto al odio, el otro motor de los kamikazes?

Descubrí esas casetes siguiendo a un grupo de estudiantes con velo que salían de la universidad al mismo tiempo que yo.

Me había parecido que una de ellas podía ser Claire. Era absurdo, pero la silueta, la manera de caminar de esa joven, su forma de mover la cabeza con vivacidad me habían hecho dudar de mi razón, que deducía la imposibilidad de tal encuentro.

Fue como si, de pronto, hubiera sido presa de un ataque de fiebre, las mejillas enrojecidas, los ojos ensombrecidos.

Estaba convencido de que se trataba de mi hija, pero no me atreví a acercarme ni a llamarla, y no porque dudara de su identidad, sino porque temía que me rechazara.

Recé —había llegado a ese punto— para que se volviera, me descubriera y se acercara a mí.

Al imaginar esta escena, las primeras palabras que intercambiaríamos, me puse a temblar.

Luego las estudiantes entraron en una librería situada a un centenar de metros de los edificios de la universidad.

No las seguí, pero, inmóvil frente al escaparate, las pude por fin ver de frente. Y me sentí aplastado por la decepción; incluso habría

podido tirarme al suelo, tan enorme era mi cansancio.

De golpe, mientras bajaba la cabeza, vi en el escaparate el retrato de un hombre de rostro fino, frente despejada, cabellos blancos y mirada recta. El rostro era afable pero algo difuminado, dando así la impresión de ocultarse para que sólo quedaran de sus rasgos una vaga sensación de dulzura.

El nombre de Malek Ajban ocupaba el fondo del escaparate, en el que había un montón de casetes: «Edición íntegra de las conferencias de Malek Ajban».

Pensé que había sido «guiado» hasta ahí, que no creí reconocer a Claire por azar.

«Querían» que descubriera esa librería, esas casetes. No fui más allá de esas certidumbres.

Entré en la librería. Compré diez casetes. Cuando pagué, el librero —un hombre joven que llevaba una delgada barba en forma de collar— me dijo al devolverme mi tarjeta que se sentía honrado por mi visita. Había leído varios libros míos. Le apasionaba el Imperio romano.

Me aconsejó escuchar la casete n.º 6, en la que Malek Ajban citaba textos que reflejaban el punto de vista islámico sobre el Imperio romano.

—Tal vez no esté usted de acuerdo, profesor. Pero es usted un hombre sin prejuicios. Esta visión, no occidental, le interesará.

Cuando me disponía a marcharme de la librería, un hombre de unos cincuenta años se me acercó, colocándose de tal manera que me obligó a pararme. No me gustaba la untuosa autoridad con que me interrogó. Se presentó como el profesor Karl Zuber, titular de la cátedra de Historia del Islam en la universidad, y se sentía muy feliz de conocer a su colega, el profesor Julien Nori, cuya notoriedad, etc.

Me dirigí hacia la salida pero él me siguió.

Me dijo que durante algún tiempo se había preguntado por los lazos de parentesco que me unían a Claire Nori, una joven y notable historiadora a la que había invitado a dar clases en la universidad en el seminario que él dirigía. Y al que me invitaba.

Ella no había aceptado, al menos de momento.

Se interrumpió, inclinando un poco la cabeza y mirándome con sus ojos entornados, los labios hacia fuera, como para saborear por

anticipado lo que me iba a decir.

—Claire Nori, pero sin duda usted lo sabe, ¿verdad?, se acaba de casar con una personalidad excepcional, Malek Ajban, que desempeñaba un papel decisivo en las relaciones entre el islam y Occidente.

Según Zuber, ésa era la cuestión más importante, la que iba a estar en el centro de las relaciones internacionales durante las próximas décadas. Ajban era uno de los pocos hombres capaces de impedir la confrontación entre civilizaciones, una guerra que, de hecho, ya había empezado en Irak y a la que, con su brutalidad habitual, nos arrastraban los americanos.

—Usted conoce a Ajban, supongo. He asistido a muchas conferencias suyas.

Señaló la bolsa que yo llevaba, donde estaban las diez casetes que acababa de comprar.

—Francia está en el centro de sus preocupaciones. Ajban dice con razón que todo depende de la actitud que adopte ese país. Ustedes son los que tienen la comunidad musulmana más importante de Europa, ¿cinco millones, no es eso?

Me limité a afirmar con la cabeza, con un nudo en la garganta, incapaz de hablar.

—Ese matrimonio entre Claire Nori y Malek Ajban —prosiguió— es un acto con una enorme carga simbólica. ¿No lo cree? Es la señal más clara de la aparición de un islam europeo, de esa fusión entre nuestras culturas. Ya sabrá usted lógicamente que Claire Nori se ha convertido.

—Es mi hija —conseguí farfullar.

Primero fingió confusión, pero luego me confesó en voz baja, en tono cómplice, que se lo había dicho el propio Malek Ajban, el cual había manifestado un enorme respeto por aquél a quien había llamado «el notable profesor Nori». Ajban era un modernista, pero respetuoso con sus tradiciones y, por lo tanto, con el padre de su mujer.

Karl Zuber me acompañó unos diez metros, me dio su tarjeta y me invitó a colaborar en la revista *Encuentro de Culturas*, que dirigía y financiaba Malek Ajban.

Por fin se marchó y yo me quedé un momento inmóvil,

experimentando una opresiva sensación de impotencia.

Luego caminé a lo largo de los muelles, deteniéndome casi a cada paso para mirar los remolinos del Ródano.

Nunca me había parecido su corriente tan rápida, ni sus oscuras aguas tan tumultuosas, ni tan grande mi soledad.

Dudé de nuevo.

Había caído la noche. El rumor del Ródano parecía amplificarse, haciendo retroceder todo silencio sin que se le opusiera un solo ruido.

Obstinada, mareante, la voz de Malek Ajban repetía:

«Queremos reunir todas las partes de esta Patria islámica que la política occidental se ha empeñado en separar y que la codicia europea ha desperdigado y encerrado dentro de unas fronteras. ¡Rechazamos, por tanto, todos los acuerdos internacionales que transforman esta Patria islámica en un conjunto de pequeños poderes…!».

Malek Ajban entrelazaba con tal habilidad sus palabras con las citas de los pensadores radicales del islam que era imposible saber si predicaba en su propio nombre, leyendo los textos que él mismo había escrito, o si, por el contrario, lo que hacía era comunicar las palabras de Hassan Al Banna, el fundador de la cofradía de los.

Hermanos Musulmanes, o las de Nasir Ajban, su propio padre.

Por una de las notas que acompañaban las casetes supe que Nasir Ajban, al tiempo que fundó el

World's

Bank of Sun, creó su propia hermandad, la de la *Futuwwa*, nacida de una escisión de los Hermanos Musulmanes.

La *Futuwwa* era una organización discreta, jerarquizada, de la que Nasir había sido gran maestre. Sin que se dijera explícitamente, se daba a entender que a la muerte de su padre, Malek Ajban no sólo le había sucedido en la dirección del banco, sino en la cumbre de la jerarquía de la *Futuwwa*.

Me sentía totalmente descorazonado: ¿cómo arrancar a Claire de esa red, de esa nueva creencia que ella creía haber elegido libremente, de ese río cuya potencia, cuya dinámica debían embriagarla y arrastrarla?

¿Además, con qué derecho lo hacía?

¿Tal vez había llegado la hora del islam?

Tal vez ese equilibrio tan difícilmente alcanzado entre fe y razón, que yo consideraba expresión del cristianismo, se había roto y volvíamos al reino de las emociones, de una fe simple y tosca, brutal, instintiva, que rechazaba todo lo que habíamos creído y admitido.

En Estados Unidos se cuestionaba a Darwin y en Europa apuntaban ya las primeras oposiciones a la teoría de la evolución.

¡Adiós, Buffon! ¡Adiós, Voltaire!

Estaba desesperado.

Desde que llegué a Ginebra había ido varias veces a la calle Délices. Había entrado en el parque situado en el n.º 25 de esa callejuela. Ahí, en aquella morada oculta en parte entre los árboles, había vivido Voltaire.

Recorrí la biblioteca, leí las páginas de los manuscritos expuestos. Me detuve frente a los bustos del filósofo.

Me quedé fascinado por su sonrisa sarcástica, por ese aire travieso y malicioso, por la alegría que emanaba de su rostro, tal como lo había esculpido Houdon.

¿Tal vez era eso lo que me faltaba: la alegría, el sentido de la burla, esas manifestaciones extremas de la fuerza interior frente a esta vida, fugaz como una sombra?

Pero una vez solo, en mi casa, me volvía a dominar el agobio.

En la pantalla se sucedían las imágenes, el eco, multiplicado hasta el infinito, de la violencia: coches incendiados, cuerpos mutilados ensangrentando las calles de las ciudades en todos los continentes, desde Londres hasta Bagdad; muchedumbres enfurecidas saqueando las embajadas europeas.

¿Quién seguía leyendo las palabras de la razón?

¡Adiós, Spinoza! ¡Adiós, Voltaire!

¡Sitio al islam, ese gran río crecido!

¡Sitio a Malek Ajban!

Mientras le escuchaba, oscilaba entre el asombro y el espanto, la incomprensión, la indignación y la rebelión.

Ajban se atrevía a decir —o bien citaba un texto de Nasir Ajban o de Hassan Al Banna— que «todo pedazo de tierra donde haya un musulmán que pronuncie “No hay más divinidad que el propio Dios” es nuestra Gran Patria; nos esforzaremos por liberarla, por sustraerla a la influencia de Occidente, por librarla de esa tiranía y

por reunir el conjunto de las partes».

Volví a rebobinar las cintas hacia delante y hacia atrás. Anotaba y releía.

¿Significaba eso que allí donde viviera un solo musulmán había de extenderse el Imperio islámico?

En una palabra: como Francia, decían, contaba con cinco millones de musulmanes, ¿debía ese país, más que ningún otro, formar parte de esa comunidad, de esa «patria islámica»?

Si el creyente tenía el deber de convertir el lugar donde residía en tierra del islam, ¿eran entonces vanas todas las medidas dictadas desde hacía décadas a favor de lo que se llamaba «la integración»? Y para que reinara la paz sobre esos territorios, ¿había que abrazar… la fe islámica?

¡Si no, lo mejor era el «armisticio». —*Dar al Suhl*— a la espera de la guerra de conquista!

Y como tenía la sensación de que muy pocos habían osado comprender y denunciar esta lógica, experimenté la tentación de dejarme también arrastrar por el río Islam.

¿Por qué no? La fe tranquiliza. La comunidad protege. En ella se siente el calor fraternal de los hermanos y de las hermanas.

¡Eso era lo que Claire buscaba, y lo había encontrado!

¿Por qué romper esa crisálida en la que se había acurrucado?

Escuché por fin la casete n.º 6 que me había recomendado el librero.

Malek Ajban se expresaba en ella con solemnidad, indicando por vez primera con claridad que ese texto era de Hassan Al-Banna, fundador de la cofradía de los Hermanos Musulmanes, escrito en los años treinta, cuando Mussolini y Hitler, el fascismo y el nazismo, reinaban en Italia y en Alemania. Había, pues, que tener en cuenta esas circunstancias históricas para enjuiciar estos textos. Pero, repetía Malek Ajban, su sentido profundo seguía siendo válido, y es en el que había que meditar, en el que había que inspirarse.

«¿El Reich alemán se impone como protector de todos aquéllos por cuyas venas corre sangre alemana? Pues bien, la fe musulmana exige a cada musulmán que proteja a toda persona que haya sido impregnada por el aprendizaje coránico», escribió Hassan Al-Banna.

Nada de solidaridad étnica, insistía Malek Ajban, sino la fraternidad entre creyentes por encima de todas las nacionalidades.

En el islam la creencia lo es todo. ¿Acaso la fe no se reduce al amor y al odio?

Claire había buscado y encontrado el amor absoluto en la fe, y el reverso de su creencia no era sino el odio que me tenía.

Esta fe los musulmanes querían extenderla «a todos los horizontes terrestres y someter a todos los tiranos hasta que no haya más desórdenes y la religión esté enteramente consagrada a Dios».

¿Dónde estaba la tolerancia?

¡Adiós, Spinoza! ¡Adiós, Voltaire! ¡Adiós, Siglo de las Luces!

Me indigné recordando las palabras de Karl Zuber, así como las de Pierre Nagel. ¡Su comprensión, su prudencia, su apología del «diálogo de civilizaciones» se llamaban cobardía, sumisión y, por qué no, conversión!

Monté en cólera.

¿Podía aceptar esa capitulación sin condiciones, tal como la formulaba Malek Ajban, ocultándose tras unos textos antiguos para difundir mejor su propio pensamiento?

Escuché varias veces la casete en la que, en efecto, evocaba, y de manera singular, el Imperio romano. El texto estaba sin duda extraído de *La epístola a los jóvenes* de Hassan al Banna.

«Queremos —decía— que la bandera del islam ondee nuevamente al viento y muy alto, en todos los territorios que han tenido la suerte de acoger al islam durante algún tiempo y donde haya resonado la voz del muecín.

»Luego, la mala suerte ha querido que las luces del islam se retiraran de esos territorios, que cayeron en el descreimiento.

»Por tanto, Andalucía, Sicilia, los Balcanes, las costas italianas, así como las islas del Mediterráneo, todas ellas son colonias mediterráneas musulmanas y tienen que volver al seno del islam».

Me quedé tan sorprendido por esas palabras que tuve que parar la cinta. ¿Había oído bien?

Volví a escuchar el pasaje. El sentido no podía ser más claro, y lo que seguía lo confirmaba con la impudicia del fanatismo:

«También el Mediterráneo y el mar Rojo tienen que volver a ser mares musulmanes —leía Malek Ajban—. Lo fueron antaño, mucho antes de que Mussolini se arrogara el derecho a reconstruir el Imperio romano. Ese supuesto Imperio romano se constituyó tan sólo sobre las bases de la codicia y los deseos pasionales.

»Tenemos, pues, derecho a reconstruir el Imperio islámico que se ha establecido por la justicia y la igualdad y que ha derramado su luz entre las personas».

Estaba estupefacto ante ese proyecto de reconquista.

¡Y era a Occidente a quien acusaban de querer volver a las cruzadas! ¡Fue a mí a quien Claire, e incluso Pierre Nagel, tacharon de cruzado!

Estaba escandalizado por la actitud de Malek Ajban, quien, con su voz tranquila, se limitaba a leer, sin tomar distancias respecto a ese texto que era, en realidad, una llamada a la yihad y que corroboraba —algo que ya había comprendido al oír esas casetes— que allí donde un musulmán reza, o ha rezado, allí debe imponerse el Imperio islámico. ¡Entre otras, reivindicaban «mi» Sicilia como tierra musulmana!

Y como había millones de musulmanes viviendo en Europa, los territorios en los que rezaban se convertían a su vez en parte de ese imperio. ¡Se acabaron las identidades nacionales! El porvenir de Francia y de Europa era el de constituir un conjunto de comunidades sobre las que se impondría la musulmana por guerrera, conquistadora, prolífica, obediente a su fe y seguidora al pie de la letra de su Libro, la palabra de Dios tal como la había transmitido el Profeta. Ella vencería, porque era «la mejor de las comunidades».

Luego, me reproché a mí mismo haber caído en el fanatismo, haberme sometido a una lógica de guerra, que era la que querían imponer al mundo los integristas de todas las religiones.

Y yo no quería juzgar al islam de esa misma manera injusta que consiste en acusar al catolicismo del siglo XXI de seguir sosteniendo la Inquisición o, peor aún, de mantener ese antisemitismo que, como una lepra, le estuvo contaminando y corroyendo durante siglos.

Pero la Iglesia y sus fieles se habían arrepentido. Habían vuelto a Cristo, a Su crucifixión, a Su sufrimiento, a Su humildad de hombre mortal que sólo resucitaba en Dios tras haber subido con fatiga al calvario, aplastado por la cruz.

El islam, por su parte, tenía como Profeta a un combatiente que no había dudado en asesinar a sus rivales, en sepultar los cadáveres de sus enemigos en fosas comunes. En reinar por el verbo, pero

primero por la espada.

Los califas nunca habían proclamado que había que dar al César lo que era del César, y a Dios lo que era de Dios. La guerra musulmana seguía siendo santa. El estado musulmán debía estar regido por la ley divina, la *sharía*.

Los textos que Malek Ajban leía sólo eran documentos históricos que reflejaban ambiciones y voluntades de épocas pasadas.

El terrorismo, las llamadas a la yihad, al sacrificio de uno mismo en nombre de Alá no eran una historia pasada, sino nuestra actualidad, nuestro futuro.

Nueva York, Washington, Madrid, Londres: desgrané los recuerdos de esas imágenes y de torres y de vagones reventados.

Y ahí, en esa habitación donde el rumor de las aguas era tan fuerte que me permitía creer que el río no tardaría en cubrirme, cuando encendía la televisión, las cámaras se recreaban en coches en llamas, escuelas destrozadas, hoteles incendiados, cuerpos agonizando por decenas en las calles bajo los escombros.

Los musulmanes recibían aún más golpes que los infieles si pertenecían a países que no observaban la *sharía* y que mantenían relaciones pacíficas con el Gran y el Pequeño Satán, Estados Unidos e Israel. Y los suníes asesinaban a los chiíes.

¿No había empezado ya la reconquista que profetizaban y deseaban Hassan Al Banna o Nasir Ajban, a quienes Malek Ajban prestaba su voz?

En muchas regiones de los Balcanes, los monasterios y las iglesias ortodoxas no eran más que islotes en medio de unas poblaciones musulmanas que habitaban los mismos lugares donde los cristianos, siglos antes, habían resistido y rechazado la invasión del islam.

Una vez más me pregunté, intentando olvidar mis sentimientos íntimos y el rencor personal que podía albergar.

¿Tal vez habría que aceptar esa crecida del islam?

¿Tal vez habría que someterse para que la tierra humana no quedara sepultada por el caos que acarrearían unas guerras crueles, un «choque de civilizaciones»?

Como historiador, tenía la impresión de asistir a un encadenamiento de causas, a todo un engranaje que en el siglo XX condujo inevitablemente a dos guerras mundiales en las que el

islam no fue en modo alguno el factor detonante. Pero esta vez sería uno de los actores principales o, al menos, el pretexto que utilizarían otras potencias.

¿Qué quedaba entonces: padecer, doblar la cerviz? ¿Irme de Ginebra? ¿Olvidar a Claire? ¿Disfrutar de lo que me quedaba de vida?

¿Tal vez era ése el destino del Occidente europeo, escéptico, cobarde, agotado por tantos combates, aplastado por una larguísima historia, envejecido, preocupado tan sólo por agonizar en paz?

Lo imaginé —me imaginé a mí mismo— como un jubilado abúlico que no puede hacerse respetar ni obedecer por esos jóvenes sirvientes a los que, en el pasado, cuando era fuerte y poderoso, trató con rudeza. Esos jóvenes han ido descubriendo, día a día, su debilidad. Entonces ya no le sirven, le maltratan, le pegan, le relegan a una habitación oscura donde se pudrirá en medio de sus deyecciones.

Los criados, convertidos en los dueños de la mansión, cambian la decoración y el nombre. Y la hija del viejo impotente se ha convertido en la esposa de los jóvenes y viriles vencedores.

Claire Nori se llamaba ya Aisha Ajban.

IX

SIN embargo, no me decidí a marcharme de Ginebra y erré por la ciudad esforzándome en creer que, caminando así sin rumbo, acabaría por toparme con Claire.

Acallaba mi razón, que me susurraba que era improbable, que me mentía a mí mismo deliberadamente porque no era lo bastante valiente como para buscar su dirección, fácil de encontrar pues Malek Ajban era un personaje público que debía de vivir, más que en Ginebra, en una de esas pequeñas ciudades al borde del lago, Versoix o Coppet, ahí donde los ricos residentes extranjeros alquilan o compran sus vastas moradas.

Cuando volvía a casa, agotado por esas largas caminatas inútiles, admitía que mi búsqueda no era más que un simulacro, que tenía miedo de encontrarme frente a Claire, de descubrir sus mejillas apretadas en un velo negro que deformaría sus rasgos y escondería su nuca, su pelo.

Tendría que haber admitido que ella quería seguir siendo Aisha Ajban, que me rechazaba, que me odiaba.

Pero la soledad me impulsaba a abandonar el apartamento y volvía a recorrer las tranquilas avenidas de esa ciudad que, a pesar del aire cortante que barría las riberas y las calles, parecía adormecida, muy alejada de las guerras, los atentados, los incendios y los odios que desgarraban o arrasaban a las otras metrópolis.

Y sin embargo, aquí mismo…

Me acordé de una visita a la ciudad y sus alrededores que hace tiempo efectué en compañía de Claire.

Ella había aceptado acompañarme e incluso asistió a la conferencia que yo iba a pronunciar en el Gran Teatro.

Tenía entonces unos quince años y para mí seguía siendo una niña. Estaba sentada en el primer banco del público y yo había hablado para ella, para que recordara la elocuencia y la erudición

de su padre, capaz de evocar sin notas a Julio César marchándose —como él mismo había escrito— «precipitadamente de Roma, dirigiéndose a marchas forzadas hasta la Galia Ulterior y llegando a Ginebra, ciudad de los alóbroges, la más cercana a la frontera helvética, unida a ese país por un puente».

Describí a las legiones levantando una muralla, cavando un foso desde el lago Leman hasta el monte Jura, luego las trampas que pusieron a los helvecios, las batallas despiadadas, los prisioneros degollados o reducidos a la esclavitud.

La tierra ginebrina también se cubrió de sangre.

Luego conté cómo, en aquella ciudad que se erigió en capital de la Reforma, de la lucha contra esa Iglesia católica que perseguía a los herejes, Calvino quemó vivo a Miguel Servet, un médico español cuyo pensamiento era demasiado libre, incluso para un protestante.

Ginebra, la reformada, la tolerante, también había sido Ginebra la fanática.

Luego volvió a ser esa ciudad tranquila donde, al borde del lago, se levantaba el Palacio de las Naciones; donde, mientras más allá de las fronteras cuidadosamente encadenadas los otros pueblos se mataban entre sí y se perseguía a los judíos, la gente comía onzas de chocolate negro sorbiendo té.

Cuando terminó la conferencia, pedí a Claire su opinión.

Se encogió de hombros.

—Hablas bien —contestó—. ¿Pero para qué sirve?

Me indigné.

La historia de Ginebra era la prueba de que con el tiempo los actos violentos acaban por calmarse. Allí donde las legiones romanas habían asesinado, donde Calvino se había comportado como un gran inquisidor, podían reinar la paz, la libertad de pensamiento. Ginebra era, por ello, fuente de esperanza.

Claire se encogió nuevamente de hombros.

—¿Y crees que el mundo se convertirá en una gran Suiza?

Se echó a reír bajando la cabeza, llena de conmiseración, como una escéptica ya recalcitrante.

No conseguí convencerla de que no había que perder la esperanza en el hombre, sino seguir creyendo en el progreso, en la instauración progresiva del reino del derecho a escala mundial.

Recordé sus carcajadas.

Tal vez Claire había notado que yo hablaba de manera forzada, como un mal actor que ha olvidado su texto e intenta disimularlo improvisando.

Y es que, con el correr de los años, yo había perdido casi todas mis esperanzas. Y sin duda Claire lo había comprendido, y se sentía ofendida porque, en lugar de confesarle mis dudas, había preferido disimulárselas.

Le hablé del Tribunal Penal Internacional, del Consejo de Seguridad, de los observadores de la
ONU
, le solté las cantinelas de moda, y aquella que para mí era todavía una niña en el umbral de la adolescencia enumeró, en pocas palabras despectivas, las desigualdades en aumento, las tierras y el petróleo robados, los pueblos explotados, las vidas que no valían lo mismo, unas lloradas y otras sepultadas por las excavadoras en fosas, lejos de las cámaras y de la indignación general.

La vida de un estadounidense valía más que la de mil iraquíes. Un muerto israelí pesaba lo que diez muertos palestinos.

¿Dónde estaban el derecho y la justicia?

Le contesté, pero Claire hablaba uno de mis lenguajes: ¿cómo podía convencerla de que se equivocaba?

Y ahora se había pasado al bando de los fanáticos.

Y yo, como si esperara encontrarla allí, me dirigí a Champel, donde, en 1533, Calvino quemó vivo a Miguel Servet.

En Ginebra, aquélla fue la última hoguera, pero Claire tenía razón: por una hoguera apagada había miles que seguían ardiendo.

El incipiente siglo XXI se anunciaba como un eco desmesurado del siglo XVI. Los católicos ya no condenaban a los protestantes y estos últimos ya no ajusticiaban a los librepensadores, pero Malek Ajban leía los textos de Nasir Ajban, su padre, gran maestre de la cofradía *Futuwwa*, y los de Hassan Al Banna, fundador de la cofradía de los Hermanos Musulmanes.

Y las sectas evangélicas soñaban con un fin del mundo que precipitaría en el infierno a todos los que no creyeran en el mismo Dios que ellas.

Anduve errando por Ginebra y por mis recuerdos, atormentado, obsesionado, irritándome por la hipócrita quietud en la que se

regodeaba esa ciudad que acogía a los refinados representantes de todos los fanatismos.

Estos últimos, en la orilla del lago, no empapaban sus manos en la sangre de los degollados. No los levantaban sobre su cabeza para enseñarlos a las multitudes chillonas que reclamaban linchamientos y se ofrecían en sacrificio.

Estos últimos, de uñas cuidadas, se limitaban, entre partido y partido de golf, a predicar y financiar el odio.

¡Y era uno de ellos, Malek Ajban, ya viejo, el que había encandilado a Claire hasta el punto de conseguir que aceptase ser su cuarta esposa!

Ahogué en mi interior el pensamiento amargo que me musitaba que Claire había actuado con total lucidez. Así lo había escrito: se había convertido libremente. No se había disfrazado de Aisha Ajban, sino que se había convertido en ella con toda su alma, su razón y su cuerpo.

Me habría puesto a aullar.

Acudí al Gran Teatro, situado al otro lado del Ródano, a unos cientos de metros de mi casa.

Me bastó con cruzar un puente para extraer de mi memoria cada detalle de esa velada, mi fatuidad de entonces, mi orgullo al presentar a Claire: «Sí, es mi hija», etc.

Luego el silencio que, al salir de la conferencia, tras algunos pasos y algunas frases, me distanció de Claire, a la que noté primero burlona y luego hostil, para acabar declarando en el vestíbulo del hotel, en el muelle de Bergues:

—¡La hipocresía y la mentira no pueden durar siempre! Al final la gente acaba comprendiendo. ¡Esas palabras rimbombantes, la igualdad, el derecho, la justicia, ya no son suficientes!

Me dejó solo frente el ascensor y subió por la escalera. ¿Cómo habría podido imaginar que un día se alejaría de mí hasta el punto de cambiar de nombre, de fe, de civilización?

¡Mi propia hija!

Balbuceante, desesperado, rabioso, en una de las callejuelas próximas al Gran Teatro —la calle de Hesse— descubrí, iluminada por dos proyectores, la fachada de mármol negro veteado de oro de un inmueble sobre el que parecía resbalar una luz amarilla. Había unos guardias, de brazos cruzados, frente a las puertas de hierro

forjado, que parecían un enorme escudo rectangular.

Crucé la calle de Hesse, atraído por ese edificio, potente como un centurión encorsetado en su coraza de bronce dorado.

¿Había visto ya, en ese momento, aquellas tres grandes letras, también doradas, que coronaban las puertas: W. B. S.?

Lo que sé es que me paré para leer la placa situada a la derecha de la entrada:

WORLD'S BANK OF SUN Fundador:

Nasir Ajban 1932.

Los vigilantes se acercaron tanto que sus hombros rozaron los míos. La W. B.S., me dijeron, antes de que yo pronunciara una palabra, sólo recibía clientes con cita telefónica previa, y a ellos siempre les avisaban.

No esperaban a nadie y me pedían, por tanto, que me alejara por razones de seguridad.

Su seca cortesía, su tono cortante, su inglés rasposo no invitaban al diálogo.

Creo que hablé de libertad, de derechos humanos, que amenacé con acudir a mi embajada, a las autoridades ginebrinas.

Ellos, sacando sus teléfonos móviles, respondieron que iban a llamar a la policía.

Mientras me alejaba grité que yo era libre, que Europa, Suiza, no eran —¡aún!— ni un reino árabe ni una dictadura islámica.

Reanudaron su guardia frente a las puertas-escudo y se cruzaron de brazos como si yo no existiera.

Tuve la humillante sensación de haber hecho el ridículo.

X

ME atrincheré en mi casa varios días, cansado y avergonzado de mi pusilanimidad.

No sabía muy bien lo que pensaba ni lo que quería.

Escuchaba otra conferencia de Malek Ajban y volvía a indignarme.

Me convencí de que había un plan organizado para sublevar a las ciudades de Occidente asediadas por las poblaciones inmigrantes de sus barrios periféricos, convertidas al islam, exaltadas por las prédicas de imanes integristas que, como Malek Ajban, apelaban a los llamamientos de Nasir Ajban o de Hassan Al Banna a la conquista de las tierras que antaño colonizó el islam.

Estaba seguro de que el
World's
Bank of Sun financiaba a esos imanes y a las redes que poco a poco extendían su tela de un lado a otro de Europa, desde Andalucía hasta Dinamarca, desde Sarajevo hasta París, desde la isla de Lampedusa hasta Londres.

Tenía que denunciar todo eso, investigar las actividades y el pasado de Malek Ajban y de esa cofradía *Futuwwa* creada por su padre.

Luego leía el editorial de un conocido periodista y el tono que utilizaba me escandalizaba.

Sin embargo, expresaba a su modo —violento, extremista, aunque su lenguaje siguiera siendo clásico— lo que yo acababa de imaginar a propósito de la potencia de esas redes islámicas.

Pero todas las palabras que empleaba me ofendían.

Denigraba a esa población en cuyo seno germinaba «la semilla de los incontrolados». Denunciaba a la «parentela generalmente ajena a nuestra lengua», «el confinamiento y la promiscuidad del gueto», «los cabecillas y su chusma», «los clanes terroristas».

Nada de lo que decía era falso, y sin embargo me horrorizó.

Me veía reflejado en el espejo de su estilo, de su violencia, de su desprecio.

El fanatismo, esa «peste de las almas», nos amenazaba a todos.

¿Acaso mi rechazo a ese vigor combativo procediera del hecho de que, como mi hija se llamaba Aisha Ajban, yo me sentía a mi pesar solidario con aquellos que vivían en lo que el editorialista llamaba «las bolsas estancadas donde pululan las fiebres malignas», invadidas por los «cultos tribales»?

¿Tal vez también esa diatriba, ese odio despectivo despertaban en mí al hijo del emigrante, al siciliano cuya propia abuela había sido calificada de árabe?

¿Tal vez fue incluso por fidelidad a esos antepasados, a los que ella no conoció, por lo que Claire, de manera inconsciente, había tomado partido a favor de los emigrantes más recientes, los que todavía seguían sufriendo discriminación?

Y yo, torturado, no pensaba ya en nada, como si hubiera sido incapaz de aprehender el mundo en el que vivía.

Durante esos días, mi mano fracturada me había vuelto a doler. Al levantarme, no conseguía extender los dedos. Me parecía que se estaba formando una excrecencia ósea.

Las letras de las palabras que escribía estaban tan deformadas que resultaban ilegibles, y me costaba mucho teclear en mi ordenador.

Mis gestos eran torpes, mis ideas se tambaleaban.

Por unos momentos me convencía de que el islam era una amenaza para nuestra civilización y acusaba a Malek Ajban de haber raptado y manipulado a Claire.

Minutos más tarde, el islam se convertía a mis ojos en la religión de los pobres, de los explotados, y Claire se había convertido por generosidad. Malek Ajban no era más que un hábil predicador que prestaba su voz a las frustraciones y la miseria de las multitudes musulmanas, a su dignidad herida. Sólo el Occidente explotador y racista era culpable.

Y después de todo, si Claire había escogido libremente, ¿por qué intentar que se retractara?

Me sujetaba la cabeza con las manos. Tenía la impresión de que mi espíritu se hacía añicos. ¿Tal vez era ya demasiado viejo para

reflexionar sobre el mundo?

Mi voluntad no era mejor. Se fragmentaba en cuanto creía haber tomado una decisión.

¿Quería realmente ver a Claire o, por el contrario, evitarla?

Eso dependía de mí, puesto que ya sabía dónde vivía.

—Seguramente conoce usted la propiedad de Malek Ajban, ¿no? —me preguntó Karl Zuber.

Ese charlatán pretencioso e indiscreto, al que notaba al acecho para tratar de interpretar mis mímicas, mis silencios y hasta mi indiferencia, se me acercó cuando yo entraba en la universidad.

—¿No ha ido nunca a Versoix?

Bajé la cabeza.

—Ese parque, con esas fragancias extraordinarias… ¿Ha visto qué palmeras? La vista desde la terraza es única. Un verdadero castillo, ¿verdad? Pero claro, con dieciséis hijos… ¿es así, no?

Sonreí.

—Y cuatro esposas —insistió Zuber.

Luego se deshizo en excusas: no quería molestarme ni arrancarme ninguna confidencia, ninguna opinión sobre esa situación.

—Evidentemente —continuó—, Malek Ajban no se divorciará, es contrario a la ley musulmana, y no repudiará a sus esposas. Pero su hija, estoy seguro, disfruta de una posición privilegiada. Su inteligencia, su juventud, me atrevería a decir, su reputación en el mundo universitario internacional y el hecho de que sea una conversa la convierten en la esposa-reina. Aisha lo era para el Profeta. Además, hablamos de harén sin ton ni son, sin darnos cuenta de que en Occidente resulta completamente intrascendente que un hombre o una mujer se case cuatro o cinco veces. Chaplin, por ejemplo, no musulmán sino judío, y que también vivía junto al lago, ¿cuántas esposas tuvo?, ¿tantas como Malek Ajban? Tal vez incluso más.

¿Qué quería hacer yo? ¿Ir a Versoix? ¿Escribir a Claire? ¿Intentar enviarle un correo electrónico? ¿Pedirle una cita?

No conseguía decidirme, y esa duda engendraba en mí un agudo dolor, una humillación que me incitaba a permanecer enclaustrado en mi habitación para ocultarlos.

Me centré en mis libros para preparar mis clases. Desfilando al

paso de las legiones romanas creí que me alejaría de mis obsesiones.

Llegaba a la orilla del lago Leman con el ejército de César, entraba en Ginebra y en Versoix. Ningún *limes*[2] separaba lo que estudiaba de lo que vivía.

Recordé que hacía unos años había ido a Versoix para ver las excavaciones que dejaron al descubierto los cimientos de varias viviendas romanas.

Tal vez la mansión de Malek Ajban se erguía sobre las ruinas de civilizaciones desaparecidas, la lacustre y la romana, y anunciaba así, con su presencia en aquel lugar, el principio de una nueva era, aquélla en la que, tras los templos paganos y cristianos, las mezquitas acogerían a los creyentes, a todos aquéllos a quienes el miedo a la muerte inducía a adorar a los dioses, dueños del más allá.

Las apariencias cambiaban, pero el hombre seguía siendo igual, prisionero de sus necesidades, de sus temores y de sus esperanzas.

Había vuelto a leer la *Guerra de las Galias*, pero me detenía en hechos en los que hasta entonces no me había fijado.

La actualidad, mis preocupaciones, les dotaban de una nueva luz. César evocaba lo que yo veía, lo que vivíamos.

Acompañaba a los helvecios, decididos a huir de su país. Se agrupaban, soñaban con las tierras fértiles del sur de la Galia. Incendiaron sus doce ciudades y sus cuatrocientos pueblos y quemaron todo el trigo que no se podían llevar para obligarse a sí mismos a marcharse.

Eran decididos, pero pacíficos.

Pedían audiencia a César. Sus embajadores se inclinaban ante el enigmático cónsul.

«Faltos de otro camino —decían—, a los helvecios les gustaría atravesar la provincia romana sin causar el menor destrozo. Pedían permiso a César».

Fue muy fácil engañarlos, matarlos, rechazar a los supervivientes hasta los escombros de sus ciudades, en medio de sus cosechas carbonizadas.

Yo pensaba en esas mujeres con sus recién nacidos en los brazos, en esos muchachos que abandonaban sus pueblos de Africa y venían hacia nosotros, con las manos vacías, la mirada repleta de miseria y esperanza.

Nosotros los rechazábamos.

Sus cuerpos se quedaban prendidos en las alambradas de espino y en los muros que habíamos levantado y que ellos intentaban saltar. Sus cadáveres acababan varados en nuestras playas, las mismas que habían soñado alcanzar.

Los supervivientes se amontonaban tras las vallas de nuestros campos, donde rezaban, vueltos hacia La Meca.

¿Complot islámico contra la Europa cristiana o movimiento inexorable, repetido época tras época, que empujó a los pobres, helvecios o africanos, paganos o musulmanes, hacia regiones que imaginaban prósperas y acogedoras?

La esperanza de vivir mejor, o simplemente de sobrevivir, era su único móvil. Y estaban dispuestos a abandonar todo, a enfrentarse a todo, a arriesgarse a morir para hacer realidad ese sueño: entrar en Europa.

César lo había escrito refiriéndose a los helvecios: «Se enfrentarán mejor a los peligros tras verse privados de cualquier esperanza de retorno».

La historia de los hombres era ese río único y tumultuoso donde, una tras otra, cada civilización desaparecía, sumergida por la siguiente.

Tenía que hablar con Claire.

Sólo después de haberla visto podría poner orden en mi cabeza.

XI

ATRAVESÉ las elevadas puertas de hierro forjado y descubrí un porche sombrío y un patio negro como un pozo.

Tuve la impresión de haber caído en una trampa.

Dudé en seguir al guardia, pero con un expresivo gesto me invitó a entrar en ese ascensor pegado a una de las fachadas del patio, tan violentamente iluminado que me deslumbró.

Sólo cuando empezó a elevarse me di cuenta de que las paredes eran de metal dorado.

Una secretaria, con el rostro redondo enmarcado por un velo negro que le cubría la nuca y los hombros, me acogió en el quinto piso.

Y fue un nuevo contraste: la luz estaba tamizada, atenuada, apenas rozaba los sofás y los sillones de cuero leonado, los cofres labrados. El salón se abría sobre una crujía acristalada desde la que se podían ver las luces de las orillas del lago y el chorro de agua iluminado.

Sólo tuve tiempo de mirar el panorama: cuando me iba a sentar, apareció Malek Ajban, sonriente, diciéndome —creo— que estaba muy honrado de recibir al profesor Julien Nori, de quien había leído varias obras.

—¿Cómo no estar fascinado por el Imperio romano cuando a uno le preocupan los asuntos humanos? Es uno de nuestros orígenes comunes, ¿verdad? Pero, por encima de la historia, para mí es un tema de reflexión permanente. La decadencia y la caída: ¿por qué? Naturalmente, he leído la obra clásica de Édouard Gibbon, pero es el punto de vista de un historiador del siglo XVIII. Espero que usted me ilumine y que tengamos ocasión de discutir extensamente al respecto. La Antigüedad tardía me apasiona, y también el triunfo del cristianismo.

Sonrió:

—Fue antes de nosotros…

Me tendió la mano y se la estreché.

Me pareció capitular por segunda vez.

En realidad, no había pensado ver a Malek Ajban.

Tres días antes yo había enviado un correo electrónico a Claire.

Me había costado escribir esa dirección: aisha@ajban.com. La borré varias veces tras haber renunciado a enviarla. Luego, sin pensármelo más, pulsé la tecla, levantando deprisa el dedo, pero ya era demasiado tarde para detener unas palabras que ya habrían llegado hasta Claire:

«Estoy impartiendo una serie de clases en la Universidad de Ginebra. Me gustaría verte. Estoy a tu disposición. Un beso. Tu padre, Julien Nori».

Estuve acechando ansiosamente su respuesta, abriendo a todas horas el buzón de entrada.

Cuando empezaba a caer la noche, apareció una línea en la pantalla:

«Señor profesor. Estaré encantado de recibirle en la sede del World's
Bank of Sun, calle de Hesse, n.º 12, el martes a las 19 horas. Malek Ajban».

Acepté. Ésa fue mi primera rendición.

El despacho de Malek Ajban era amplio, acristalado como una pasarela. La vista era aún más extensa que desde la crujía del salón.

Me invitó a sentarme en el diván y se instaló frente a mí, al otro lado de una mesita de marfil con el tablero y los pies labrados.

Empecé observando sus manos finas de piel clara, uñas largas, dedos afilados de pianista que bailaban en torno a unas jarras repletas de zumos de frutas y vasos de cristal.

Luego, levanté los ojos y me sentí inmediatamente acariciado por esa mirada suave y acogedora, también melancólica, que expresaba a un tiempo sabiduría y tristeza, como más atenta al interior de sí mismo, más proclive a la meditación que a la acción.

Los cabellos blancos se rizaban en las sienes y en la parte posterior del cráneo. La frente parecía más ancha por la calvicie. Un delgado hilo de barba, más oscuro que el pelo, enmarcaba el rostro y subrayaba su óvalo perfecto.

Malek Ajban era guapo, elegante, con un traje cuya negrura

contrastaba con el blanco inmaculado de una camisa almidonada de cuello redondo, abotonada, sin adorno de corbata alguna.

Dirigió sus manos hacia mí, las palmas hacia arriba, abiertas con un gesto acogedor que me invitaba a hablar.

Guardo un recuerdo desagradable de aquella conversación, que duró más de una hora.

Sin embargo, Malek Ajban me dejó actuar a mis anchas. Como en el ajedrez, yo adelanté mis peones y mis caballos.

En casi todas las frases mencioné a «mi hija Claire», lo preocupado que estaba por ella, algo que, como él era padre, podía comprender. Que se pusiera en mi lugar, que imaginara que uno de sus hijos eligiera convertirse al cristianismo, hacerse cura, o que una de sus hijas se casara —¡osé decir aquello!— con un descreído como yo, treinta años mayor que ella, divorciado, y que le impusiera un modo de vida, unas prácticas contrarias a toda la educación que ella había recibido. ¿Podría aceptarlo?

Yo pensaba que estaba dominando la partida. Cuando creí que le había debilitado, añadí que exigía ver a Claire en persona, y que me había quedado muy sorprendido, por no decir que escandalizado, cuando vi que había sido él quien había respondido a mi mensaje. Si había aceptado verle era sólo para protestar por todo eso.

Alcé incluso la voz: en Europa había leyes que garantizaban los derechos de las esposas y que prohibían la poligamia.

Yo había adoptado ese tono un poco excesivo porque Malek Ajban no me había interrumpido en ningún momento. Había entrecerrado los ojos y cruzado los brazos. Su pasividad, la indiferencia con la que había escuchado mis palabras fueron las que me empujaron a subir el tono y, exasperado, a invocar el recurso a la justicia.

De pronto, me callé.

Ya no tenía más piezas: ni alfil, ni torre, ni reina.

Me había dejado acorralar como un jugador novato e impulsivo frente a un gran maestro que conoce todos los movimientos y que ya ha anticipado el desarrollo de la partida, hasta el mate de su mediocre adversario.

Malek Ajban primero guardó silencio, luego se levantó.

—Por favor —dijo, mientras abría la puerta de su despacho.

Balbuceé, sin saber cómo interpretar ese educado adiós.

—Mi esposa, Aisha Ajban, me ha dejado leer la carta que le escribió —repuso con voz indolente—. Es ella la que, tras recibir su mensaje, ha querido que yo le recibiera para oír lo que tuviera usted que decirle.

Me quedé sentado.

—Nada, en suma. Sin embargo, yo no sólo respeto en usted al eminente historiador, sino ante todo al padre de Aisha. El Profeta nos enseña que los padres han de ser protegidos: «Tu Señor os ha ordenado que sólo le adoréis a Él y que os portéis bien con vuestros padres y vuestras madres».

Se inclinó.

—Si necesita usted mi ayuda, algún consejo financiero, estoy a su disposición, y siempre me hará muy feliz serle útil.

Me quedé paralizado delante de él, en el umbral del despacho.

—Debería usted leer el Corán, el sura 17 —me recomendó—. Comprenderá mejor cuál es nuestra fe, lo que significa ser musulmán.

Mientras esperaba el ascensor, al que acababa de llamar la secretaria, Malek Ajban se quedó junto a mí y añadió:

—Para nosotros, creyentes, pero tal vez también para usted, profesor, el hombre manda sobre las mujeres. No obstante, dejo a mi esposa la facultad de verle cuando ella quiera, cara a cara, por supuesto. Usted es su padre, aquél a quien, como ya le he repetido, hay que respetar. El Profeta también dijo: «Vosotros que creéis no tengáis amigos judíos o cristianos». ¡Usted no es judío y, según creo, muy poco cristiano! Pero es usted el padre de Aisha. Llame a mi mujer, llámeme a mí. Tendríamos que discutir sobre el declive del imperio: el romano y también el otro, el de hoy en día.

La puerta del ascensor se cerró y la cabina dorada me llevó al fondo de un oscuro pozo.

XII

HABÍA llovido sobre el lago y las aguas del Ródano estaban negras.

Tuve la impresión de haberme quedado preso en la penumbra estancada del patio y bajo el porche del edificio del World s Bank of Sun.

Estaba de nuevo en la calle de Hesse sin conseguir sustraerme al sentimiento de amargura y de humillación que me habían embargado cuando el guardia, mientras entreabría la puerta, me había dicho con una voz que me pareció irónica:

—¿Quiere que llame a su chófer, señor?

No le respondí.

Un chaparrón de granizo barría la calle e imaginé a los dos guardias, resguardados bajo el tejadillo, observándome con desprecio.

Caminé resuelto por el centro de la calzada, contra el viento, hasta las riberas del río; luego, en lugar de volver, recorrí los muelles y llegué a la orilla del lago.

Estaba solo.

Las nubes estaban tan bajas que habían engullido la ciudad. La oscuridad sólo estaba desgarrada por los faros de los coches que iluminaban de golpe el paseo desierto y por las olas que se estrellaban contra los malecones.

Me quedé inmóvil.

Necesitaba sentir la lluvia, mezclada con granizo y nieve, azotándome el rostro, calando mi ropa, deslizándose por todo mi cuerpo, congelándome la nuca, los hombros y el pecho. Chapoteé dentro de mis zapatos empapados de agua.

Pero tenía que soportar esa lluvia como un castigo, como el precio que había de pagar por mi derrota.

Había quedado en ridículo ante Malek Ajban.

Me había obligado a comportarme como un bárbaro sin

maneras, que tropieza en la alfombra, deslumbrado por el oro que le rodea y que sólo puede dar un puñetazo en la mesa cuando comprende que no sabe escoger ni utilizar los cubiertos porque está acostumbrado a comer con los dedos.

Aun convencido de que estaba en mi derecho, así como de aquello que representaba, me vi por completo desarmado.

Malek Ajban me había escuchado con conmiseración antes de despedirme como si fuera un pobre hombre.

¡Él era el civilizado, el señor refinado, el vencedor!

Me había quitado a mi hija. Ese banquero predicador estaba instalado en el mismo corazón de nuestro sistema y lo utilizaba con habilidad al tiempo que lo rechazaba para imponer su ley y su fe.

Y ante él yo me había conducido como el impotente e inseguro representante de una civilización cuyos engranajes él dominaba y a la que estaba seguro de vencer porque «¡Alá Akbar!».

¡Y mi hija se había convertido y sometido con entera libertad!

Ahí estaban la causa y la prueba de mi derrota, la fuente de mi humillación.

Seguí deambulando bajo la tormenta.

Necesitaba ese enfrentamiento con el frío, el viento, la lluvia, la nieve y el granizo.

A cada paso me convencía de que mi derrota y la conversión de mi hija eran ineludibles.

Uno la emprende con quienes creen en sus valores, con los que están dispuestos a combatir y a morir por ellos.

En cambio, yo me había pasado toda la vida estigmatizando la civilización y la fe que me habían legado. Había olvidado «nuestras» religiones: la judeocristiana y luego la del progreso y la Ilustración.

Yo pertenecía a esa generación que había buscado fuera de la historia de la que procedía sus razones para vivir o, peor aún, cuyo fin último era la destrucción de su propia herencia.

¡Y yo, en mi posición, había participado en ese sabotaje!

Cuando el agua empezó a invadir las calas y a extenderse por las crujías, yo también me regocijé.

¡Por fin habíamos acabado con ese barco!

Había sido una galera conquistadora, un galeón que transportaba los tesoros robados a los pueblos de los otros continentes. Había sido un barco negrero, millones de hombres, de

mujeres y de niños habían sido hacinados en sus entrepuentes. Había sido un cañonero que saqueaba todas las costas del globo, desde Africa basta Asia, imponiendo su bandera, su ley, su lengua, su fe.

¡Pero nos habíamos rebelado y habíamos conseguido abrir en el viejo casco numerosas vías de agua!

¡Lo habíamos hundido en nombre de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad!

¡Y ahora que estábamos apretujados en una balsa, sacudidos de un lado a otro, veíamos cómo se acercaban otras flotas cuyas tripulaciones ignoraban o rechazaban nuestros grandes principios, enarbolando sus oriflamas, reclamando la aplicación de su ley, tal como la dictaba su fe!

«Debería leer el Corán», me había dicho Malek Ajban.

XIII

ME dispuse a leer el Corán y desde las primeras líneas me dejé arrastrar por la densa y potente belleza de ese texto sagrado.

Sólo interrumpí mi lectura cuando la oscuridad cubrió el libro. Entonces me levanté, sorprendido de pronto por ese rumor del Ródano, más intenso a causa de las lluvias tempestuosas, y por ese chorro de agua que surgía en el horizonte, haz de luz sobre el oscuro lago.

Yo ya no estaba en aquel lugar. El Corán me había transportado al atractivo desierto de las certidumbres. Era el único país habitado por quien cree, por quien obedece a la palabra del Profeta.

Recordé mi estupor cuando, en una calle de París del distrito 20 vi las aceras y la calzada enteramente invadidas por unos hombres arrodillados en el mismísimo suelo, con la espalda doblada, la nuca plegada en gesto de sumisión a ese Dios que ordenaba y no dejaba ningún espacio a la incertidumbre ni a la reflexión.

Dios afirmaba:

«¡Éste es el Escrito de donde queda excluida toda duda!».

Prometía «el otro mundo» a quienes creían en Él.

Este libro exaltaba, colmaba y limitaba al mismo tiempo.

Conforme lo leía y me perdía en el laberinto de los suras me iba invadiendo la desesperación.

Nunca recuperaría a Claire.

Comprendía por qué Claire se había visto confortada por esa fe absoluta que negaba la duda y, por tanto, la libertad, su compañera.

Varias veces, durante mi lectura, pronuncié los suras en voz alta, los repetí, los salmodié, moviendo el cuerpo hacia delante y hacia atrás, como hacen, hombro con hombro, los alumnos de las escuelas coránicas.

Yo también quise aprender, como ellos, ese texto de memoria

para que me llenara el espíritu y el cuerpo, para que sólo existiera esa fe, mi obediencia a esa palabra.

«¡Alá Akbar!».

Pero la herejía y la apostasía estaban dentro de mí, tal vez incluso en el mismo corazón de la civilización a la que pertenecía.

Repetí:

«¡Éste es el Escrito de donde queda excluida toda duda!».

Era el libro único, portador de la verdad, el libro del que había que conocer cada frase y gritarla dentro de uno mismo, oración profunda, sin mover apenas los labios, para que ahuyente y destierre todos los demás pensamientos.

Lo intenté.

Quise limitarme al comentario de un sabio persa del siglo IX, Al-Tabari, que había escrito, alertando a los que se obstinaban en seguir siendo dueños de su espíritu:

«Quienquiera que utilice únicamente su juicio para hablar del Corán, aunque alcance en ese punto la verdad, está no obstante en el error por el hecho de haberlo tratado únicamente mediante su juicio».

Intenté abandonarme a ese texto, a veces torrente tumultuoso, otras amplio río en calma.

Sentí nacer dentro de mí el deseo de obedecer a esa fe exigente y de anularme en la comunidad de los creyentes disfrutando de mi obediencia, exaltando mi servidumbre, sacrificando lo íntimo, el yo, experimentando aún más el placer de la sumisión.

Pero, de inmediato, mis argumentos críticos se abrieron paso. Se agarraron a mí, tenaces como una mala hierba. Sufrí, me reproché esa actitud, mi incapacidad de fundirme en una fe que prohibía la búsqueda de contradicciones en su Libro, que rechazaba la exégesis y la reflexión individual, sospechosa precisamente porque recurría —según había escrito Al-Tabari— «únicamente a su juicio».

Pero ese desgarro entre lo que me tentaba en ese libro de fe y lo que yo era me hizo comprender por primera vez con toda claridad lo que constituía la esencia misma de mi civilización, de mi cultura.

Mi fe era personal.

Yo era hijo de San Pablo y de San Agustín.

Los Evangelios no ordenaban. Enseñaban. Compartían. Dios era un hombre que predicaba con el ejemplo y colocaba a cada uno de

sus discípulos ante una opción personal.

Uno no quedaba sumido en el olvido de su pensamiento. Éste estaba fecundado por la fe.

También era el hijo de Santo Tomás de Aquino, alumno del maestro Alberto Magno —así se llamaba mi calle—, de Spinoza y de Voltaire.

Fe y razón. Comunión personal de uno mismo con Dios, ese Dios de la carne y de la sangre con las que yo me había alimentado. Hombre que ha recibido una parte divina.

Me arrodillé, pero enseguida me enderecé. Mi oración era vertical, no inclinada. Yo era el hijo de la Biblia, de los Evangelios y de las Luces.

Asistí a este nuevo descubrimiento con emoción, pero, poco después, siendo como era hijo de la duda y por tanto de la libertad, puse nuevamente en tela de juicio lo que acababa de admitir como mi linaje.

Y ante ese Libro inalterable, dictado por la palabra divina, sentí hasta qué punto me podían vencer.

Claire era la prueba viva de mi derrota.

Ella había necesitado esa creencia que conforta y tranquiliza porque llena todos los vacíos, proporciona la seguridad de la Verdad, y por tanto de la victoria, establece una jerarquía implacable entre los que creen y los demás, judíos, cristianos, paganos, apóstatas, a los que hay que sojuzgar y a los que se puede matar si se rebelan.

Me levanté para librarme de ese Libro que me exaltaba.

Reconocí que era uno de esos textos antiguos —sagrados o profanos— en los que la fusión entre el sentido y la palabra, entre el autor y la frase es total.

Ninguna fisura narcisista debilitaba su firmeza. Pertenecían a la categoría de los incontestables. Bloques de fe. Diamantes tan puros que no se los puede tallar.

El Corán era uno de esos textos fundadores.

Probablemente yo era un sacrílego al no calificarlo de único.

Pero para mí era como uno de esos misteriosos meteoritos procedentes de las profundidades de los cielos —de las profundidades del alma— que chocan frontalmente con la historia de la humanidad y cambian su curso.

Y aquello me aterraba, porque una fe así sólo podía ser conquistadora. Poco importaba el número de fieles. ¿Qué oposición pueden representar unos hombres que dudan a otros cuyo espíritu está enteramente ocupado por la fe?

Temblé al advertir que en mí se abría paso el pensamiento de que, excepto si se escogía la sumisión, la civilización de la duda —que también era la de la fuerza material— tendría que luchar y que algunos de sus representantes concluirían que la guerra y las matanzas serían los únicos medios de resistirse, de no ser vencidos ni sojuzgados.

Pero al matar nos matábamos.

¿Tendría yo que matar a Claire para despojarla de su nueva fe?

¿No sería mejor que la dejara libre de creer en su Dios?

¿Pero exigía esta creencia que yo dejara de ser como soy y que por tanto muriera?

Leí y releí los suras en los que el Profeta recordaba que la fuerza de los creyentes no estaba tanto en su número como en la pureza de su fe, en el hecho de haber consagrado su vida a Dios.

«¡Cuántas veces, gracias a la voluntad de Dios, un ejército numeroso fue vencido por una pequeña tropa! Dios está con los que perseveran».

¿Cómo puede esta certidumbre, esta enseñanza, permitir la cohabitación pacífica de civilizaciones tan diferentes?

Una de ellas, abierta y corroída por la duda, precio de la libertad, en la que cada individuo se cree un planeta autónomo que pertenece, es verdad, al mismo universo, pero que reivindica la libertad de escoger su trayectoria, de rechazar toda coacción, toda autoridad, ya sea religiosa o política.

Disfruto como quiero. Pienso como quiero. Sólo me arrodillo ante mí. No obedezco a nada ni a nadie. Y aunque reconozca a Dios, no acepto ninguna de las prohibiciones de su Iglesia. Quiero que Él me absuelva de todo.

Por el contrario, la otra civilización reúne a una comunidad de creyentes cuya fe es la Patria sin fronteras, que se extiende indefinidamente.

Allí donde vive un musulmán, allí está su nación, allí debe aplicarse su ley. Infieles despreciables y condenados, los lugareños, sea cual fuere su historia en ese territorio, deberán someterse a esa

misma ley.

«¡Oh vosotros que creéis, los infieles no son sino impurezas!…».

«A los que no creen en nuestros versículos los echaremos al fuego…».

«Cuando su piel se haya quemado, les daremos otra piel nueva para que saboreen el tormento. ¡Dios es poderoso!».

Leí esos suras sobre el castigo prometido a los infieles, acordándome de la voz de Malek Ajban, no aquella desdeñosa con la que se dirigió a mí en su despacho del
World's
Bank of Sun, sino aquélla con la que leía esos textos rememorando los suras del castigo, el pensamiento de su padre, Nasir Ajban, o del fundador de la cofradía de los Hermanos Musulmanes, Hassan Ai Banna.

Leí el Corán y fue como si Malek Ajban hubiera escandido estos suras:

«Se confeccionarán vestidos de fuego para los no creyentes, se les echará agua hirviendo en la cabeza. Sus entrañas y su piel quedarán consumidas. ¡Para ellos serán los azotes del infierno! Cada vez que quieran escapar de él, empujados por su sufrimiento, les volveremos a meter dentro. ¡Saboread el tormento de la calcinación!

»¡Nunca será decretada la muerte de los infieles!

»Nunca será aliviado su tormento.

»Ellos gritarán: ¡Señor, déjanos salir, realizaremos obras fieles, contrariamente a lo que hacíamos!

»¿Pero no os habíamos dado una larga vida para que reflexionara quien pudiera? Y os avisamos. ¡Saboread esto, pues!

»¡No hay auxilio para los culpables!».

Yo era uno de esos culpables.

Toda mi civilización lo era.

Y ni individual ni colectivamente teníamos derecho al perdón.

¿Tendría entonces que ofrecer mi cuello al machete? ¿Mi civilización sólo podría escoger entre la guerra y la rendición?

¿Cómo evitar que ese inicio del siglo XXI, ya sangriento, en el que tantos hombres escogían morir para matar, en el que se encendían hogueras en tantas ciudades, no fuera sólo el prólogo casi

anodino de lo que iba a suceder?

La ansiedad no había aflojado su abrazo.

Para escapar a ese abismo que yo veía abrirse ante los hombres, hasta me alegré de que Claire hubiera escogido el bando de las certidumbres.

Pero en esos momentos yo tenía ganas de lanzarme a las farragosas y turbulentas aguas del Ródano.

XIV

HE dejado el Libro abierto.

He abandonado el Corán sin atreverme a terminar de leerlo.

He querido escapar al deseo, que a veces he experimentado, de arrodillarme yo también, como Claire, de doblar la espalda, expulsar de mi espíritu cualquier pensamiento, cualquier voluntad que no sean los de Dios y poder así musitar:

«Claire. Estoy contigo. Recemos juntos al mismo Dios en la misma casa. Compartamos la misma fe. Entre Sus manos seremos de nuevo padre e hija. No sólo acepto lo que eres, sino que hago mío a tu Dios. Me has guiado hacia Él, me has hecho oír Su voz. Creo en ese Dios porque tú me lo has revelado. Has sido tú la que me ha engendrado. ¡La hija dando a luz al padre!».

Ese abismo me atrajo, pero tuve miedo de precipitarme en él y pedí ayuda. Telefoneé a Max sin darle ni un detalle de lo que estaba viviendo: ese desgarro, esa desesperación, también esa humillación, ese fracaso.

Porque había enviado a aisha@ajban.com un nuevo correo pero no había obtenido respuesta. Y, lo confieso, si Malek Ajban me hubiera dado una segunda cita, sin duda habría acudido, humilde siervo que cruza, tragándose su vergüenza, la enorme puerta del castillo del amo.

Pero la pantalla seguía vacía.

Me dirigí a Zuba Jayar.

Le conté mi encuentro con Malek Ajban, mi desconcierto, el silencio de Claire, el efecto que provocaba en mí la lectura del Corán.

Fluctuaba entre el pasmo y la angustia. Ese texto sagrado me fascinaba y al mismo tiempo me aterraba, me exaltaba y me anulaba.

De pronto, Zuba gritó:

—¡Déjame en paz! ¿Pero a qué estás jugando?

Sí, era un texto que procedía del siglo VII, que cientos de millones de hombres y de mujeres, desde los desiertos de China hasta los barrios periféricos de París, desde las montañas del Cáucaso hasta las orillas del Pacífico, leían, recitaban y respetaban al pie de la letra porque había sido dictado por Dios a su Profeta.

—Crees o no crees es la primera pregunta a la que tienes que responder. Yo creo, soy musulmana. ¿Tú qué eres? ¿Qué sientes? Te gusta experimentar el doloroso placer, la ardiente herida de la indecisión. Es el placer del burgués, del intelectual occidental.

Con voz quejumbrosa —me avergüenza recordarlo—, le comuniqué mis inquietudes —la guerra entre las civilizaciones ya había empezado— ante ese «Escrito que excluye toda duda», que preconiza el castigo eterno para los judíos, los cristianos, los paganos y los apóstatas.

Zuba me interrumpió y su voz enronquecida expresaba, más que cólera, una rabia despectiva.

—Usted ha leído, profesor Nori, lo que quería encontrar en ese texto. Lo ha traducido siguiendo la semántica de sus obsesiones. Lo ha utilizado para legitimar su miedo, su racismo, su angustia de propietario que tiembla porque sabe que su fortuna proviene del robo, del saqueo y de la explotación. No le gusta oír la voz de los «condenados de la tierra». ¿Recuerda aquel libro de Franz Fanón? Yo he oído palabras diferentes de las que le han aterrorizado, como dice usted —¡qué gran palabra!—; yo no he oído la llamada a la yihad ni a la matanza de los infieles, sino la invitación al perdón, a la mesura. ¡Y he leído de cabo a rabo ese gran texto sagrado, para mí el más grande de todos, el más hermoso!

Aduje algunos argumentos, objeté recurriendo a algunas citas. Ella siguió:

—¡Usted, señor profesor Nori, titular de la cátedra de Historia de Roma! Usted parece ignorar que un mismo texto permite varias lecturas posibles. ¿Sabe usted lo que son los *hadices*, los que constituyen la tradición, nuestra *sunna* [3]? Los creyentes han debatido sobre estos relatos y siempre se ha establecido una relación de fuerzas entre los comentaristas y los creyentes. Y ustedes —no usted, señor profesor Nori, sino los grandes estrategas de la política internacional—, ustedes han escogido como

mercenarios, entre los musulmanes, a los adeptos a la tradición más radical: a los islamistas. ¡Han dejado que decapiten a la gente como yo! Éramos nacionalistas, progresistas, demócratas, partidarios de la modernidad, del pelo al aire, de las mujeres creyentes y libres, pero ustedes han optado por los islamistas, por los príncipes saudíes, por los talibanes afganos y, durante una época, por los ayatolás, luego por Sadam Hussein ¡y, por último, por Bin Laden! Ustedes han financiado a los integristas, a los terroristas, para que lucharan contra los soviéticos, contra los comunistas, los nacionalistas, los serbios…

Zuba se interrumpió varias veces y me pareció que la ahogaba la rabia.

Añadió sarcásticamente:

—¡Ahora los escorpiones se han vuelto contra ustedes! Les han llevado en hombros para que cruzaran el río, ¿pensaban que iban a tener la sensatez de no picarles porque ellos se ahogarían si ustedes morían? Ellos les inoculan su veneno, porque creen en el paraíso y la muerte les importa muy poco. ¡Es su muerte lo que quieren! ¡Y alcanzarán la gloria si consiguen matarles!

Creí que iba a colgarme, pero yo necesitaba que siguiera vapuleándome y me arrancara así del abismo.

—¡Zuba, por favor!

De pronto, se echó a reír.

—Sigue leyendo, Julien —me respondió—. Pero utiliza otra gramática.

Añadió que de vez en cuando se encontraba en la escalera de la casa y en nuestro rellano a la joven rusa que yo había instalado en mi casa.

—Sepa, señor polígamo, que no siempre está sola.

Y como permanecía callado, masculló:

—Yo también quiero ser escorpión.

—¡Ven a Ginebra! —le supliqué.

—¿A Ginebra? ¡Jamás!

Y luego:

—Deja que la gente libre viva a su manera. ¿No es ésa tu filosofía? ¡Y lee después el Corán con los dos ojos!

XV

Y leí:

«Instamos al humano.

a la generosidad hacia sus dos padres».

Busqué febrilmente, en el «Escrito que excluye cualquier duda», otros suras, otros versículos que hubieran podido ablandar a Claire, que seguía sin dar señales, porque no podía renunciar a creer que algún día la recuperaría.

Ya ni siquiera esperaba, ni siquiera quería que abandonara la fe que había escogido. ¿Libremente? Ya no estaba tan seguro. Y ésa era la cuestión que me atormentaba.

Fui a Versoix.

Hacia la mitad de la cuesta que domina la ciudad y el lago descubrí la propiedad de Malek Ajban.

Estaba rodeada de muros de casi dos metros de alto, y ni sobre el talud, al otro lado de la carretera, pude percibir más que las cumbres despojadas de los árboles, con sus ramas tiesas como lanzas.

Recorrí el muro, di un rodeo completo a la propiedad, que me pareció inmensa, y me detuve ante un portal negro, enmarcado por dos cámaras atornilladas en lo alto de las columnas de mármol.

Oí ladridos, un golpear de morros y patas contra el portal, y huí, bajando rápidamente hacia la ciudad y el embarcadero, donde esperé al transbordador para Ginebra.

Cuando me dirigí a Versoix, no me había planteado que Claire fuera a recibirme. Simplemente quería acercarme a ella, asegurarme, aunque mi gesto pudiera parecer incomprensible, de que el lugar donde ella vivía existía. Pero aunque yo esperaba mitigar con ello mi angustia y calmar mis frustraciones, por el contrario éstos no hicieron más que aumentar.

Empecé a imaginarme que Claire estaba secuestrada en aquella

mansión de la que ni siquiera llegué a ver el tejado.

¿Quién podría oír los gritos de mi hija pidiendo socorro?

No conseguí controlar mi pensamiento. Me imaginé a Claire drogada, abandonada a su suerte, torturada, asesinada.

Al salir de la embarcación, me detuve en los muelles del puerto de Ginebra, dudando en si acudir a una comisaría para poner una denuncia por rapto, secuestro, malos tratos, poligamia.

Poco a poco fui recuperando la razón.

Caminé mucho tiempo, pasando una y otra vez por delante de la sede del
World's
Bank of Sun, y calibré cuán delirantes eran mis temores. Malek Ajban no necesitaba recurrir a la violencia física para retener a Claire. Él tenía esa aura que da el poder, la inteligencia, la fe, la riqueza, la notoriedad.

Volví a casa, proseguí mi lectura del Corán y, curiosamente, la música obsesiva de esas frases me fue calmando poco a poco.

Leí y releí ese decimoséptimo sura sobre el que Malek Ajban me había aconsejado que meditara.

Primero me pareció que expresaba una sabiduría que tenía concomitancias con los textos sagrados de otras religiones. Y esos versículos me devolvieron la esperanza.

Recordé las palabras de Zuba Jayar. Tal vez, en efecto, mi primera lectura había sido partidaria, y mi resentimiento había desviado el sentido de un texto que también estaba cargado de amor y de compasión.

Es lo que quise creer cuando leí este versículo:

«Extiende sobre tus padres el ala de tu benevolencia con ternura y di: ¡Señor, apiádate de ellos como ellos hicieron conmigo cuando me criaron!». [4].

Inmediatamente pensé en mandar a Claire estas líneas que confirmaban que el Señor ordenaba a los creyentes que «fueran buenos» con su padre y su madre.

¿Cómo podría entonces negarme una mirada?

Lo único que yo mendigaba era el derecho a verla, a estrecharla contra mí, a llenar así ese vacío —ese abismo: otra vez esta palabra— que su distanciamiento, su ruptura y su conversión habían abierto entre nosotros, en mí.

Me puse a copiar esos versículos y luego me sobrevino la duda.

¿Había yo «criado» a Claire?

¿No la había, por el contrario, sacrificado a mi egoísmo, al no preocuparme nunca de lo que ella podía sentir ante mi manera de vivir, ante esa «poligamia de hecho» o ese «harén informal»?

¿Cómo iba a utilizar ahora el Corán, como un chantajista, para obtener de ella ese gesto de reconciliación —o únicamente de piedad— que hasta el momento me había negado?

Renuncié a hacerlo, apagué el ordenador y me quedé inmóvil ante la negra pantalla.

Luego seguí leyendo.

Quise convencerme de que Zuba Jayar tenía razón.

Ciertos versículos del Corán me hicieron pensar al principio en el tono de algunos pasajes de la Biblia, a la que además aludían a veces.

«Vuestro Señor —leí—, conoce a fondo vuestros corazones y sabe si sois puros. El perdona a los que se arrepienten» [5] ..

Pero poco a poco, a través de esos suras, he ido viendo cómo se constituía una moral ruda y viril, orientada más por un realismo calculador que por el amor al prójimo.

El texto —eso me decepcionó— dejaba traslucir un sentido común torticero, dictado siempre por la relación de fuerzas más que por el desinterés, la generosidad y la fraternidad.

«Da al prójimo lo que le pertenece, al pobre, al viajero —leí—, pero no despilfarres porque los que despilfarran son hermanos de Satán, y Satán es ingrato con su Señor» [6] ..

«No aprietes con la mano tu cuello, pero tampoco la abras demasiado, te censurarían y caerías en la miseria [7] ».

Pero sobre todo me dejó atónito el versículo dirigido a los padres:

«No matéis a vuestros hijos», les decía.

Y quedé convencido de que en una civilización en la que, como en todas las regiones del mundo y entre poblaciones amenazadas por la penuria, se practicaba el infanticidio, ese mandato del Señor y de su Profeta constituía un paso inmenso hacia una mayor humanidad.

Pero el niño no debía ser preservado porque fuera portador, al igual que todo ser humano, de una chispa divina, ni porque fuera, a

imagen del Dios-hombre, sufriente y sagrado, vulnerable pero cargado de significado.

El versículo decía:

«No matéis a vuestros hijos por miedo a la pobreza. Nosotros les daremos nuestro alimento como a vosotros. Matarlos es una falta muy grande» 8.

Asimismo, en uno de los versículos siguientes había como un eco del «No matarás»: «No matéis a nadie, Dios lo prohíbe».

Pero enseguida se precisaba: «Dios lo prohíbe, excepto por una causa justa».

Y se admitía la venganza del pariente de una víctima de asesinato, pues estaba en los «límites del crimen».

¿Dónde estaban aquí el amor y el perdón, la fraternidad, el estar por encima del interés?

El texto establecía límites al instinto. Lo enmarcaba. ¿Pero lo sublimaba?

El mundo era lo que era. El hombre tenía que ser sagaz, pero sólo dedicándose a Dios, a su Maestro Todopoderoso, podía llegar a ser alguien mejor.

Y sólo eso.

Y como no había más que un solo Dios, como Él nunca había conocido el sufrimiento humano, no se trataba de creer en la bondad, en la fraternidad entre los hombres.

Estaban los fieles, y los demás. Había que seguir los consejos atinados y prudentes del Profeta, que, por su parte, había sido un conquistador, Señor en la Tierra, jefe guerrero, esposo de varias mujeres, impositor de castigos, y no un hombre sin bien alguno, que únicamente poseía su fe y sólo convertía por la palabra, el ejemplo y el milagro.

Pero, lo acepté, el Libro era más complejo de lo que me había parecido en una primera lectura.

Recordaba a los creyentes que la mesura debía guiar su elección.

«No corras tras lo que desconoces —decía uno de sus versículos—. Sólo de lo que hayas oído, visto y comprendido te pedirán cuentas» 9.

«No camines por la tierra con arrogancia, no puedes hender la tierra, ni igualar en altura a las montañas. Todo eso es malo. El Señor lo detesta. Esto forma parte de la sabiduría que Dios te ha

revelado» 10.

Cerré el Libro sagrado.

Para el creyente, cada palabra venía de Dios y el Profeta la había escrito bajo el dictado de Alá.

¿Pero cuál de sus fieles podía atreverse a leer ese texto como una obra escrita por un hombre que oye la voz de Dios pero que al mismo tiempo es vecino de La Meca y de Medina, está comprometido con las luchas sociales, lucha contra una tribu, ordena que se extermine a otra y vive conforme a las costumbres de ese siglo vil brutal y sanguinario? ¡Casado con una Aisha de apenas seis años! ¿Quién se atrevería a entregarse a una labor de exégesis?

Si eso ni siquiera era concebible en un creyente, ¿qué autoridad podría tener un infiel que intentara separar, en ese Libro, lo que procede de una visión de Dios de lo que está enraizado en la arena de la realidad del momento?

Al mirar ese grueso volumen que tenía delante, me pareció que de la civilización que alentaba no podía surgir ni un Lutero, ni un Calvino, ni eruditos críticos, fieles a Dios a la par que sabios, historiadores o filósofos.

Tal vez fuera ésa la trampa en la que estaba encerrada la comunidad de los creyentes.

Era imposible distanciarse de ese Libro para comprender mejor lo que expresaba.

Lo único que se podía hacer era creer en él, aprendérselo de memoria, recitarlo.

Eso es lo que lo hacía único, ahí radicaban su fuerza y su debilidad.

Era un bloque de fe indestructible, inalterable.

Pero, por eso mismo, esa fuerza que convertía a un creyente en un conquistador era un freno, un grillete que le sujetaba, que le empujaba hacia atrás.

También me pareció que ese Dios, en Su palabra, no se hacía ninguna ilusión sobre la creatividad del hombre. Y ésa era otra forma de encierro. ¿Tal vez porque eso habría supuesto que le tuviera que conceder la libertad?

Dios exigía oración y obediencia, rechazaba la duda y el pensamiento individual. Sólo esperaba del hombre una sumisión absoluta a la ley. Sólo se apoyaba en el instinto y la necesidad, la fe

y el temor.

Con angustia, incluso con espanto, experimenté la ausencia de la palabra *amor*.

El Otro no era el semejante, el igual, aquel o aquella que se convertía, por una elección libre, en el «elegido» de su corazón.

Se compartía junto al Otro la fe, el ayuno del mes de Ramadán, el peregrinaje a La Meca, pero lo que se le debía exactamente no era amor, sino más bien ese «quinto pilar del islam»: la limosna.

Ahora bien, la limosna no es el amor, que no consiste en dar un óbolo, sino en darse uno mismo.

Entonces comprendí que fe personal, libertad de pensamiento, duda y amor, y por tanto elección individual, constituían una manera de «estar en el mundo», de vivir la relación con Dios, una postura que estaba en los antípodas de lo que dictaba una religión que exigía el «abandono a Dios», el respeto absoluto a la Voluntad divina.

No había más que Dios y su ley.

Cada creyente sólo era la parte de un Todo indivisible, la comunidad de los fieles, cerrada sobre su fe, regida por su ley.

Y temí que de ese mundo cerrado, sometido a ese Dios exigente y lejano, sólo pudiera surgir el reino de la fuerza y del miedo, o el del éxtasis místico.

¡Adiós, Voltaire!

XVI

UNOS días después tuve ocasión de comprobar la fascinación que ejercían la fe y la fuerza y el miedo que suscitaban.

Lo presentí en la manera en que Karl Zuber, deferente y grave, me invitó a asistir a una conferencia debate en la que participaría «nuestro colega» —«amigo suyo, creo»— el profesor Pierre Nagel.

—Primero usted, Nori, y ahora Nagel: ¡La Sorbona viene a nuestro encuentro, modestos y heréticos ginebrinos!

Inclinó la cabeza, sonrió con esa falsa humildad que yo odiaba y que llegué a calificar de jesuítica.

Y añadió:

—Pero quien les atrae a usted y a Nagel es Malek Ajban.

Disimulé mi turbación, fingí ignorar que en esa velada en el Gran Teatro Malek Ajban hablaría del futuro del islam en Europa.

Este tema, prosiguió Karl Zuber, ocupaba el centro de las preocupaciones de Ajban. Le dedicaba una energía y una determinación excepcionales, así como unos fondos muy considerables, porque Malek Ajban estaba convencido de que la presencia musulmana en el continente europeo era una de las condiciones para la paz mundial, que era determinante para el porvenir de la civilización.

—Ajban es un humanista, en la línea de prestigio marcada por Averroes y Avicena. ¡Refuta a Huntington y a todos los profetas del desastre y sus elucubraciones interesadas sobre el choque de civilizaciones, el fin de la historia y *tutti quanti*!

Zuber me agarró por el brazo y describió sentenciosamente esa conspiración que él veía fraguarse.

—Empleo este término a conciencia, aunque sé que es exagerado —dijo—, pero sirve perfectamente para desvelar los engranajes de la maquinaria americana. Sus obsesiones son el petróleo y, por tanto, el dominio del Oriente Próximo. Estados Unidos no quiere

que se establezca una coalición euro-mediterránea. Quieren matar dos pájaros de un tiro: al enemistar a los europeos con los musulmanes, debilitan a Europa, es su primera victoria: estaremos en guerra en nuestro territorio contra las comunidades musulmanas, y así, segundo éxito, tendrán, con su aliado Israel, las manos libres desde Egipto hasta Irán.

Escuché, no sin espanto, a Zuber repetir las tesis más disparatadas que asociaban el antiamericanismo con el antisionismo y, en realidad, con el antisemitismo.

De golpe se interrumpió y me lanzó una mirada inquieta, como si acabara de darse cuenta de que había revelado el turbio fondo de su pensamiento.

—¡Pero usted ya sabe todo esto! —concluyó.

Zuber bajó la cabeza y me explicó que, naturalmente, Pierre Nagel y él actuarían un poco de teloneros de Malek Ajban. Pero lo que todos esperaban eran las palabras de este último, y lo que estaba en juego era tan grande que había que olvidar las cuestiones de preferencias.

—Tenemos que olvidarnos un poco de nuestro ego, ¿verdad, amigo? Y hacer causa común con aquellos que, como Malek Ajban, quieren modernizar el islam y son los aliados naturales de Europa.

Estuve oyendo mucho tiempo a Karl Zuber desgranar los riesgos reales que corría Ajban. Los estadounidenses sospechaban que quería oponerse a su política.

—Es una política diabólica —repetía Zuber—. Utilizan a los integristas para que Europa estalle; su objetivo es la balcanización generalizada de nuestro continente y de Oriente Próximo. Ahora bien, Ajban se parece a Enrique IV antes de su conversión final. Todavía no ha dicho: «Europa bien vale una misa», pero sueña con una especie de edicto de Nantes entre el islam y el catolicismo.

Naturalmente, los islamistas, apoyados por Estados Unidos, que ponen de escudo a Arabia Saudí, se oponen a Ajban. Vive bajo amenaza. Le diré que hay una corriente integrista en Ginebra, y en toda Europa, el salafismo, que predica la vuelta a la vida de los antepasados y a una práctica rigurosa del islam. ¡Piense lo peligrosa que sería esa involución! Pues bien, estos salafistas controlan numerosas mezquitas de Europa. ¡El salafismo es el vivero del terrorismo! Malek Ajban combate su influencia. Es nuestro aliado

natural.

Estuve tentado en varias ocasiones de interrumpir a Karl Zuber, de refutar su visión del mundo, que no era, en lo esencial, muy diferente de la de Huntington.

Las civilizaciones estaban en choque permanente, pero en el marco de alianzas recompuestas. El Occidente judeocristiano se fragmentaba. El islam se asociaba a la Europa católica para oponerse al judaísmo, a los evangelistas y al protestantismo representado por el eje Israel/Estados Unidos. Y Zuber me susurró que Malek Ajban tenía el apoyo de los jesuítas.

—En Ginebra nos damos cuenta de esto —insistió.

¡Al oírle, yo tenía la impresión de que el mundo estaba gobernado por locos!

Pero le dejé hablar, molesto cuando añadió que la boda de Malek Ajban y de mi hija representaba un acto simbólico mayúsculo.

—Las mujeres siempre han desempeñado un papel decisivo en la unión de las civilizaciones, en su fusión, en el mestizaje cultural. Uno se acuesta con su identidad prenupcial, pero se levanta distinto porque se ha compartido el mismo lecho y se han unido los cuerpos. La conversión de su hija no aporta nada al valor emblemático de la elección de Malek Ajban. Es la asociación, ¡el maridaje!, entre Europa y Oriente Próximo. ¡La pesadilla de los Estados Unidos, de los integristas y, por supuesto, de los judíos!

La forma en que pronunció esta última palabra me dejó helado.

Luego precisó que Malek Ajban le había dado a entender que su joven esposa asistiría a la conferencia y que incluso tal vez intervendría.

Entonces, la emoción, la esperanza, inhibieron mi indignación.

Esperé encontrar a Claire en el vestíbulo del Gran Teatro, adonde llegué a las 20 horas.

Entre los numerosos guardaespaldas reconocí al que me recibió en la calle de Hesse, en la sede del
World's
Bank of Sun. Su mirada apenas me rozó, pero el mohín que esbozó me confirmó el desprecio que yo le inspiraba.

Fui de un lado a otro del vestíbulo, nervioso, cada vez más convencido de que Claire no podía estar ahí. Sin duda esperaba

entre bastidores a que empezara la conferencia en compañía de Malek Ajban.

Entonces me tranquilicé y pude observar a los jóvenes, que se mantenían apartados de las chicas que llevaban velo.

Nadie hablaba en voz alta, como suele suceder cuando la multitud se aglutina a las puertas todavía cerradas de una sala.

Me deslicé entre esos grupos y me crucé con Pierre Nagel, que peroraba.

Le oí proclamar que el encuentro entre el islam y Europa no podía ser sólo un matrimonio de conveniencia, sino una unión sagrada. Además, se había iniciado en el siglo VIII, y él tenía la intención de incidir esta tarde en ese punto. Europa y el islam se habían formado juntos a través del enfrentamiento, de acuerdo, ¿pero no era así como nacían las culturas comunes?

Me vio y se dirigió hacia mí con los brazos abiertos, excusándose por no haberme avisado de que llegaba, pero estaba seguro de que me iba a encontrar allí esta tarde. Además, había estado muy ocupado comprando puros habanos y viendo a una vieja amiga…

Me dio a entender que era sólo una manera de hablar, que aquella estudiante demostraba tener cualidades intelectuales muy notables. Se echó a reír:

—¡Querido Nori! Compartimos con nuestros amigos musulmanes el gusto por la poligamia. ¿Cómo la llamas tú? ¿«Poligamia de hecho»? ¡Excelente definición!

Afortunadamente le llamaron y pude alejarme para entrar en la sala y sentarme en la última fila, en el asiento que daba al pasillo central.

Pude ver así cómo esa multitud, cuyo comportamiento había estado observando, pasaba junto a mí y luego se sentaba.

Los muchachos y las muchachas musulmanes se instalaron a un lado y otro del pasillo. Su actitud era reservada. Cuchicheaban, miraban hacia delante. Parecía que estuvieran en un edificio religioso, esperando el sermón del imán.

Este comportamiento contrastaba con el de los estudiantes y profesores de la Universidad de Ginebra, que componían un público entusiasta. Me recordaba al de los mítines de extrema izquierda de los años
1970-1980,

a los que tan a menudo y tan ciegamente asistí.

Esos «camaradas» se abrazaban, sólo bajaban la voz cuando se acercaban a las muchachas con velo, ante las cuales se retraían, respetuosos y tímidos, antes de proseguir su ruidosa charla. El islam tal vez suponía para ellos la seducción de una ideología revolucionaria, puesto que todas las que habían recorrido el curso del siglo XX habían perecido.

Luego aparecieron los combatientes de la yihad, los *muyaidines*. Se sublevaron contra el imperialismo, el colonialismo, y proseguían hoy en día la guerra santa contra Estados Unidos.

Podían parecer los abanderados de los pobres del Sur, explotados y saqueados. Y su religión, que exigía obediencia y disciplina y convertía a todos los hombres en iguales ante un Dios único, pudo seducir a esos espíritus que perseguían el absoluto, siempre dispuestos a adorar a un Guía, a seguir a un Profeta.

Y me acordé de aquel filósofo comunista de quien hojeé un día un libro titulado *Dios ha muerto*. ¡Después aquel Roger Garaudy, doctor por la Universidad marxista-leninista de Moscú, se convirtió al islam, tras haberse educado, en su juventud, en un seminario, y prácticamente con los mismos argumentos había proseguido su obstinada lucha contra «el imperialismo estadounidense y su lacayo Israel»!

Fascinante desplazamiento que me angustió tanto más cuanto que el islam era mucho más que una ideología: era una religión que exigía la sumisión y el sacrificio.

El fanatismo de los revolucionarios me pareció de golpe una chiquillada, comparado con esa fe que asocia la disciplina totalitaria de un partido con el absolutismo de una creencia en Dios.

La sala estaba llena.

La fila en cuyo extremo estaba yo se quedó mucho tiempo vacía pero, poco a poco, unos hombres de rostro gris, mirada cansada y trajes oscuros que se ceñían a sus rotundos cuerpos se instalaron cerca de mí, que debía de parecerme mucho a ellos.

Éramos los viejos razonables, los que habíamos vivido tantas experiencias, los que habíamos creído en tantos dioses a los que habíamos visto caer de sus pedestales. Nos habíamos convertido en unos escépticos, en los hombres de la duda, pero seguíamos siendo

curiosos.

Formábamos, así, un grupo aparte al fondo de la sala.

Mi vecino, un hombre delgado con los ojos profundamente hundidos en las órbitas, al sentarse se inclinó hacia mí musitando que era abogado, escritor y que se llamaba Albert Weissen. Me vi obligado a presentarme.

Bajó la cabeza.

—El profesor Nori… —dijo—. Roma, su comentario sobre la *Guerra de los judíos* es muy notable. La figura de Flavio Josefo, que con ese libro escribió su obra maestra, es enigmática. ¡Una vida de traición que al mismo tiempo representa un acto de fidelidad a su pueblo! Traicionar para mantener una tradición, para evitar que sea totalmente exterminada. Padecer el oprobio justificado y no flaquear en lo esencial, mantener viva la fe judía tras la destrucción del Templo. Es una figura que me ha marcado mucho. ¿La verdadera fidelidad a nuestros orígenes no es precisamente eso, sobrevivir a cualquier precio? Terrible debate, ¿verdad?

Se inclinó hacia mí y precisó que era judío, por supuesto.

—A partir de ahora, hay que definirse…

No me atreví a decirle que era católico, y respondí:

—Yo soy francés.

Weissen sonrió:

—República, laicismo, libertad, igualdad: un ideal muy amenazado, ¿no es así?

Karl Zuber vino a invitarme a que me instalara en la primera fila, reservada a las personalidades.

—Todo aquel que pinta algo en Ginebra, incluso diría que en Suiza, está aquí: profesores y banqueros. Malek Ajban atrae. También hay muchos musulmanes llegados de la región de Lyon.

Zuber me indicó que, además, había tres equipos de televisión —suiza, francesa y qatarí— instalados en los palcos.

—Las palabras de Malek Ajban tienen una repercusión mundial —prosiguió—. Es un hombre que despierta curiosidad, que atrae e inquieta. Es un heredero. Se apoya en lo que Nasir Ajban le ha legado, el

World's

Bank of Sun, pero también las redes de la hermandad *Futuwwa*. No obstante, debe su notoriedad a su carisma personal, a su valor, a su

amplitud de miras. Se atreve a llamar a las cosas por su nombre.

Me puso la mano en el hombro.

—¡Y es su yerno! ¡Malek Ajban, yerno del profesor Nori! ¡Una muestra de la evolución de nuestra civilización común!

Detesté que hablara tan alto que mi vecino seguramente le había oído.

No le respondí, pero Karl Zuber insistió una vez más en que en Europa necesitábamos a Malek Ajban. ¡Teníamos tantos enemigos poderosos, tantos incendiarios, que no nos podíamos permitir rechazar a un hombre que deseaba ser nuestro aliado y ayudarnos a apagar el fuego!

Luego, de golpe, balbuceó una excusa y se precipitó hacia el escenario, que acababa de iluminarse mientras que la sala del Gran Teatro se sumía en la oscuridad.

XVII

LA primera que subió al escenario fue una joven con velo, y me pareció que se me partía el pecho, pues un profundo dolor me atravesó desde el corazón hasta la garganta.

Pero no era Claire, y eso incrementó mi sufrimiento.

Cerré los ojos y, cuando los abrí, una vez que cesaron los aplausos, me quedé fascinado por aquel alarde de poderío.

Malek Ajban estaba solo, de pie, el torso recto, los brazos extendidos y las manos apoyadas en un pupitre donde figuraba su nombre en letras árabes y romanas.

Lejos, detrás del pupitre, estaban sentados la muchacha y otro joven de rasgos finos subrayados por una delgada barba, con un bonete y una túnica blancos, y luego, a la izquierda, los profesores Pierre Nagel y Karl Zuber.

En su calidad de maestro de ceremonias, Malek Ajban abrió la sesión con pocas palabras, intencionadamente espaciadas para que sonaran los aplausos:

«Diálogo abierto…» —aplausos—, «Dignidad y respeto hacia el Otro…» —aplausos—, «Necesario reconocimiento de las diferencias…» —aplausos—, etc.

Luego se volvió hacia los que había llamado los «cuatro testigos de buena fe», dando primero la palabra a Pierre Nagel, el cual, con una voz que pretendía ser entusiasta, evocó «los fructíferos encuentros que desde los orígenes han convertido a Europa en un terreno único para el enriquecimiento mutuo de cada sociedad».

Nagel prosiguió en un tono humilde, invitando a los europeos y, sobre todo, a sus compatriotas franceses al «doloroso trabajo de la memoria, que tiene que mirar de frente los crímenes cometidos en nuestro nombre contra los pueblos musulmanes, a los que hemos oprimido, martirizado e incluso intentado arrancarles su fe…».

Habló sin que ni siquiera le invitaran a levantarse, inclinado

hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos, sujetando el micrófono con ambas manos, sin mirar a la sala, como si le diera vergüenza.

Malek Ajban interrumpió los largos aplausos que siguieron a esa llamada de Nagel a la contrición y al arrepentimiento y, con una señal, pidió a la joven que hablara desde el pupitre.

Voz vibrante, cuerpo quieto, mirada fija, violencia en las palabras.

La joven fustigó al Occidente corrupto que había convertido a la mujer en un objeto sexual y que, con la excusa de liberarla, la había entregado a la perversión. Pensé que esas frases habían sido escritas por Claire. Me parecía que prolongaban y amplificaban las que mi hija me había escrito en aquella carta cuyo recuerdo me quemaba.

«¡Miren los anuncios —siguió diciendo la joven, con una voz más aguda—, miren a esas mujeres y mírenme a mí, miren a mis hermanas! ¿Quién expresa mejor la dignidad de la mujer: nosotras, que queremos llevar el velo, o ellas, a las que les exigen enseñar, vender y alabar su cuerpo? ¡Y esas desgraciadas, convertidas en mercancías, se vanaglorian de haber pasado por los brazos de varios centenares de hombres! ¡Y los libros en los que cuentan su vida reciben premios, se venden miles de ejemplares! ¿Eso es lo que nos quieren imponer? ¡Mantengámonos fieles, hermanas, a nuestras reglas, respetemos nuestros cuerpos y nuestras vidas, mantengámonos puras! Antes la muerte que esa decadencia…».

Luego le tocó el turno al joven —trivial—, después a Zuber, tan servil como se había mostrado Nagel, y por último a Malek Ajban.

Miré las caras de Nagel y de Zuber, que expresaban la sumisión al oírle declarar con voz tranquila que en Europa los musulmanes no eran, por su número, más que una minoría, pero que por los principios y los valores que defendían, que representaban y predicaban constituían una mayoría.

Mi vecino, Albert Weissen, se inclinó entonces hacia mí:

—Ésta es la idea central, el eje en torno al cual se vertebra todo lo demás. ¡La minoría musulmana es la mayoría porque preconiza la verdadera, la única religión! Hay que aceptar su ley, porque el islam es más que una religión: es un conjunto de normas jurídicas, de costumbres. El islam tiene vocación de gobernar, puesto que es la verdad. La situación actual, en la que dicha mayoría no es

reconocida, es sólo transitoria.

Weissen debía de haberse dado cuenta de que sus observaciones susurradas me molestaban, me impedían oír la perorata de Malek Ajban, pero no por eso calló:

—¡No hace falta escuchar! El resto son sólo florituras, maneras de disimular el objetivo: hacer que todas las tierras sean tierras del islam.

Al cabo de unos minutos, le reconvine, le pedí que se callara, diciéndole que no compartía sus conclusiones.

—¡Déjeme en paz, joder, detesto a los fanáticos! —murmuré.

No me pareció ni asombrado ni turbado por mis palabras.

—Si no le ciega el miedo a ver la verdad —prosiguió Weissen—, si usted no opta por someterse a la fuerza, algún día compartirá mis conclusiones. Pero tal vez sea demasiado tarde. Mi padre se fue de Alemania en 1933. En París conoció a Blum y a otros. Nadie le creyó. Es la vieja leyenda de Casandra. Malek Ajban está en el caballo de Troya, dentro de la ciudad.

Me levanté y me fui de la sala, atravesando el vestíbulo bajo la mirada suspicaz de los escoltas. Dando la vuelta al edificio, descubrí la salida de emergencia, que desembocaba en un aparcamiento donde había varios automóviles aparcados.

Pensé que Malek Ajban cogería esa vía para salir del teatro, y si Claire le había acompañado, ésa sería la ocasión, o ya no lo sería nunca, de hablar con ella.

La calle estrecha me pareció desierta.

Me deslicé por el vano de una puerta, frente al aparcamiento.

Oí los rítmicos y prolongados aplausos.

Cuando se restableció el silencio, salí de la sombra y me dirigí a los coches.

Al irrumpir en la calzada, fui agarrado por dos hombres que no había visto venir y que surgieron de la noche, mudos y brutales; me pusieron contra una pared, y mientras uno me tapaba la boca con la mano, aplastándome los labios, el otro me registraba por todas partes y me retorcía el brazo.

Luché contra esos cuerpos sin rostro y sin voz; luego me lanzaron hacia delante y caí pesadamente, aullando porque mi mano rota chocó contra la acera; fue como si todos los dolores pasados invadieran de nuevo mi mano, el brazo, el hombro y la

nuca.

Grité de dolor y de humillación y sólo me dio tiempo a salir de la calzada, evitando así que me atropellaran los dos coches que salían del aparcamiento del Gran Teatro y se marchaban, raudos.

Ni siquiera pude cerrar el puño y blandido contra sus ventanillas tintadas.

XVIII

EXAMINÉ mi mano deforme.

Me costó mucho coger, y después hojear, el periódico que tenía sobre las rodillas. Tuve que ayudarme con la mano izquierda, algo que me había negado a hacer hasta entonces en un intento de negar la fractura reabierta de mi mano derecha.

Seguía sin querer ir al médico.

Bloqueé el periódico con el codo y pude ver por fin esa foto de Malek Ajban, publicada en primera página, donde aparecía sobre la tarima del Gran Teatro al final de la conferencia-debate.

Junto a él, aquella joven cuyo apretado pañuelo ocultaba cabellos y cuello, dando a su rostro una redondez de pepona, era Claire, resplandeciente y orgullosa, la cabeza erguida, mirando con admiración a su viejo esposo Malek Ajban.

Volví mi mano dolorida: esos dedos retorcidos eran la señal, la prueba de mi impotencia.

El periódico resbaló de mis rodillas y se quedó abierto en la alfombra. Me incliné y leí el pie de foto:

«Malek Ajban: La apertura a los cristianos».

Quise recoger el periódico, pero me costaba trabajo inclinarme.

Me pareció que nunca había tenido el cuerpo tan dolorido, tan anquilosado, como si acabara de recibir los golpes que me habían propinado dos días antes.

Pude alcanzar el periódico en el preciso momento en que el letrado Albert Weissen entraba en la sala de espera y me invitaba a seguirlo a su despacho.

Dudé, dejé el periódico en la mesita baja y lo doblé consiguiendo así ocultar la foto de Claire, feliz junto a ese hombre que encarnaba la fuerza, la convicción, el éxito, la notoriedad y la fe.

De golpe, mi visita a Albert Weissen me pareció absurda: ¿cómo

denunciar a los hombres que me habían atacado si ni siquiera había visto sus rostros ni oído sus voces? ¿Y cómo, dadas las circunstancias, implicar a Malek Ajban?

Me bastó esa foto y ver a mi hija enamorada para imaginar que si acusaba a Ajban de poligamia, Claire declararía y esgrimiría su total libertad, e incluso podría emprender acciones contra mí por difamación.

Miré a Albert Weissen, que se apartó para que entrara en su despacho.

Sonrió, inclinó la cabeza y juntó los labios dibujando una mueca dubitativa.

Es normal dudar a la hora de acudir a la justicia, me dijo.

Pero no tenía que inquietarme, no me había comprometido a nada.

Estaba encantado de verme para charlar, intercambiar ideas, ¿por qué no? ¡No me cobraría la consulta! Consideraba ese encuentro como una reunión amistosa.

Además, ¿no había sido él el que se había presentado primero en el Gran Teatro hacía dos días?

Esbozando un gesto, me invitó a entrar.

—Usted no estaba por la labor. ¿Le molesté bastante con mis comentarios, verdad?

Pude ver que las paredes de su despacho estaban cubiertas de estanterías repletas de libros encuadernados, largas series de lomos negros interrumpidas por algunas manchas de cuero leonado o carmín. Los libros también eran mi decorado, mi universo. Me sentí a gusto.

Weissen me observó, con las cejas levantadas.

Me volvieron a llamar la atención sus ojos, grandes pero profundamente hundidos en unas órbitas prominentes. El rostro era huesudo, y sus rasgos ofrecían un aspecto discordante, casi desordenado, con el lado izquierdo algo desequilibrado en relación con el derecho, el ojo izquierdo más pequeño, más hundido en la órbita.

Y sin embargo, en ningún momento, pensé en «fealdad». Más bien en una personalidad fuerte, decidida, como si ese rostro fuera una de esas firmas angulosas subrayadas por un trazo ascendente.

—Malek Ajban… —murmuró Weissen.

Se acarició la barbilla.

—Su denuncia por agresión, a la que he estado dando vueltas tras su llamada, no se sostiene, y usted lo sabe. En cuanto a su hija… Me he informado. Se mueve con entera libertad. Limusina, chófer, escolta personal… No es más que una de esas ricas habitantes de Ginebra. ¿Por qué quiere usted que un juez la obligue a verlo? Desestimarán su demanda y tendrá que pagar las costas. Los periódicos le presentarán como un padre celoso de un marido admirable, y sacarán la conclusión de que es usted un islamófobo que niega a su hija el libre albedrío. En Ginebra, este concepto tiene importancia. ¿Ha pensado usted que su hija podría…?

Le interrumpí. En efecto, yo había contemplado la posibilidad de que se volviera contra mí.

Me apoyé en los brazos del sillón y esbocé un movimiento para levantarme.

Albert Weissen extendió el brazo, invitándome a que no me moviera.

—¿Y si habláramos de su señor yerno?

Me quedé por unos momentos medio sentado, medio de pie, y luego me sentí desfallecer y volví a caer en el sillón.

Cerré los ojos.

Escuché a Albert Weissen.

Por lo que decía, Malek Ajban era un hombre de una inteligencia sutil, con una conciencia aguda de nuestra sociedad, de las relaciones de fuerza que la estructuraban. Adulaba a fulano, regalaba algo a zutano, invitaba a perengano. Tenía la habilidad y la lucidez de un cirujano, y una fe absoluta que borraba en él cualquier duda, cualquier escrúpulo.

Weissen se levantó, salió del despacho y luego volvió con el periódico que yo había abierto. Se puso a leer la entrevista que Malek Ajban había concedido tras la conferencia.

Ajban había citado extensamente el sura 5: «Hallarás que las gentes más próximas, por el afecto, a los creyentes son las que dicen: “somos cristianos”. Porque entre ellos hay sacerdotes y monjes, y esas gentes no son arrogantes **[8]** … Cuando oyen lo que se ha revelado al Enviado, ves que sus ojos se inundan de lágrimas de reconocimiento de la verdad. Les oyes exclamar: “¡Señor! ¡Creemos! Inscríbenos, pues, entre los testigos **[9]** ”».

—¿Se da usted cuenta? —exclamó Weissen—. Y el periodista concluye: «Malek Ajban subraya que, según el Profeta, los cristianos son los amigos más próximos a los musulmanes: ¡una observación decisiva!».

El abogado dio un puñetazo sobre la mesa de su despacho.

—Una verdad parcial. Porque el sura 5 precisa primero que «los más hostiles a los creyentes son los judíos[10]» ¡O sea, que empieza separando a los judíos y a los cristianos! Y en el mismo sura se lee, aunque Ajban se guarde mucho de mencionarlo: «Impíos son los que dicen: "Alá es el tercero de una trinidad". No hay más dios que el Dios único. Si no dejan de decirlo, caerá un tormento cruel sobre los impíos[11]». En realidad, profesor Nori, los judíos y los cristianos somos unos infieles abocados a un estatus de inferioridad, tolerados pero condenados al infierno, «porque Alá no perdona que se le atribuyan asociados… Quienquiera que se asocie con Alá comete un pecado enorme».

Weissen se inclinó, con los antebrazos firmemente asentados sobre la mesa:

—¿Por qué no? Cada religión tiene su lógica, pero Malek Ajban disimula la realidad sin, por otra parte, dejar de mentir sólo por omisión. Tiene un objetivo estratégico. No puede repetir, como ciertos predicadores, que el Profeta ha estipulado: «Alá borrará a los infieles». Necesita aliados en el terreno que quiere conquistar, personalidades como ésas a las que Lenin llamaba «tontos útiles», esos queridos profesores Nagel y Zuber a quienes fascina la fuerza y paraliza la cobardía.

Weissen se levantó de nuevo y cogió un libro que estaba encima de una pila colocada en el suelo, contra las estanterías.

Volvió junto a mí y prosiguió:

—Lea usted a Sayyid Qutb, es uno de los maestros ocultos de Malek Ajban, a quien pone en el mismo plano que a su padre. Pero Nasir Ajban ya era un estratega en los años treinta, mientras que Qutb, hermano musulmán, era ante todo un predicador guerrero, que osaba decir: «Hay dos campos en el mundo, el partido de Alá y el partido de Satán; el partido de Alá está bajo el estandarte de Alá y lleva sus insignias; y el partido de Satán comprende a todas las comunidades, grupos, razas e individuos que no están bajo el estandarte de Alá. —O—: No hay más gobierno que el de Dios, ni

más legislación que la de Dios, ni hay soberanía de nadie sobre nadie, porque toda soberanía procede de Dios». ¿A que está claro? Es el totalitarismo absoluto. Pero esto no se puede decir en Europa por ahora. ¡Y ni siquiera en los países del islam!

El presidente egipcio Nasser ahorcó a Qutb. Y los Hermanos Musulmanes, la gente de Al-Qaeda están siendo perseguidos y ejecutados. Los musulmanes, pues, se matan entre sí. Pero hasta entre los creyentes más moderados existe la idea de que hay dos campos y nada más que dos: el de Alá y el de Satán.

Weissen volvió a sentarse a su mesa.

—Querido profesor Nori, usted está de mi lado, lo quiera o no. No le gusta que le manipulen, que se rían de usted, y no tiene alma de criado, de colaboracionista. Tampoco es usted un delator.

Calló largamente, suspiró y continuó:

—Lo sé, estas palabras le parecen de otro siglo. Pero de niño asistí a las persecuciones antisemitas. Desde entonces, me he centrado mucho en la historia del nazismo. Había nazis correctos, corteses, diplomáticos y refinados. El embajador de Hitler en París, el señor Otto Abetz, era un hombre que frecuentaba los salones de París, muy apreciado y estimado en los medios intelectuales, y cuando le hablaban de *Mein Kampfse* encogía de hombros. ¿Por qué iba a tomar en serio lo que no era más que un texto de propaganda para enardecer y estafar al pueblo? Además, Hitler se había librado de sus partidarios más groseros y fanáticos, los miembros de la Sección de Asalto, una especie de *muyaidines* del nazismo. ¡Los liquidaron en la Noche de los Cuchillos Largos! También Stalin mandó liquidar a los primeros bolcheviques. Los totalitarismos, Nori, ya lo sabe, tienen historias muy parecidas. Hay muchas purgas, pero no por ello dejan de ser organizaciones fanáticas que profesan la existencia de dos únicos campos: el de Stalin, el de Hitler, el de la Fe Verdadera, y luego el otro, el de los que se oponen, los trotskistas, los judíos, los cristianos, los infieles, los apóstatas…

Yo escuchaba a Weissen con una atención apasionada.

Tuve la impresión de que yo había presentido lo que me contaba, que era algo evidente, pero que habría sido incapaz de formularlo.

De golpe, se interrumpió y me miró como si acabara de descubrirme, cuando llevaba ya más de una hora hablando con gran elocuencia.

Le noté cansado, casi indiferente, como un abogado que, una vez acabado su alegato, mirara a los jueces y al jurado con un escepticismo teñido de desprecio, casi de asco.

Cuando, retorciéndome, me arranqué dolorosamente del sillón, Weissen no me retuvo.

Incluso creí que no me iba a acompañar a la salida.

Me quedé de pie, dubitativo, murmurando: «Muy interesante… acertado, sí, muy acertado…».

¿Me oyó?

Por fin se levantó, pasando delante de mí como si tuviera prisa por abrirme la puerta y acabar con ese encuentro que según me parecía lamentaba, como si hubiera gastado inútilmente su energía por una causa que ya había defendido cientos de veces.

—Hablo, hablo —dijo con voz sarcástica—. También escribo. Me escuchan, me leen. ¿Malek Ajban, el Otto Abetz del islamismo? Se ríen de mí o me aplauden. ¿Acaso importa?

Inclinó la cabeza.

—Estoy pleiteando desde mi infancia, querido profesor Nori. Pero ya no sé exactamente cuándo nací: ¿en la época de Flavio Josefo y de la destrucción del Templo de Jerusalén por Tito o en el año en que el señor Hitler publicó *Mein Kampf*? A no ser que haya nacido recientemente, cuando lincharon a dos soldados israelíes y degollaron delante de una cámara a un periodista americano y judío. O cuando torturaron hasta la muerte a un joven judío en París.

En el umbral, me agarró el brazo.

—Mi hija es médico en Israel —murmuró.

Luego, tras un largo silencio, añadió que deseaba que nos volviéramos a ver, que habláramos nuevamente de todo eso: de las Secciones de Asalto, de la yihad, de Malek Ajban y de los islamistas.

—La historia es ante todo un asunto humano, ¿verdad? Y como los hombres cambian poco, por no decir que nada, las situaciones se repiten desde hace milenios. Siempre hay un Flavio Josefo, un Otto Abetz, un Malek Ajban… y unos padres que se preocupan por la suerte que corren sus hijas…

XIX

NUESTRAS hijas, Esther Weissen y mi Claire, ahora Aisha, eran nuestro sufrimiento común.

Sin embargo, nunca hablábamos de ellas cuando, cada quince días, nos veíamos en un restaurante de la pequeña ciudad de Hermanee, en la orilla oriental del lago Leman, a unos quince kilómetros al norte de Ginebra.

Fue Albert Weissen quien tomó la iniciativa tras nuestra primera cita.

Me telefoneó al día siguiente de mi visita a su despacho.

Se excusó por ese cansancio que le sobrevino de golpe, por lo brusco de nuestra separación, y también por su charlatanería; pero como sin duda yo había tenido ocasión de advertir, era una persona obsesiva; no tenía excusa, pero apelaba a las circunstancias atenuantes.

Weissen me invitó al restaurante Le Mestral, que llevaba el nombre del señorío de Hermanee.

Me dijo que le gustaba esa villa llena de vestigios medievales.

—La historia nos hace —sentenció—, y *yo* quiero hablarle de historia.

Yo llegué primero. Caminé por la orilla de lago, debajo de la terraza del restaurante.

El tiempo era claro y se distinguía con toda claridad en la otra orilla, hacia el sur, el puerto de Versoix, el embarcadero, y me pareció, incluso, que la tapia que circundaba la propiedad de Malek Ajban. Pero la casa estaba oculta tras los árboles.

Estaba paralizado, como si me hubieran hechizado, y ni siquiera oí llegar a Albert Weissen. ¿Tal vez estuvo junto a mí unos minutos antes de que yo me diera la vuelta? Nos miramos a la cara, mudos y serios.

En cada uno de nuestros encuentros se produjeron entre

nosotros momentos de silencio como éste, y ambos sabíamos que estábamos pensando en nuestras hijas.

Y entonces esperábamos a que Esther o Claire se alejaran y nos dejaran retomar la conversación.

Generalmente era Albert Weissen quien hablaba.

Comía tan deprisa que apenas había yo empezado mi plato cuando él terminaba el suyo, apartándolo mientras sacaba de sus bolsillos decenas de papelitos garrapateados que colocaba delante.

Algunos me los pasaba.

—Quédese con esto, Nori, es la dirección de Rudolf Groener, en Friburgo, que conoce al detalle las relaciones entre el padre de Malek Ajban y los círculos nazis de antes y de después de la guerra. Es un anciano que se parece a Ernst Jünger, al que por otra parte conocía y ambos se apreciaban. Groener considera que Jünger es el alemán más astuto que ha conocido jamás, un verdadero nacionalista, afecto a los nazis pero que consiguió seducir a los franceses. François Mitterrand le visitaba regularmente, cosa que divertía mucho a Groener pero que no le asombraba: si a Mitterrand le sedujo Pétain, ¿por qué no lo iba a seducir Jünger?

Al principio, las digresiones de Albert Weissen me irritaban, pero descubrí que ese discurso aparentemente errático tenía un sentido. Me guiaba por un laberinto que conducía a Nasir Ajban y a los dirigentes del Reich.

Durante unos diez años, a partir de
1934-1935,
ciertos islamistas —Nasir Ajban y los de la cofradía *Futuwwa*— estrecharon lazos con los nazis. Weissen estaba incluso convencido —aunque no tenía pruebas— de que una parte de los fondos que permitieron a Nasir Ajban fundar el
World's
Bank of Sun procedían de Berlín. Groener —contaba Weissen— todavía se partía de risa cuando refería la maquiavélica jugada que hizo con otros diplomáticos y algunos agentes alemanes: habían sellado con la Agencia Judía un acuerdo para transferir judíos de Alemania a Palestina. Dicho pacto, la *haavara*[12], permitió en tres años multiplicar por siete el número de inmigrantes alemanes. Esto molestaba a los ingleses, enfurecía a los árabes, pero reportaba sumas considerables a Alemania, porque cada «traslado» se pagaba

muy caro. ¡Ese dinero servía para financiar a las organizaciones musulmanas hostiles a un tiempo a los ingleses y a los judíos!

Nasir Ajban había desempeñado un papel muy importante en esta operación. Acompañó a Hadj Amine el Husseini, muftí de Jerusalén, a Roma y a Berlín, cuando este último se convenció de que había que lanzar una guerra santa contra los ingleses. Groener aconsejó entonces dar por concluida la política de «traslados» y volcarse completamente en el apoyo a los movimientos árabes.

Fue Groener quien preparó el encuentro del muftí con Hitler. Nasir Ajban asistió a esa entrevista. Los actos de sabotaje contra los ingleses empezaron a multiplicarse en Palestina, Irán, Irak, Egipto. Más tarde, Hitler autorizó la creación de divisiones Waffen-SS musulmanas en Yugoslavia [13].

Albert Weissen me puso delante un papelito donde leí:

«Divisiones Handschar, Kama, Skanderbeg. Declaración de Himmler, en 1944, mencionada en el *Diario* de Goebbels, quien se asombra: "No tengo nada contra el islam —me dice Himmler—, porque esa religión se encarga ella sola de instruir a los hombres prometiéndoles el cielo si luchan con valor y se dejan matar en el campo de batalla; en suma, es una religión muy práctica y muy seductora para un soldado"».

Naturalmente, el gran muftí de Jerusalén, que encarnaba esta política pronazi y que había sido visto mientras pasaba revista a las divisiones de las WafFen-SS musulmanas, famosas por su crueldad en los Balcanes, no fine perseguido después de la guerra. ¡Los ingleses le protegieron!

—Y Nasir Ajban se instaló en Ginebra —terminó Weissen—. Su banco prosperó. En cuanto a su hijo, Malek Ajban, ya no es solamente un banquero, sino el intelectual demócrata y moderado que todos conocemos.

Weissen se levantó.

—¿A que es muy instructivo todo esto, Nori?

Empezamos a pasear por la orilla del lago.

—¡Y algunos se asombran de que se hayan refugiado tantos nazis en Siria o en Egipto!

Respondí que decenas de miles de musulmanes argelinos, marroquíes y tunecinos lucharon con las tropas aliadas, en particular las francesas, contra la Alemania nazi. Incluso algunos de

ellos fueron de los primeros en entrar en el nido del águila de Hitler, en Berchtesgaden.

Al principio, Weissen pareció no oírme. Luego me replicó que el antisemitismo era el soporte común del nazismo y del islamismo. Y que, de todos modos, a los ojos de los islamistas no hay más que creyentes e infieles, aun cuando, en ciertas ocasiones, puedan utilizar a algunos de estos últimos en provecho de Alá.

—La astucia, el disimulo están permitidos, pero, querido Nori, el Corán precisa: «No tengáis ningún protector entre los incrédulos hasta que emigren al camino de Dios. Si se desvían, atrapadlos y matadlos dondequiera que los encontréis…».

En ninguna de nuestras citas dejó Weissen de recitarme —o de obligarme a recordar— algún sura guerrero, cargado de amenazas.

—Éste sirve tanto para usted como para mí, querido Nori. Para todos nosotros, porque la moderación, el respeto hacia el otro, la tolerancia son sólo una delgada capa en la superficie de la historia. Las corrientes profundas son terribles. La historia es un volcán que no se apaga nunca, Nori. Ruge constantemente, pero preferimos no oírlo; seguimos construyendo ciudades en las pendientes, hasta en el borde mismo del cráter. Luego vienen la explosión, las cenizas, la lava. Todos somos habitantes de Pompeya. Escuche este otro sura, Nori: «La recompensa de los que hacen la guerra a Alá y a su Apóstol, y se esfuerzan por sembrar la tierra de corrupción, será la muerte o la cruz, o que les corten las manos y los pies del lado opuesto, o que les expulsen de su país. Eso será para ellos un oprobio en la vida inmediata, y en la vida postrera sufrirán un enorme tormento…». ¡Sobre un volcán, Nori, estamos sobre un volcán!

XX

UN día, la ceniza ardiente me sepultó.

Llegué a Hermanee una hora antes de mi cita con Albert Weissen.

El cielo estaba tan límpido que había podido distinguir las ramas de los árboles que, en la otra orilla del lago, ocultaban la casa de Malek Ajban.

Pero, por primera vez desde que llegué a Ginebra, y debido sin duda a ese tiempo radiante, a ese sol primaveral que me deslumbró, forzándome a salir de casa muy temprano, me sentía tranquilo y, si hubiera tenido la costumbre de emplear esa palabra que siempre me pareció incongruente, habría dicho que «feliz».

Pero la suavidad del clima aquel día no habría sido suficiente para provocar mi cambio de humor.

La víspera, al final de una tarde sobre la que ya se extendía el velo de un crepúsculo llameante, había invitado a cenar a una joven ayudante de la universidad que participaba en mi seminario.

Héléne Hannouschi era una libanesa de formas exuberantes que ella subrayaba de manera provocadora, con una falda corta y ajustada y una blusa ceñida. Pude imaginar su cuerpo. Experimenté una atracción instintiva por ella, como si para contener mi angustia y ahuyentar mi tristeza necesitara esa abundancia carnal, casi maternal.

Ella dejó que deslizara mi pierna entre las suyas y me gustó su risa profunda, demasiado fuerte, y la manera en que echaba la cabeza hacia atrás, como si, al hacerlo, quisiera atraerme.

Uno y otro fingimos haber bebido demasiado, de forma que pude llevarla a casa y ella se dejó desnudar y empujar al lecho como una mujer ebria y feliz.

En aquel momento, su cuerpo había sido para mí la única realidad que existía.

Aunque Casandra hubiera aullado a mis oídos que el volcán iba a expulsar toda su lava, yo no la habría oído.

Después, tendido junto a Héléne —me divirtió su nombre: ¡otra vez la guerra de Troya!— con las manos cruzadas en la nuca, ya disipado mi deseo, me fui acordando poco a poco del mundo que me rodeaba. Pero no se parecía en nada al que Weissen dibujaba ante mí encuentro tras encuentro.

Calmado, tranquilizado —como todo viejo quincuagenario para quien cada mujer es un desafío que teme no poder superar y al que, una vez logrado, el placer dado y recibido llena de vanidad—, recordé las palabras de Pierre Nagel y de Karl Zuber, con quienes había desayunado en la universidad.

La amenaza islámica era producto de la fantasía o de la manipulación, declararon ambos. Los estadounidenses y los israelíes querían arrastrarnos a una guerra de civilizaciones contra el islam por razones estratégicas: el control de las reservas petrolíferas, etc. ¿A que yo sabía todo eso?

—En cuanto al letrado Albert Weissen… —precisó Zuber—, pues me han dicho que lo ve usted con regularidad, en Hermanee, ¿no?, ¡en Ginebra todo se sabe!, Weissen añade a esas premisas una dimensión personal, una verdadera obsesión que naturalmente deforma su análisis. Su hija vive en Israel, y teme que la hieran en un atentado. Su familia fue exterminada durante la guerra y está al acecho, como si se hubiera reiniciado la persecución. Piensa que ha habido, que hay una vieja alianza entre el islamismo y el nazismo. Hace tiempo pronunció una conferencia muy sonada, en Ginebra, sobre las divisiones Waffen-SS musulmanas y las atrocidades que cometieron en los Balcanes. Para él, esa misma lucha sigue vigente. ¡Pero al oírle cualquiera diría que los musulmanes fueron los que construyeron Auschwitz y pusieron en funcionamiento las cámaras de gas! Está obsesionado, lo comprendo y le excuso, pero sus palabras son peligrosas: ha creado tensiones entre comunidades cuando lo que necesitamos es sosiego y no acusaciones. ¡Hacen falta mediadores, no fiscales!

Pierre Nagel, por su parte, repitió que estábamos asistiendo indudablemente a un repunte del integrismo, pero eso no era más que una fase de transición.

—La globalización nos va a arrastrar a todos y acabará por

envolvernos, querido Nori.

Nagel contó con delectación que China se había puesto a fabricar Barbies para países musulmanes. Se habían vendido ya millones de muñecas. Su vestuario incluía, naturalmente, dos velos, uno rosa para rezar y el otro floreado para la escuela.

—Así es el mundo, Nori, y lo importante no son esos dos velos, sino el hecho de que todas las niñitas del mundo jueguen con una muñeca americana fabricada en China. El resto es sólo folclore. La civilización mundial se parece a nuestra alimentación. Ya no hay patriotismo gastronómico. Comemos sin fronteras: cocina china, india, italiana, normanda, argelina, tailandesa… ¡Así es el mundo, Nori! Hay que aceptar que cada cual degüelle a los corderos como le parezca. Uno escogerá un *steak tartar*, otro un cuscús. Lo esencial es que todo el mundo satisfaga su apetito comiendo lo que quiera. Dejemos que los imanes islamistas controlen las carnicerías e inviten a las jóvenes a llevar velo. ¡Pronto los encontraremos en un MacDonald y en un hipermercado!

Como quien no quiere la cosa, dije que lamentaba no ver más a menudo a mi hija Claire. Tenía la impresión de haberla perdido desde que se había convertido en Aisha, la cuarta esposa de Malek Ajban.

Zuber y Nagel pusieron el grito en el cielo. Ellos también tenían hijos e hijas que se habían distanciado de ellos y cuyas actividades incluso ignoraban. Esta ruptura entre padres e hijos era una de las características de la época. Nagel tenía un hijo que vivía en Moscú, Zuber una hija agrónoma en Australia y otra que trabajaba como directiva en un gran hotel de Estambul:

—Nos enviamos correos electrónicos, nos vemos una o dos veces al año. Mundo unido y disperso, familias rotas y recompuestas al albur: ¡Ésta es la realidad, Nori!

¿De qué me quejaba? La historia humana seguía su curso renqueante. Había que abrocharse el cinturón y rodar, vivir sin prestar oído a los manipuladores.

Héléne Hannouschi se despertó, se estiró y bebimos un café fuerte, deslumbrados por el sol que se reflejaba en el horizonte sobre los glaciares alpinos.

—Nos vemos cuando quieras —dijo ella poniéndose la falda.

Pero no se quedaría mucho tiempo en Ginebra, añadió. Se había

marchado del Líbano porque no podía soportar el encierro en su comunidad, la guerra amenazando de nuevo, la violencia que engendraba esa fragmentación basada en diferencias religiosas, los atentados. Vino a Europa —primero a Francia— para vivir en países laicos, verdaderas repúblicas donde las costumbres eran libres, donde no escupían a las mujeres en ciertos barrios por no ponerse velo o llevar una falda demasiado corta.

Deslicé mi mano sobre sus muslos. Se rió, me empujó: tenía prisa.

Pero, dijo mientras se abotonaba la blusa, todo estaba cambiando en Europa.

—Cada vez veo más mujeres que llevan velo. Me cruzo con miradas que me recuerdan a las que me dirigían en Beirut. Tengo la impresión de estar en el Líbano. Así que me voy de Europa. Me marcho a dar clases a Estados Unidos. El Atlántico es más difícil de atravesar que el Mediterráneo. Llevará más tiempo. Habré envejecido. ¡En cambio Europa, empezando por Francia, ya es el Líbano!

Pero todavía pude estrechar su cuerpo contra el mío; me encogí de hombros, murmurando que no había que temer lo peor. Retomé con aplomo las palabras de Nagel y de Zuber: la civilización europea encontraría un nuevo equilibrio adecuado a su tradición.

Acostarse con una mujer joven convierte por unas horas a un hombre ya viejo en un optimista.

Se pone a olvidar, a imaginar, a pronosticar.

Nada más dejar a Héléne Hannouschi, me subí a uno de los barcos que cruzan el lago de una orilla a otra, comunicando los pequeños puertos de Bellerive, Versoix, Hermanee y Coppet.

En Versoix subieron dos mujeres con velo, acompañadas de cuatro niños vigilados por un hombre con chilaba blanca.

Las jóvenes reían mientras parloteaban, los niños corrían por la borda.

Tenía que aceptar su presencia en el seno de nuestra sociedad. No suponían ni una tragedia ni una amenaza para nuestra civilización, sino un enriquecimiento. Pensé que, más tarde, cuando terminara mi duelo, podría ver a Claire y llamarla Aisha.

Desembarqué en Hermanee y, después de haber paseado por la orilla, me instalé en la terraza del restaurante Le Mestral, que

domina el lago.

Esperé a Albert Weissen, asombrándome de su retraso.

Por fin llegó, con los rasgos más demacrados que de costumbre. No me habló, sino que se limitó a rozarme el hombro con la punta de los dedos. Se sentó frente a mí, con la cabeza baja.

Cuando por fin cruzamos los ojos, me asusté.

Tuve la impresión de que veía, surcándole el rostro, dos cráteres negros desbordantes de desesperación.

XXI

NO necesitamos intercambiar palabra alguna.

Al ver el rostro marchito de Albert Weissen, su cuerpo encorvado, al oír su respiración jadeante, supe que había sido herido en lo más íntimo, en lo más vulnerable de su ser.

Tuve la impresión de que me suplicaba que no preguntara nada, que no pronunciara el nombre de su hija, cuando yo sabía que ésa era la causa de su dolor.

Inmediatamente pensé en Claire, y, para sofocar la angustia que me estaba invadiendo, empecé a hablar de Héléne Hannouschi.

Sin embargo, no fue el recuerdo de la vitalidad exuberante de su cuerpo lo que se impuso a mí, sino lo que dijo para anunciarme, como una evidencia, que Europa ya estaba libanizada, agrietada en comunidades antagonistas. Ella creía que los enfrentamientos religiosos y étnicos ya habían empezado y que irían profundizándose, porque esos grupos no estaban unidos, a pesar de sus rivalidades, por ese cemento patriótico que en Estados Unidos aglutina a todos los ciudadanos. Los estadounidenses se ignoraban o se odiaban los unos a los otros y vivían replegados en sus identidades rivales, pero se llevaban la mano derecha al corazón y entonaban el himno nacional cuando se izaba la bandera de Estados Unidos.

¿Qué había pasado con el patriotismo francés o alemán? En cuanto al europeo, nunca había existido.

Hablé así durante mucho tiempo para sepultar las otras palabras, pero, tal vez porque me encontraba demasiado nervioso, añadí que nuestra civilización europea, Francia y sus vecinos surgidos de los escombros del Imperio romano, que tardaron siglos en organizarse en naciones, que se habían desgarrado entre sí, sin duda iban a convertirse en algo equivalente a los Balcanes, o al Líbano.

—Será nuestra muerte —musité, sin conseguir evitar esa palabra.

Noté cómo se deformaba el rostro de Weissen, la boca torcida por una mueca y los ojos llenos súbitamente de lágrimas.

Me recordó a un niño aterrorizado que no comprende por qué le han abandonado.

Intenté renegar de esa palabra, borrar esa muerte.

Dije que se estaba acabando un ciclo histórico, que no sólo había sido un gran momento de civilización, sino tal vez la secuencia más bárbara de la historia europea, con las dos guerras mundiales, la *Shoah* y, mezclado a todo eso, la opresión ejercida por Europa sobre el resto del mundo, las guerras coloniales.

¿Tal vez, habida cuenta de lo que ya habíamos vivido, podríamos conseguir dominar esa nueva fase en la que, por un efecto bumerán, los pueblos que habíamos sometido y explotado, venían a nuestro territorio?

Era nuestro deber, y además nos interesaba, acogerlos si no queríamos que nos sumergieran o arrastraran a esa guerra de civilizaciones que supondría nuestra sentencia de muerte.

Por segunda vez, aquella palabra…

—Era una joven procedente de Cisjordania —murmuró de pronto Weissen—. La televisión ha difundido la grabación de su testamento. Era guapa. Explicaba por qué había escogido provocar la muerte a su alrededor.

Weissen calló.

—Había puesto la bomba en un capacho, oculta bajo unas frutas. Subió al autobús. Era una chica muy joven. No la registraron con cuidado. La bomba estaba llena de clavos y de pedazos de hierro.

Quise estrechar entre mis manos las de Weissen, pero las retiró antes de que pudiera cogerlas, como si quisiera enfrentarse sólo a su dolor, sin que se le pudiera retener en el borde del cráter.

—En su casa, en la pequeña casa donde vivían hacinados sus siete hermanos y hermanas descubrieron… La casa ha sido arrasada como represalia. ¿Cuántos kamikazes saldrán de ahí?

Weissen se interrumpió y luego, como si hubiera olvidado el principio de su frase, evocó lo que llamaba el «mecanismo diabólico». El atentado suscitaba una represión legítima que, a su vez, provocaba un deseo de venganza, y, en cada bando, eran los

fanáticos los que ganaban, fortaleciéndose mutuamente, sin dejar de gesticular ante el espejo, que les devolvía la imagen de un enemigo que se parecía muchísimo a ellos.

—En su casa —dijo por fin— aparecieron los textos de algunos sermones de predicadores de las mezquitas de Medina, de La Meca, de Gaza, esos mismos que Malek Ajban suele citar en sus grabaciones en árabe…

Como de costumbre, Weissen rebuscó en sus bolsillos para sacar sus fichas, esos cuadraditos de papel garrapateados, y un cuadernillo de tapas verdes que empezó a hojear y a leer con dificultad, como si, al cabo de algunas palabras, le faltara el aliento.

Me ha tendido ese cuaderno, esas fichas, invitándome a conservarlas. Él, me soltó, conocía demasiado bien esos textos ¡y ya no los necesitaba!

Tengo esas notas delante de mí y al releerlas rememoro la voz entrecortada de Weissen:

«Dos grupos, los judíos y los cristianos —dice el predicador de la mezquita de la Kaaba, en Medina—, que componen el campo *kufer*[14], el de la impiedad… El conflicto entre nosotros, los musulmanes, y ellos, los judíos y los cristianos, se prolongará, con sus flujos y reflujos, a veces a nuestro favor, a veces al suyo… El Corán presenta a los judíos como a los malditos de Alá, como los que provocaron Su cólera y a algunos de los cuales transformó en monos y en puercos…».

Un predicador de La Meca declaraba:

«No puede haber acuerdo ni punto de encuentro entre el pueblo del islam, por un lado, y los judíos y los cristianos, el pueblo del Libro, por el otro… ¿Cómo aceptar el discurso del Papa católico sobre la necesidad de encontrar puntos comunes entre el islam y el cristianismo?… ¿Acaso es concebible que pactemos y que nos entendamos con los que forjan terribles mentiras sobre Alá asegurando que Jesús —la paz sea con él— es Su hijo?».

Nos quedamos largo tiempo en silencio y evité en la medida de lo posible la mirada de Weissen.

Me volví hacia el lago, mirando la otra orilla, los boscosos cerros que dominan Versoix, buscando la tapia que rodea el parque de la mansión de Malek Ajban.

Pero fue como si hubiera visto el lugar en el que mi propia hija,

Claire, estaba abocada a la muerte, víctima y criminal, como la joven kamikaze de Cisjordania.

Albert Weissen me leyó también un sermón pronunciado en la mezquita de Gaza:

«No sintáis ninguna piedad por los judíos —insistió el jeque ante las cámaras de la televisión palestina—, sean quienes sean y en cualquier país donde estén. ¡Combatidlos ahí donde los encontréis! ¡Dondequiera que los encontréis, matad a esos judíos y a esos americanos…! Están todos en la misma trinchera, contra los árabes y los musulmanes, porque han instalado a Israel aquí, en pleno corazón del mundo árabe, en Palestina. Lo han creado para que sea la avanzadilla de su civilización, la primera línea de su ejército, para que sea la espada de Occidente y de los cruzados, amenazando la garganta de los musulmanes de esas tierras. Han querido convertir a los judíos en su punta de lanza… ¡Alá, ocúpate de los judíos, tus enemigos y los enemigos del islam! Ocúpate de tus cruzados de América y de Europa que están tras ellos, ¡oh Señor de los mundos…!».

Para tranquilizarme, repliqué que sólo eran sermones de imanes y de jeques islamistas, que otros decían cosas diferentes, que participaban en asambleas y rezos ecuménicos, y que también había católicos y evangelistas integristas. En Estados Unidos, algunos seguidores del presidente Bush se declaraban partidarios de que todos los judíos regresaran a Tierra Santa. Si lo deseaban era porque, según ellos, el pueblo judío tenía que estar reunido en su tierra para que, como anunciaba el Nuevo Testamento, se librara la última batalla entre el Bien y el Mal, Armagedón. Así se produciría el Apocalipsis que marcaría el final de los Tiempos.

Afirmé que todas las religiones —y cada hombre— llevan dentro el demonio del fanatismo. Y que se podía establecer una siniestra contabilidad de los crímenes perpetrados por la locura fanática enmascarada de tal o cual creencia, tal o cual utopía, por muy generosa que ésta fuera.

—Cristiano y volteriano… —masculló Weissen.

Tras un largo silencio, añadió:

—Para identificar su cuerpo han tenido que recurrir al ADN. Los clavos y los trozos de hierro la habían despedazado. Estaba sentada en el autobús, detrás del asiento donde se sentó la joven kamikaze.

Weissen se levantó con dificultad apoyando las manos en la mesa.

Se quedó largo tiempo inclinado hacia mí.

—Esa joven tan guapa, de mirada tan dulce, ha terminado lo que empezaron los verdugos de Auschwitz. Yo era un superviviente. Mi hija era nuestra memoria y nuestro futuro.

Se enderezó.

—Estoy solo. ¿Qué hago todavía aquí? La memoria se borra cuando ya nadie sobrevive para perpetuarla.

Murmuré, más a modo de oración que de evidencia:

—Usted sigue aquí, Weissen, sigue aquí…

Bajó la cabeza y no me contestó.

XXII

NO supe escuchar el silencio de Albert Weissen.

No quise comprender las pocas palabras que pronunció al darme su cuaderno de tapas verdes y sus fichas.

Me dijo que «ya no le servían para nada».

No recordé este comentario, pronunciado con voz cansada y ahogada, hasta que al día siguiente de nuestra cita en Hermanee —del día en que me enteré de la muerte de su hija Esther en un atentado en Jerusalén— recibí de Weissen una breve carta que acompañaba un sermón pronunciado por el jeque Abd-El-Rahman Al-Sudayis en la mezquita Al-Haram de La Meca.

«Un olvido, Nori. Añada este texto al corpus que le he entregado. Ahora forma parte del suyo. No olvide que procede de un jeque que habla en Arabia Saudí, país aliado (¡!). Cuando lo lea, recuerde los artículos que Julius Streicher publicaba en *Der Stürmer*. ¡Ese periódico antisemita de los nazis le parecerá casi inofensivo! Y ya sabe cuáles fueron las consecuencias de dichos escritos. ¡Imagínese las de los sermones islámicos! ¡La historia, cuando se repite, no es necesariamente una farsa, como creía el optimista de Marx!».

Me costó trabajo descifrar la escritura enmarañada de Weissen. Los caracteres apenas estaban formados. Sólo se podían identificar dos o tres letras de cada palabra, y había que adivinar el sentido de los sinuosos trazos que las unían.

«Hermanos en la fe —empezaba diciendo el jeque—, ¿qué dicen nuestro Corán y nuestra tradición, la *sunna*? […] Leed la historia y comprenderéis que los judíos de ayer son los malhechores antepasados de los judíos de hoy, aún más malvados: infieles, falsificadores de palabras, adoradores del becerro, asesinos de profetas […] desecho de la humanidad. Están malditos por Alá, que los transformó en monos y en puercos […]. Se trata de los judíos: la

estirpe del engaño, de la obstinación, de la licencia del Mal, de la corrupción.

»¡Oh nación del islam!, estamos en pleno conflicto con nuestros enemigos de ayer, de hoy y de mañana; la descendencia de las tres tribus judías de Medina, sobre las que descansará la maldición de Alá hasta el día del Juicio. ¿Conocen los hijos de nuestro pueblo la verdad sobre la nación de la ira y del engaño?

»El insulto hecho a los árabes, a los musulmanes, a los lugares santos, y el desprecio de que son objeto, alcanzan su apogeo entre las ratas de este mundo que infringen los acuerdos y cuyos espíritus se aferran a la alevosía, a la destrucción y al engaño, y por cuya sangre corren la ocupación y la tiranía […]. Ellos merecen en efecto la maldición de Alá, de los ángeles y de todos…».

Weissen continuaba este texto con algunas líneas que al principio me parecieron indescifrables. Poco a poco, conseguí descifrarlas.

«Pregunta: ¿El antisemitismo de un fanático religioso que legitima su odio por su fe es más o menos peligroso, o del mismo tipo, que el que nace del fanatismo político, de la frustración nacional y social cuya fuente está en el antisemitismo católico?

»Pero el catolicismo ha hecho, lenta aunque cada vez de forma más contundente, su examen de conciencia. Reconoce que procede del judaísmo…

»Usted es católico, Nori —al menos eso me ha parecido—, ¡y por lo tanto yo soy su hermano mayor! Su Cristo era judío. Lo nuestro es una antigua rencilla familiar. Esa familia es la que odian los imanes. ¡Usted y yo somos *kufer*, somos infieles!».

Hasta el día siguiente no descubrí una última línea que Weissen escribió en el reverso:

«Cuide a su hija, Nori. ¡No la abandone! ¡Protéjala! Impídale que conozca el destino de Esther o de la desgraciada que se mató al matarla.

»Su hermano que ha sobrevivido demasiado tiempo».

Intenté en vano ponerme en contacto con Albert Weissen.

No respondía ni al teléfono ni a los correos electrónicos.

Decidí ir a su casa al acabar mi clase.

Cuando salí del anfiteatro, un desconocido me abordó y me anunció que habían encontrado el cuerpo sin vida del señor Albert

Weissen en su despacho.

El abogado había dejado varias cartas, una de ellas para mí. No la leí hasta más tarde, tras haber caminado durante tres largas horas por la orilla del lago, hasta Hermanee.

Sólo había unas pocas palabras trazadas en el centro de una página, con una escritura firme, cada letra perfectamente caligrafiada:

«¡Nori, querido Nori, no muera sin haber luchado!

»Albert Weissen».

XXIII

NO pensé que la muerte de Albert Weissen y la de su hija me iban a dejar tan desarbolado, vacilando entre el abatimiento y la rebelión, el deseo de huir y el de luchar.

Pero durante varios días, me ahogó un sentimiento de impotencia y asco.

La primera vez que lo experimenté fue al día siguiente del anuncio del fallecimiento de Weissen, cuando vi a Karl Zuber. Con voz afligida, me confió que toda Ginebra esperaba esa muerte. Weissen nunca ocultó que tenía un cáncer en fase terminal y que estaba decidido a acabar con sus días. De hecho se había puesto en contacto con varios médicos que practicaban la eutanasia, de acuerdo con la libre voluntad del enfermo.

Cuando mencioné el atentado de Jerusalén, la muerte de Esther Weissen, la única hija de Albert Weissen, la última superviviente de una estirpe derribada a hachazos por los nazis, Zuber movió la cabeza con conmiseración.

Albert Weissen no hablaba jamás de su hija. Había roto con ella por una sórdida historia de sucesión relacionada con la herencia de la madre. Weissen actuó como un ave rapaz dispuesto a devorar a su hija en el mismo nido. Esther tuvo que incoar varios procesos contra su padre. En cierto sentido, desde un punto de vista cínico, la muerte de Esther había puesto punto final a las acciones emprendidas contra él. En cambio el cáncer, a pesar de haber recurrido a todas las terapias imaginables —y Dios sabe que en Suiza se prescriben—, no quiso morir. Weissen dedicó su fortuna a cuidarse, en vano. Al final, había organizado su salida a lo grande, pero también con una hábil escenificación, aprovechando el atentado para parecer una víctima.

—¡Pero créame que en Ginebra nadie se ha tragado el último golpe de efecto de Weissen!

Me alejé para no estrangular a Karl Zuber y para no vomitar.

Yo sabía que a Weissen también le habían alcanzado los clavos y los trozos de hierro de la bomba de la asesina suicida de Cisjordania.

Yo sabía que había muerto sentado en el mismo autobús que su hija.

Yo sabía que se sentía culpable por no haberla podido proteger ni acallar a aquéllos cuyas palabras y escritos actuaron también como explosivos que la joven palestina llevaba en su capacho, bajo la fruta.

Abrí el cuaderno verde.

Con el lápiz en la mano, leí la traducción de las conferencias que Malek Ajban impartió en árabe.

Era como si leyese las instrucciones de una bomba, la manera de preparar un veneno o la de sujetar un cuchillo para degollar a un *kufer*.

«Alá borrará a los infieles», repetía Malek Ajban, citando el tercer sura del Corán.

«Todos los que afirman que Alá puede aceptar la existencia de otra religión que no sea el islam en esta tierra son infieles cuya impiedad no deja lugar a la duda…

»La democracia es una herejía contra Alá Todopoderoso, es el fruto podrido, la hija ilegítima del laicismo porque este último es una escuela de pensamiento herético que aspira a separar la religión de la vida, a separar la religión del Estado… Hay que actuar conforme a la ley dictada por Alá. Queremos que le sea aplicada la ley de Alá a aquel que abandona su religión, comete adulterio, al ladrón, al que bebe vino. Exigimos que la mujer lleve velo y mantenga una actitud discreta; queremos impedir que se engalane. Queremos impedir la obscenidad, la corrupción, el adulterio, la sodomía y otras abominaciones…».

Yo sabía que la aplicación de esta ley, la *sharía*, implicaba la decapitación, la lapidación, la mutilación, golpes «en las piernas pero no en el rostro de las mujeres».

Malek Ajban se protegía camuflándose tras tal o cual jeque, pues empezaba sus sermones diciendo: «Según el jeque Yusuf-al-Qaradawi, de Qatar…», y después seguía, y ya no era posible saber si sus palabras eran del jeque o de su propia cosecha.

«Las señales de la salvación son indiscutibles, numerosas y claras como el día, indican que el futuro pertenece al islam y que la religión de Alá vencerá a todas las demás religiones… Dicho de otro modo, el islam volverá una vez más a Europa, como conquistador y como potencia victoriosa, tras haber sido expulsado del continente en dos ocasiones…».

Fueron exactamente estas palabras las que impulsaron a la muchacha de Cisjordania a matarse y matar a Esther Weissen y a otros diez pasajeros del autobús.

¿Y cuántos más, como Albert Weissen, se había llevado ese último viaje, cuántos muertos clandestinos hubo en todo el mundo? ¿Cuántos mutilados cuyas carnes fueron atravesadas por esos mismos clavos, esos mismos trozos de hierro que desgarraron el cuerpo de esos hijos o de esos padres que viajaban en aquel autobús de Jerusalén?

¿Cómo hacer que se oigan esas verdades si nadie quiere escuchar a Casandra?

Las mentiras de Karl Zuber eran tranquilizadoras. Presentaban la muerte de Weissen de forma que no perturbaba el orden de las cosas.

Al contrario: esta muerte se convertía en una pieza del juego hipócrita que alimentaba las ilusiones.

Descubrí con horror que Malek Ajban participó en las exequias de Weissen aunque sus colegas del Colegio de Abogados de Ginebra las habían organizado en la intimidad. La prensa reprodujo las palabras de Ajban. Se declaró entristecido, conmovido por la desaparición del abogado, hombre de gran cultura con quien había tenido muchas veces el privilegio de conversar, también de enfrentarse, pero siempre con cortesía.

«No compartíamos la misma fe, pero yo respetaba al hombre cuya familia había sido exterminada durante un genocidio perpetrado en Europa por naciones europeas. Weissen sabía que la comunidad musulmana no había estado implicada en ese crimen contra la humanidad, imputable a la civilización de Occidente. Esas mismas naciones culpables, que dejaron morir a millones de mujeres, de niños y de hombres, entre ellos a los padres de Albert Weissen, creyeron después que podían redimirse robando a la Nación Árabe la tierra para dársela a los supervivientes del crimen

que habían permitido que se cometiera, e, incluso, habían alentado.

»Han propagado así la desdicha en el seno de la comunidad de los creyentes.

»Alá, que sabe lo que es justo, juzgará.

»Albert Weissen honraba a su pueblo, y me uno al dolor de su comunidad».

Nadie se atrevió a interrumpir a Malek Ajban ni a recordarle los cuerpos destrozados por los clavos y los pedazos de hierro.

Yo tendría que hacerlo.

XXIV

ME puse a gritar.

Me encontraba frente a las elevadas puertas del World's Bank of Sun, en la calle Hesse.

Los guardias no tuvieron tiempo de inmovilizarme, de impedir que esgrimiera la pancarta en la que había escrito:

¡Acuso a Malek Ajban!

¡Quiero ver a mi hija!

Los gritos de indignación y de emoción, de incomprensión y de desesperación, de impotencia y de cólera que había ido acumulando desde que llegué a Ginebra brotaron de mi garganta.

Mi prudencia saltó por los aires.

Di cabezazos, puñetazos, patadas.

Me escapé hasta el final de la calle, gesticulé delante de los coches que circulaban por el bulevar Georges-Favorn.

Vi a los dos guardias que, en medio de la calle Hesse, me observaban, telefoneaban, y volví hacia ellos, sujetando con ambas manos lo que quedaba de mi pancarta y gritando de nuevo, seguido a unos centenares de pasos por algunos curiosos.

Me invadió la certeza de que iba a ganar, de que vengaría a Esther Weissen, de que me mantenía fiel a su padre cuando me escribió: «No muera sin haber luchado».

Y me puse a gritar aún más alto, escapándome cuando los guardias se precipitaron sobre mí sin atreverse a alejarse demasiado de las puertas del banco y volviendo a la carga cuando dejaban de perseguirme.

En un momento dado, mientras recuperaba el aliento, pensé —desde entonces he recordado varias veces ese instante de lucidez— que yo también estaba comportándome como un fanático,

que había tanto odio dentro de mí, tanta decepción, que estaba tan seguro de lo justa que era mi causa, que habría podido lanzarme y explotar contra las puertas del
World's
Bank of Sun para matar a los guardias, a Malek Ajban, o simplemente para cometer un acto que, de un plumazo, borraría mi angustia, mi incertidumbre, mis frustraciones.

¡Acabar con la desesperación, la espera, la resignación, acabar con una explosión y convertirse uno mismo en lava fundida, en nube de cenizas!

Luego vi que los guardias volvían a correr hacia mí y di un salto para evitarles, reuniéndome con el grupito que se había formado al final de la calle Hesse.

Los mirones se apartaron al punto, como temerosos de que yo les contaminara, pero les puse como testigos, mostrando a los esbirros de Malek Ajban, que se detuvieron a pocos pasos.

No puedo recordar con precisión lo que dije exactamente a la pequeña multitud que había aumentado.

Sin embargo, supe que me escuchaban, fascinados, con una avidez asustada.

Les expliqué que Malek Ajban había raptado a mi hija y me impedía verla, que sospechaba que la maltrataba, que la sometía a los rigores de la ley islámica, que la drogaba, que se la quería llevar de Europa, a uno de esos países donde se mutila y se lapida a las mujeres, y que yo tenía derecho, como padre, a asegurarme de que mi hija tenía libertad de movimientos, de elección, de pensamiento. Pero Malek Ajban me enviaba a sus secuaces, a sus terroristas. Y extendí el brazo para señalar a los dos guardias, que al ver eso se alejaron.

Fue lo que repetí a los policías que me interrogaron para después amenazarme con expulsarme de inmediato del territorio helvético.

Cité el nombre del profesor Karl Zuber, que podía dar fe de mi identidad, del contrato que tenía con la Universidad de Ginebra.

Todo mieles, paternal, desolado, Karl Zuber confirmó que yo era el suegro de Malek Ajban.

Por supuesto, él ignoraba el contencioso que tenía con Ajban,

pero se ofrecía a servir de mediador si yo me comprometía a no volver a perturbar el orden público. Él era ginebrino, y se trataba de defender la reputación de su ciudad, su clima de tolerancia.

Con la cabeza baja, escuché sin responder sus reproches.

Zuber estaba sorprendido por ese ataque de locura que aparentemente se había apoderado de mí. Pero, al mismo tiempo, dijo que comprendía la decepción que yo podía experimentar como padre y como cristiano, ante la elección de mi hija.

Se mostró amistoso y protector, como se hace con un convaleciente todavía débil.

—Nori, usted sabe bien que lo que importa en primer lugar es la convergencia de las religiones, que se unen en un punto luminoso al que cada pueblo de creyentes, en función de las circunstancias históricas o incluso geográficas, llama con un nombre distinto. Pero lo esencial es esa perspectiva, ese punto de encuentro, la trascendencia… Su hija no le ha rechazado; sin duda por amor a Malek Ajban, ese príncipe oriental, ha cambiado su lenguaje, pero no por eso ha dejado de hablar, no está afásica, como lo estaría si hubiera perdido completamente la fe y proclamase su ateísmo, su nihilismo… Ella es creyente, usted también lo es: siguen por tanto perteneciendo al mismo universo, a la misma historia, es más, yo diría que a la misma civilización. Usted no la ha perdido, sólo que ella ha tomado otro camino. Pero —es evidente— ustedes se van a reencontrar, van a reunirse…

Estrechó y sacudió mi mano durante mucho tiempo.

Contaba con poder organizar un encuentro con Claire, convencer de su necesidad a Malek Ajban, «así como a su hija, porque estoy seguro de que tiene entera libertad de elección; Ajban es un hombre abierto».

Se echó a reír y luego exclamó:

—¡Usted es el fanático, Nori! ¡Su pasión paternal le ha cegado por completo!

Le dejé que siguiera hablando solo.

Una vez se hubo marchado, me reuní con unos periodistas, y a tenor de sus preguntas, sus miradas, pude constatar cuánto les atraía mi comportamiento exagerado.

Estaban en las gradas del circo, y querían gritos, sufrimiento, sangre.

Cobardes como eran, decididos a no pelear por sí mismos, se mostraban impacientes por asistir a una muerte.

Les importaba poco quien venciera. Mediocres, apáticos, eran los mirones de nuestro siglo, que no se atrevían a prender fuego a Roma pero les encantaba que ardiera y soplaban sobre las brasas para avivar las llamas y extender el incendio. Entonces, esos pequeños nerones se lamentarían, buscarían a los culpables y aprobarían que los crucificaran, que quemaran sus cuerpos para que las llamas iluminaran la fiesta.

Di a entender que en mi lucha personal contaba con poderosos aliados pero que por el momento deseaban permanecer al margen.

Noté que las caras de los periodistas se animaban. Llovían las preguntas. Me zafé de ellos tras haberles dejado con la miel en los labios.

Sabía que preguntarían a Malek Ajban, y que sugerirían que el gobierno francés estaba detrás de todo. Se indignarían si la dirección de sus periódicos les aconsejaba prudencia.

Si no podían publicar sus artículos, extenderían el rumor, y Malek Ajban no podría hacer nada por impedirlo.

No tenía más que esperar.

XXV

ERA mi hija y al principio no reconocí su silueta.

Era una de las cuatro mujeres con velo y el cuerpo oculto bajo unas amplias túnicas azules.

Paseaban por el malecón del puerto de Versoix, cogiéndose a menudo de la mano.

La tarde era estival, a veces la brisa inflaba levemente los pliegues de sus túnicas y me parecía entonces que esbozaban un paso de danza.

Las observé al borde del muelle, del otro lado del puerto, y me quedé desamparado y maltrecho por la feliz imagen de esas siluetas que se destacaban sobre el inmenso espejo del lago.

Yo no había imaginado así nuestro encuentro.

El día anterior —sólo dos días después de que se publicaran algunos artículos sobre los incidentes que provoqué— había recibido por correo electrónico una cita con la «señora esposa del presidente de honor del
World's
Bank of Sun, jeque Malek Ajban».

Llegué a Versoix mucho antes de la hora prevista, buscando las primeras palabras que diría a Claire, repitiéndolas, convencido de que debía, fuera cual fuese su actitud, estrecharla en mis brazos, abandonarme al instinto, a la intuición, a la emoción.

Tal vez me bastaría con decirle: «Te necesito, necesito verte. El Dios en el que crees —y respeto tu fe— no puede querer que una hija rechace a su padre. Alá pide a los hijos que cuiden de sus padres».

Pero al instante, como siempre que pensaba en esta escena, dudé. ¿Qué diría si Claire me respondiera: «Alá supone que los padres han protegido a sus hijos, entonces es de justicia que éstos se ocupen de aquéllos, pero ¿qué has hecho tú por mí?».

Estuve atormentándome así durante casi dos horas hasta que me marché del café en el que me había sentado y recorrí el muelle de un lado a otro, con los ojos clavados en el malecón donde tenía que encontrarme con Claire, decidido simplemente a decirle: «Quiero asegurarme de que eres feliz. Quiero que me lo jures. Así recuperaré la paz».

Luego renuncié a esa frase grandilocuente. Y decidí confesar que necesitaba verla, suplicarle que me perdonara por el daño que, por inconsciencia y egoísmo, hubiera podido hacerle.

Caminaríamos el uno hacia el otro, yo le tendería las manos, ella dudaría pero al final las cogería y nos abrazaríamos.

Mientras soñaba con esta escena, supe que no se produciría. Mi vida parecía un *thriller*.

Pero me quedé estupefacto cuando vi que en el muelle, cerca del malecón, aparcaban dos limusinas. Chóferes y escoltas se precipitaron a abrir las portezuelas mientras las dos mujeres que bajaban de cada uno de los automóviles se juntaban riendo y se dirigían hacia el malecón, seguidas por los dos escoltas, en tanto que los chóferes se apoyaban, indolentes, en la carrocería de sus vehículos, de brazos cruzados.

Tuve ganas de huir, desesperado y humillado por no reconocer entre esas mujeres —las esposas de Malek Ajban, deduje enseguida— a Claire, mi hija, la única, reducida a no ser más que una entre otras tantas, que había renunciado a su propia identidad, a la memoria de sus orígenes, para existir tan sólo por el deseo y la buena voluntad de su amo y señor.

Eso era lo que había querido demostrarme Malek Ajban al organizar este encuentro con mi hija, a la vez presente y desaparecida, que sólo existía en y para la comunidad de su harén.

Dudé, pero cuando me volví, dispuesto a irme del puerto, miré hacia la otra orilla del lago y a pesar de la bruma distinguí la iglesia de Saint-Georges, el torreón de Hermanee y, detrás de los setos, la terraza del Mestral.

Recordé las últimas palabras que me escribió Albert Weissen y caminé directamente hacia el malecón, como un soldado que sabe que camina hacia la muerte.

XXVI

CREÍA que iba encontrar odio.

Pero cuando pasé delante de los chóferes y después de los escoltas, todos me saludaron respetuosamente, inclinando la cabeza.

Y me avergoncé de mi ceguera, de mi complacencia, de mi delirio egocéntrico, del énfasis ridículo de mis pensamientos.

Yo no era un héroe, sino un pobre hombre, un padre que no había sabido dar a su hija lo que ella necesitaba para vivir en paz consigo misma, para aceptar lo que era ni la civilización de la que procedía.

Sólo le había ofrecido incertidumbre y dudas. Y ella había tenido que encontrar su sitio, sin referencias, en una sociedad hecha añicos que sólo le proponía goce, escarnio, negación.

Claire no se había conformado con aquella vida. Me había rechazado. Necesitaba un ideal, un absoluto. Había huido del vacío y de los escombros, había escogido una fe plena y sólida.

Al errar sin meta, había optado por lo que yo llamaba la «regresión fanática».

Pensaba en todo eso mientras me dirigía al malecón y veía avanzar, con un pañuelo azul enmarcando sus rostros, a tres mujeres sonrientes, divertidas, cuyos rasgos no pude retener debido al intenso brillo de curiosidad y travesura que dejaban traslucir sus ojos.

Pasaron a mi lado como unas jóvenes compañeras muertas de risa que se burlaban de aquel hombre cuyos rasgos seguramente reflejaban angustia. Me acerqué a la mujer que se quedó sola —es decir, Claire— contemplando el lago.

Me detuve a unos pasos y ella por fin me hizo frente.

La descubrí con su rostro de antes, no el de la mujer joven, sino el de la adolescente, casi una muchachita, tan rejuvenecida que me embargó la emoción.

Temí sollozar y entregarme a uno de esos gestos exagerados, teatrales, que a veces me dominan.

Podría haberme arrodillado y pedirle perdón por las locas ideas que se habían apoderado de mí.

La había imaginado como una víctima, maltratada, humillada, asustada y sumisa, y me pareció tranquila, purificada, radiante, como si hubiera recuperado la inocencia.

Y sólo pude murmurar:

—Pareces feliz.

Ella me miró de frente, y su mirada me obligó a bajar los ojos, hasta tal punto me sentí dominado, expulsado de su lado a ese agujero negro donde se hundía nuestra civilización, incapaz de querer algo, renunciando a su fe, a la confianza en su futuro, avergonzada de sí misma, es decir, negando y relegando en el olvido lo que había sido.

Recordé un pensamiento de Bergson que fui reconstruyendo poco a poco en aquel momento de silencio que se instaló entre Claire y yo:

«Cuanto más grande es la porción de pasado contenida en el presente —escribió el filósofo—, más pesada es la masa que un pueblo empuja hacia el futuro para presionar sobre los acontecimientos venideros: su acción, similar a la de una flecha, se dispara con mayor fuerza hacia delante cuanto más tensa era su representación hacia atrás».

—Eres feliz —conseguí repetir.

Ella permaneció inmóvil y serena. Yo habría preferido la manifestación de su desprecio o de su odio a esa indiferencia teñida de una mezcla de conmiseración, ironía y suficiencia.

No pude pronunciar otras palabras ni hacer un gesto hacia ella, tenderle las manos, abrirle los brazos.

No me atreví a moverme. Ella era mi niñita pero era otra. No compartíamos ningún recuerdo.

Se había convertido en Aisha.

Entonces supe que ahora era capaz del mayor extremismo. Habría podido sentarse en el autobús donde viajaba Esther Weissen.

Y si yo hubiera estado entre los viajeros, ni siquiera me habría reconocido. Su mano al provocar la explosión no habría temblado.

Comprendí entonces hasta qué punto la pregunta que una vez

más le musité —preguntándole si era feliz— debió de parecerle mezquina, reflejando ese egoísmo mediocre en el que habíamos confinado nuestras vidas.

Nuestra civilización no era más que un amasijo caótico de esas ambiciones individuales, cada cual replegada en sí misma, desconfiando de todas las demás. Y moríamos por nuestra soledad, por una sucesión de deseos encadenados, porque era preciso que fuéramos insaciables —ésa es la ley en ese mundo del goce— y por tanto estábamos condenados a estar insatisfechos, descontentos, nos volvíamos odiosos, acurrucados en lo que poseíamos, incapaces de dar.

¿Tal vez era ése el reverso ineludible de nuestra lucidez?

La historia ya no existía, sólo existían nuestras historias.

Éramos incapaces de seguir viviendo de leyendas. Sólo queríamos sobrevivir, convenciéndonos de que la historia no era más que una sombría e ilusoria parodia: «*Told by an idiot, fiill ofsound and jury, signijying nothing*».

Pero éramos unos Hamlets de supermercado y nos repetíamos «*To be or not to be*» sólo porque dudábamos en escoger tal o cual producto, a sabiendas de que tanto el uno como el otro contenían los mismos ingredientes, y lo único que difería era el color de sus embalajes.

¿Qué otra cosa podía yo ofrecer a mi hija sino ese paseo semanal por las estanterías de nuestras mercancías?

Ella habría podido —algunos hijos de mis amigos lo habían hecho— refugiarse en los placeres extremos que llevan a la negación del mundo y a la destrucción de uno mismo.

Y, después de todo, tal vez ella recorrió ese camino cuando vivió sola en Inglaterra. ¿Qué sabía yo de sus noches? ¿Alcohol, drogas, desenfreno? Tal vez había vivido ese lento suicidio, común a tantos jóvenes, del que sólo pudo escapar por la plenitud de la fe en un Dios que exigía que condenara nuestros yerros y nos rechazara como infieles.

Malek Ajban tal vez la había salvado, insuflándole la paz que proporciona la ceguera, el fanatismo.

Ella estaba viva, pero ya no era mi Claire.

Me habló de usted:

—Ya me ha visto —dijo—. He encontrado mi camino. Dios me

ha guiado hacia mi esposo, hacia unas compañeras. He entrado —Alá sea loado— en la mejor de las comunidades. ¡Déjenos vivir tal y como somos!

Como quien dice una oración, repetí el nombre de la que había sido mi hija: «Claire, Claire, Claire…».

Vi endurecerse su rostro.

Dio un paso hacia delante y habría deseado que me insultara, que me cubriera de reproches, que me empujara, que su cólera, su odio me agarraran, que esos sentimientos nos unieran al enfrentarnos.

Pero recuperó su impasibilidad.

Me saludó inclinando un poco la cabeza y luego añadió, con una voz tranquila, destacando cada palabra:

—Nada, ni en los Cielos ni en la Tierra, puede reducir a Dios a la impotencia. Él es en verdad El que sabe, y Él es poderoso.

Epílogo

HAN identificado a la joven que llevaba la bomba que explotó a la salida de la mezquita, en el barrio chií de Bagdad. Se llama Aisha Ajban.

El atentado —uno de los más mortíferos de estas últimas semanas— ha causado treinta y tres muertos y más de una decena de heridos.

La joven, que llevaba un velo negro, esperaba delante de la mezquita, entre otras mujeres, la salida de los fieles.

Este atentado reviste un significado muy particular por la personalidad de la terrorista.

No cabe ya la menor duda de que se trata de una de las esposas de Malek Ajban, personalidad influyente de la comunidad musulmana de Europa.

Intelectual brillante, orador eficaz, presidente honorario del World s Bank of Sun —fundado por su padre, Nasir Ajban, creador además de la *Futuwwa*, una cofradía nacida de una escisión de los Hermanos Musulmanes—, Malek Ajban es presentado a menudo como uno de los partidarios de la creación de un islam en Europa. Está apoyado por asociaciones muy próximas a la izquierda, por numerosos universitarios —en particular por los profesores Pierre Nagel y Karl Zuber— y por los círculos católicos.

Se considera a Malek Ajban un hombre abierto al diálogo y moderado. Pero algunos le acusan de llevar un doble juego y de enmascarar bajo sus discursos y declaraciones edulcoradas un radicalismo, un integrismo cercano a los de los profesados por los jeques de Al-Qaeda.

La terrorista Aisha Ajban era la cuarta esposa de Malek Ajban.

En la casete que grabó antes de su muerte, difundida por las televisiones árabes, aunque nunca cita a Malek Ajban, condena a los «heréticos», a los moderados, calificándoles de «serpientes

encalomadas, escorpiones astutos y viles, enemigos al acecho, venenos mortales».

Afirma que la lucha de los «verdaderos musulmanes», que se lleva a cabo «en nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso», se desarrolla «en dos campos de batalla: uno a cielo abierto, contra un enemigo furioso y una impiedad declarada; otro, más duro y encarnizado, contra un enemigo astuto que se disfraza de amigo, que simula estar de acuerdo, que llama a la unión, pero que esconde el Mal, y pretende embaucar».

Aisha Ajban iba en contra de los chiíes de Irak, pero, según algunos analistas, también atacaba a los moderados del islam europeo y, por tanto, sin duda, a su esposo Malek Ajban.

Los servicios de información pertenecientes a la lucha antiterrorista habían advertido, hace ya algunos meses, la ruptura entre Aisha y su esposo.

Éstos son los últimos actos de una vida caótica.

Aisha Ajban, brillante historiadora del islam, era la hija del profesor Julien Nori, muerto en circunstancias sospechosas.

Convertida al islam, se casó con Malek Ajban y vivía en Versoix, pequeña ciudad de las orillas del lago Leman cercana a Ginebra.

Al parecer, Malek Ajban había visto en diferentes ocasiones a Julien Nori. El profesor francés, catedrático de la Sorbona, estaba empezando a investigar las actividades y las redes de Malek Ajban. ¿Habría considerado este último repudiar a su esposa Aisha, de soltera Claire Nori, para poner fin a las pesquisas del profesor y preservar así su maquinaria y evitar el juicio al que le pretendía llevar Julien Nori?

¿Negociaron Malek Ajban y Julien Nori?

¿Estaría Aisha Ajban indignada por esas transacciones con un trasfondo financiero, al tiempo que condenaba la «moderación» de su esposo? ¿O fue Malek Ajban quien utilizó a su esposa como instrumento?

Hay quien afirma que Aisha Ajban participó en el asesinato de su propio padre y que ese parricidio fue para ella como una iniciación al terrorismo, la última prueba que iba a permitirle entrar en la yihad.

Sea como fuere, la muerte de Julien Nori y el viaje de Aisha Ajban a Siria, y luego a Irak, resolvían uno de los problemas más

difíciles a los que se había tenido que enfrentar Malek Ajban.

Para la policía francesa, la hipótesis de que Claire Nori —convertida en Aisha Ajban— participara en el asesinato de su padre es totalmente inverosímil.

Aunque la investigación no está cerrada, los datos de que se dispone hacen pensar en un asunto más propio de la brigada antivicio que de la brigada antiterrorista.

Existe una pista que relaciona el caso con la mafia rusa. La policía busca a una joven rusa que vivía con Julien Nori pero que estaba vinculada a las redes de prostitución. Estas últimas reclamaban a Nori una importante suma de dinero, tal vez tres millones de euros. El
World's
Bank of Sun pudo haber prestado esa suma a Julien Nori. Los móviles del profesor serían, pues, sórdidos y triviales.

Numerosos observadores se han mostrado contrarios a esta línea de investigación. Consideran que las autoridades francesas no quieren en modo alguno hablar de crimen terrorista.

El objetivo principal del gobierno francés es el de calmar —algunos dicen que «anestesiar»— a la opinión pública, evitando siempre implicar a los islamistas en los acontecimientos que conmocionan a la sociedad.

Malek Ajban sigue siendo, para los círculos intelectuales y los medios de comunicación franceses, el interlocutor privilegiado, un intermediario indispensable porque es escuchado por los musulmanes franceses.

En Ginebra, Malek Ajban se ha negado a responder a las preguntas sobre la personalidad de la joven terrorista de Bagdad, sin confirmar ni desmentir que se tratara de una de sus esposas, Aisha Ajban, la hija del profesor Nori.

No obstante, como ya hizo tras el asesinato del profesor, Malek Ajban ha declarado que estimaba mucho a ese hombre culto que «encarnaba lo mejor del espíritu europeo».

Cuando le preguntaron insistentemente sobre la relación de Julien Nori con su hija, sobre los encuentros que pudieron tener en Ginebra, así como sobre la implicación de Aisha Ajban en el asesinato de su padre, su viaje a Siria y luego a Irak, y la anunciada publicación de un libro de Nori en el que él, Malek Ajban, iba a ser

acusado, el banquero y predicador musulmán declaró simplemente: «¡Dios sabe, Dios juzga, Dios me asiste!».

MAX GALLO, (Niza, Francia, 7 de enero de 1932, Cabris, Alpes-Maritimes, Francia, 18 de julio de 2017) fue catedrático de Historia, doctor en Literatura e integrante de la Academia Francesa. Ha sido miembro de los parlamentos francés y europeo, así como ministro y portavoz del gobierno por el Partido Socialista francés. Ha escrito numerosas biografías (entre ellas las de Robespierre, Garibaldi, Napoleón y Julio César) y ensayos sobre temas clave de la historia contemporánea.

NOTAS

[1] Se refiere a Jean Calas, tendero de Toulouse, ejecutado en 1762, acusado de haber ahorcado a su hijo. Voltaire vio tantas irregularidades en el caso que se dedicó, en cuerpo y alma, a demostrar la inocencia de Calas, al que consideró una víctima del fanatismo religioso. [N. de la T] <<

[2] Frontera. [N. de la T] < <

[3] *Hadiz y sunna*: conjunto de hechos y dichos de Mahoma. *[N. de la T]*. < <

[4] Sura 17, 24. He traducido los suras del texto francés, sin recurrir a ninguna traducción del árabe, para transmitir mejor así la lectura personal del personaje. *[N. de la T]*. <<

[5] Sura 17, 25. <<

[6] Sura 17, 26. <<

[7] Sura 17, 29. <<

[8] *Sura 5, 82 [N. de la T*) <<

[9] *Sura 5, 83 [N. de la T*) <<

[10] *En efecto, es la primera frase del versículo 82 del sura 5. [N. de la T].* <<

[11] *Sura 5, 73. [N. de la T].* <<

[12] *En hebreo, «el traslado». [N. de la T].* <<

[13] *La XIII SS Waffen-Gebirgs División der SS «Handschar» (Kroatische n.º 1), y la XXIII Waffen-Gebirgs División der SS «Kama» (Kroatische n.º 2), tropas de montaña en las que fueron integrados bosnios musulmanes. [N. de la T].* < <

[14] «Infiel». [N. de la T] < <